

El cuerpo sitiado
el alivio como proyecto político

Juan Pablo Malagutti

Índice:

Introducción

Parte I: La arquitectura del asedio

No es tu culpa

- El gran desacople
- Vivir cuesta cada vez más vida
- La riqueza que se re-produce sin producir
- Vivir en deuda
- La inteligencia artificial y la nueva ola de concentración
- El patrón sin rostro

Cuando la geopolítica irrumpe en casa

- El resurgimiento de Oriente y el fin del universalismo occidental
- Geoeconomía, interdependencia asimétrica y shock permanente
- Subjetividad del miedo
- América Latina como laboratorio de la geopolítica del miedo

Un depredador en el bolsillo

- La biología del empobrecimiento
- La mente bajo escasez: estrés financiero, cognición y toma de decisiones
- Vivir en modo supervivencia
- El dinero como patógeno social: vínculos, familia y transmisión intergeneracional
- Geopolítica del estrés: ajuste, deuda y subjetividades disciplinadas

El secuestro del deseo

- Ingeniería del deseo y dispositivos neurotécnicos
- Reconfiguración cognitiva y deterioro del control ejecutivo
- Fragmentación atencional y fragilidad democrática
- Tecnofeudalismo, extractivismo y dependencia latinoamericana
- Soberanía mental y conflicto político del siglo XXI

Inteligencia Artificial, alivio artificial

- Oligopolio tecnofeudal
- La materialidad de la IA: infraestructura y extracción
- Automatización cognitiva y reconfiguración del trabajo
- Dumping cognitivo, diferenciación de acceso y brecha social
- Autoridad epistémica y dependencia técnica
- La Educación bajo el régimen de externalización cognitiva
- Mercado laboral, desprofesionalización y precarización
- Cultura, arte y automatización de la sensibilidad
- Colonialismo cognitivo y dependencia estructural

La nueva vieja política

- Un nuevo dispositivo político
- La rebeldía como recurso
- Emocracia, algoritmos y guerra cultural
- El sistema de medios híbridos
- Capitalismo, subjetividad y resentimiento

La alfombra roja que pisó Milei

- El mundo emprendedor y la precarización
- Libertad, Estado y significantes vacíos
- Batalla cultural y juventud
- Gobierno, ajuste y crueldad

Argentina

- El desacoplamiento salarial en Argentina: de la erosión al derrumbe
- De cambiar marcas a eliminar el consumo
- Endeudamiento familiar: meses eternos
- Vivienda y alquileres: del derecho social a la expulsión
- Pluriempleo, informalidad y uberización: trabajar más para vivir peor
- Salud y educación en Argentina: del derecho social a la privatización impuesta
- Una crisis del trabajo y del proyecto social

Parte II: La fuga

Desnudando normalidades

- El shock como condición permanente
- La autoexplotación como forma de dominación
- Optimismo: privatización del sufrimiento
- Deshumanización social
- Caos, resentimiento y degradación de la razón pública
- Micropolítica del deseo y reapropiación de la sensibilidad

El cuerpo como nuevo sujeto social

- La tragicomedia como lenguaje de supervivencia
- Una dirigencia espectadora
- La derecha y la manufactura del odio
- Los “demócratas” y el fetichismo de la razón
- Del diagnóstico al contacto
- La certeza del cuerpo
- Del cuerpo a la grupalidad
- Cuerpo patógeno/Cuerpo festivo

La arquitectura del alivio como diálogo político

- La validación corporal como punto de partida del diálogo
- El alivio como emoción fundante
- La dignidad sensible
- La ternura política
- Dos dimensiones de la construcción emocional: presencia y resonancia
- Gestionar la herencia emocional de la derecha
- La memoria comunitaria como reserva afectiva
- Del alivio al proyecto

Micro alivios y proyecto político

- La fuga táctica: el derecho a vivir sin rendir todo el tiempo
- Pedagogía del permiso: fugar sin culpa
- La fuga estratégica: cuando el alivio se vuelve proyecto
- Fugar para seguir habitando
- Bonus track para la militancia

Aprender del pasado

- Institucionalización y desplazamiento de la militancia
- Neoliberalismo y subjetividad militante
- Redistribución, reconocimiento y dignidad
- El cuerpo como moneda de cambio
- Desintermediación, protocolo antipiquete y desgaste acumulado
- Precarización, tiempo y desarticulación organizativa

¿Cómo seguir?

- La militancia de la proximidad

Un ejemplo de militancia de proximidad

- La escucha cotidiana
- La licuadora
- Del límite legislativo a la decisión del cuidado
- Hacia el mapeo colectivo
- El alivio como redefinición de la victoria

El cuerpo como credencial: el liderazgo de la resonancia

- Políticos de cartón
- “Sentir” de lo que se habla

Recuperar el diálogo con la generación sin umbral

- Cuerpos socializados en la continuidad
- “Me da paja”
- La espacialidad como “paisaje” o “atmósfera”
- Una ontología diferente del transcurrir
- Los nichos y el torrente de intensidad
- La trinchera de la dispersión: ¿Deterioro o mutación táctica?
- La mochila
- Un algoritmo para cada clase
- La manada

Parte III: La política del alivio

Un Estado con una misión concreta: el alivio

- Un Estado situado aquí y ahora
- Un Estado de precisión
- David frente a Goliat

La Macro

- Las reservas como sistema inmunológico

- Reservas, deuda y equilibrio geopolítico
- Dos modelos de credibilidad
- Tipo de cambio y política monetaria: entre la ficción del peso fuerte y el trauma de la devaluación
- Comercio exterior y producción nacional: entre la apertura sacrificial y el encierro improductivo

La Micro

- La economía del encierro
- Cómo el salario dejó de ser central
- Cuando el capital deja de necesitar al trabajo
- El cuerpo como variable de ajuste
- El salario como categoría organizadora de la microeconomía
- Inversión productiva y reorientación del ahorro
- La macro sirve si llegás a fin de mes

Las deudas como frontera del cuerpo

- Radiografía de una renta concentrada
- De Mercado Pago a Mercado Deuda
- Plástico
- El Fondo de Desendeudamiento: técnica y alivio
- Relajar para producir, producir para relajar
- Recuperar la hora, recuperar el tiempo
- Un límite a la aspiradora financiera

El cuerpo en la intemperie

- Los sin techo (propio)
- Administrar la cordillera
- La casa “semilla” para la vida
- Scoring, transparencia, auditoría y trazabilidad
- ¿Recesión? ¡A-FUE-RA!

Soberanía cognitiva

- La desintoxicación de la atención
- Un modelo de tercera vía para la periferia

La manada: apostar a la grupalidad

- Social argentinus
- Una política de la oxitocina

¿Conclusiones?

Al cierre de este libro

*“En el apego del hombre a la vida
hay algo más fuerte que todos los males del mundo.
El juicio del cuerpo es tan bueno como el de la mente,
y el cuerpo se retrae ante la aniquilación.
Nos acostumbramos a vivir antes de adquirir el hábito de pensar.
En esa carrera que nos precipita diariamente hacia la muerte,
el cuerpo mantiene su irreparable ventaja”*
Albert Camus

Introducción

Hay una escena que se repite con una regularidad casi matemática: la línea de caja del supermercado, la canastita apoyada sobre la cinta, el pitido de los productos al pasar, y finalmente el monto total. En ese instante, algo se tensa. No es solo el número que aparece en la pantalla: es lo que despierta. Una angustia breve pero filosa, una ansiedad que no llega a estallar pero tampoco se va. Automáticamente aparece el saldo de la cuenta bancaria —ese que reviso todos los días varias veces desde el celular—, los días que faltan para el próximo cobro, el cálculo mental de cuántos pesos puedo gastar por día hasta entonces. La vida convertida en una cuenta regresiva.

Esa misma operación se repite a principio de mes, cuando reviso las cuentas que hay que pagar, cuánto suman en total, cuánto me va a quedar para vivir. Desde hace un año, sobre todo, la tarjeta de crédito se volvió una presencia inquietante: en los últimos diez días del mes es la que permite comprar alimentos, productos de limpieza, lo mínimo indispensable. Por eso el monto crece, se acumula, pesa. A eso se suman la luz, el gas, el agua, internet, el celular, los gastos fijos que no admiten negociación y que cada vez tienen un peso mayor en el presupuesto total. En

mi caso no pago alquiler: pude construir una pequeña vivienda donde antes estaba la casa familiar, la casa de mis viejos. Sé que, de no ser así, siendo padre soltero y con un hijo a cargo, la idea misma de sobrevivir sería inviable.

Pero esa angustia económica no es solo una emoción pensada: es corporal. Se instala en el pecho, recorre el cuerpo, conmueve. Aparece dos o tres veces por día cuando reviso los arreglos pendientes de la casa y no tengo dinero para comprar materiales, o cuando sé que necesito contratar a alguien y no puedo pagar la mano de obra, o yo estoy muy cansado para hacerlo o directamente no tengo tiempo material. Aparece cuando tengo que dejar de hacer cosas que me hacen bien, que me definen, que me dan identidad: espacios sociales, culturales, deportivos. Cuando tengo que renunciar a una parte de mi salud porque no puedo costear estudios médicos o consultas vinculadas a malestares que llegan, también, con la cercanía de los cincuenta años.

Esa acumulación tiene efectos concretos: dificultad para descansar y para dormir. Despertares nocturnos atravesados por anticipaciones: se viene el cumpleaños de mi hijo, qué pasaría si se rompe el celular, el termotanque, la computadora (qué pasaría si pierdo ese último espacio que

todavía conservo —la escritura, la investigación— y que sostiene mis prácticas de militancia y de pensamiento).

Para contrarrestar las urgencias económicas, entre 2023 y 2024, intenté una estrategia de salida individual, un emprendedurismo de subsistencia, por llamarlo de algún modo. Empecé a diseñar y estampar remeras con diseños personalizados y a venderlas a través de las redes sociales, usando esas mismas plataformas como espacio de comercialización. Durante el 2023, en un primer momento, me fue relativamente bien: el ingreso extra me permitió llegar un poco mejor a fin de mes y cubrir algunos gastos. Pero ese alivio tenía un costo alto. Eran, al menos, cinco o seis horas más de trabajo por fuera de mi empleo en relación de dependencia. Atención personalizada a cada mensaje, diseño de las imágenes —que hacía yo mismo—, compra de materiales, estampado y distribución de los pedidos.

Los márgenes de ganancia eran muy pequeños. Al no poder invertir en grandes cantidades de insumos, compraba a medida que aparecían los pedidos, que no eran muchos, y eso encarecía los costos. Aun así, durante un tiempo, ese esfuerzo sostuvo una expectativa. En 2024, sin embargo, el estancamiento económico empezó a profundizarse. Las personas con las que me contactaba dejaron de comprar: los

salarios estaban cada vez más deprimidos y el consumo se retraía. En marzo de 2025 tomé la decisión de discontinuar el emprendimiento. Era más el tiempo invertido intentando vender que lo que finalmente redituaba. Continuar ya no tenía sentido económico.

Con el correr de los meses entendí que ese intento también había sido una forma de autoexplotación. Jornadas enteras dedicadas al trabajo asalariado y a ese emprendimiento de subsistencia, con muy poco margen para el descanso o el encuentro. No había tiempo ni energía para sostener vínculos cara a cara con la gente que quiero.

Ya hacia fines del año pasado, entre septiembre y octubre de 2025, apareció otra capa: un cansancio profundo, denso, que no se iba ni siquiera dedicando fines de semana enteros al descanso forzado, dejando de lado la limpieza, los arreglos, la productividad doméstica. Con el correr de los meses, ese cansancio se volvió un tema común: estaba en mis compañeros de trabajo, en familiares, en amigos. No era individual. Era compartido. Éramos cuerpos cansados.

A ese cansancio se le sumó otra vivencia persistente: la soledad. No una soledad absoluta, sino una más extraña y difícil de nombrar. Estar en mi casa dialogando por

WhatsApp o por redes con amigos, compañeros de trabajo, incluso con mi pareja, o con mi hijo y al mismo tiempo sentirme solo. Días enteros en los que, una vez salido del trabajo, volvía a casa y transcurría el resto del día sin encuentros, sin vínculos cara a cara, sin cuerpos. Esa soledad también generó angustia, y me obligó —literalmente— a exigirme salir, a forzar el movimiento hacia el encuentro con otros, a no quedarme encerrado en esa inercia silenciosa.

En ese mismo período, a mediados del año pasado, el cuerpo volvió a hablar con claridad. Tuve un episodio de hipertensión arterial vinculado al estrés laboral. Conflictos en el trabajo, discusiones, presión sostenida, situaciones que vivía como injustas y que terminaron encarnándose en una respuesta fisiológica concreta. Nunca había sido particularmente proclive a involucrarme de ese modo en disputas laborales, pero esta vez lo que estaba en juego eran diferencias significativas en el salario: ascensos distribuidos de manera discrecional, la posibilidad —o no— de acceder a un aumento que podía modificar de forma real mis condiciones de vida. La perspectiva de no obtenerlo, sumada a la competencia previa entre compañeros y compañeras, fue generando un clima laboral enrarecido, denso, que no solo me afectó a mí. Para varios compañeros y compañeras,

ese contexto derivó en situaciones de angustia profunda y malestar sostenido.

Este libro nace ahí. En ese entramado de angustias cotidianas, de cálculos permanentes, de cansancio compartido, de cuerpos que hablan cuando ya no alcanza con callar. Nace también en la soledad contemporánea, en los vínculos mediados por pantallas, en el esfuerzo consciente por no aislarse del todo. Y nace en la evidencia de que el estrés, la precariedad y la injusticia no se alojan solo en la cabeza, sino que toman forma en el cuerpo.

En el transcurso de las ideas que fueron empujando la escritura de este libro, una imagen volvió una y otra vez: la de Matrix. Vi esa película cuando se estrenó en el cine en 1999, y entonces parecía una distopía futurista. Cuerpos capturados por una maquinaria inteligente, conectados a un sistema algorítmico que no solo había secuestrado su energía vital, sino también su conciencia, obligándolos a habitar un mundo ilusorio, artificial, virtual. Lo inquietante de esa imagen no era únicamente el encierro, sino el modo en que el cuerpo seguía atado a esa ilusión: lo que ocurría en la Matrix se inscribía en la carne. Si en el mundo virtual había golpes, en el cuerpo había dolor; si había daño, el cuerpo sangraba. La experiencia no era simbólica: era física.

Es verdad, durante años, esa metáfora fue usada hasta el cansancio en la filosofía y en la cultura contemporánea convirtiéndola en un lugar común, un cliché. Sin embargo, hoy la sensación es otra. No porque la metáfora haya perdido fuerza, sino porque la realidad empezó a parecerse demasiado a ella. La Matrix ya no es solo una imagen cinematográfica ni una ideología abstracta: es una trama material, algorítmica y sensible que se inscribe en los cuerpos. Una combinación de precariedad económica, estrés crónico, pantallas permanentes, plataformas digitales, inteligencia artificial y captura sistemática del tiempo, de la atención y de la vida.

Por eso, este libro también es una pregunta por la salida. No en términos épicos ni tecnológicos, sino vitales. Cómo escapar, cómo construir líneas de fuga cuando la captura ya no es solo externa, sino interna, corporal. Mi hipótesis —todavía en construcción— es que la respuesta no está únicamente en la racionalidad, en el debate técnico o en la acumulación de diagnósticos, sino en un recorrido inverso: volver al cuerpo. Escuchar lo que duele, validar las sensaciones físicas, recuperar el sentir como forma de conocimiento. Reabrir, desde ahí, un diálogo con millones de cuerpos que hoy cargan las consecuencias de un

capitalismo que ya no es solo financiero, sino también atencional, algorítmico y biopolítico.

La metáfora de Matrix agrega, además, un elemento decisivo: nadie sale de la Matrix en soledad. En la película, los individuos no pueden deshacerse de su inserción en el sistema de manera aislada; es necesaria la intervención de otros, una trama de grupalidad que haga visible la posibilidad de salida. Esto resulta clave frente a los discursos contemporáneos que, incluso cuando critican el secuestro del tiempo, del scroll infinito o de la atención, siguen reforzando la idea de la responsabilidad individual. Se nos propone gestionar mejor la mente, disciplinar el uso de las pantallas, entrenar la concentración, como si el problema fuera una falla personal y no un sistema diseñado para capturar cuerpos y conciencias.

Las soluciones que circulan —desde el mindfulness hasta las rutinas de autocontrol— suelen quedar atrapadas en esa lógica individualizante. Le piden al sujeto que, además de rendir, producir y sostenerse en condiciones cada vez más adversas, se autoimponga nuevas disciplinas para no caer en la trampa. La metáfora de la Matrix permite correr ese eje: las líneas de fuga no son individuales, se construyen en comunidad, en grupalidad, en espacios colectivos, incluso si

son frágiles o temporarios. No hay promesas de salvación ni soluciones mágicas, pero sí pequeños hackeos, interrupciones posibles, modos de reabrir un diálogo común frente a la hegemonía de las fuerzas políticas, económicas y tecnológicas que sostienen este nuevo orden capitalista.

El cuerpo sitiado no es una promesa ingenua ni una receta individual. Es una búsqueda. Una exploración de las condiciones que nos enferman y, al mismo tiempo, de las fisuras posibles. Una tentativa de pensar cómo aflojar, aunque sea un poco, cuando vivir se parece demasiado a resistir.

Parte I

La arquitectura del asedio

No es tu culpa

Hay una escena que también se repite, pero esta vez no en la línea de caja sino en una sobremesa cualquiera o en una conversación que empieza sin intención de conflicto y termina dejando un dejo incómodo. Un padre —o una madre— dice algo que durante décadas funcionó como una verdad indiscutida: “vos estudiá, terminá una carrera, conseguí un buen trabajo y vas a poder comprarte tu casa”. A veces viene acompañado de otra frase, dicha con la misma convicción: “no alquiles, alquilar es tirar la plata”. Del otro lado, quien escucha no necesariamente discute. Asiente, baja la mirada, hace un cálculo rápido —otro más— y siente, otra vez, que algo no cierra. Porque estudió o está estudiando, porque trabaja o busca trabajo, porque hace todo lo que se supone que hay que hacer... y sin embargo la cuenta no da. El alquiler ya es difícil, la idea de comprar una vivienda directamente queda fuera de escena. Entonces aparece, silenciosa, una sospecha que se parece demasiado a la culpa: algo debo estar haciendo mal.

Pero esa escena, que parece íntima, casi doméstica, es en realidad el punto de contacto entre dos épocas distintas. Quien habla desde la experiencia de haber podido proyectar una vida —acceder a una vivienda, sostener un hogar,

imaginar un futuro— no está mintiendo. Está describiendo un mundo que efectivamente existió. El problema es que ese mundo ya no es el mismo. Mientras esa promesa se sigue transmitiendo como si nada hubiera cambiado, las condiciones materiales que la hacían posible se transformaron de manera radical. La vivienda dejó de ser, en gran parte, un bien de uso para convertirse en un activo financiero; los salarios dejaron de acompañar el crecimiento de la economía; el trabajo dejó de ser una garantía de estabilidad. Lo que antes funcionaba como un camino relativamente claro hoy es un laberinto sin mapa. Y en ese desfase entre la promesa heredada y la realidad concreta se instala una violencia más sutil pero persistente: la de sentir como fracaso personal lo que en verdad es el resultado de un cambio estructural. No es tu culpa.

En las últimas décadas, el capitalismo global ha atravesado una mutación profunda que ya no puede ser interpretada como una simple sucesión de crisis cíclicas. Se trata de una transformación estructural en los modos de producción, distribución y apropiación de la riqueza. El desacoplamiento entre productividad y salario real, la financiarización extrema de la economía, la mercantilización de derechos sociales básicos y, más recientemente, la expansión acelerada de los algoritmos y la inteligencia

artificial como tecnología concentradora de renta, configuran un nuevo régimen de acumulación que tensiona los fundamentos de la democracia, la cohesión social y la legitimidad política.

El capitalismo contemporáneo ha quebrado el pacto social implícito que sostuvo la expansión de las clases medias durante gran parte del siglo XX. Esa ruptura se expresa hoy en indicadores concretos: salarios que crecen muy por debajo de la productividad, concentración extrema de la riqueza, endeudamiento estructural de los hogares y una precarización del trabajo que ya no es marginal, sino sistémica.

El gran desacople

A veces pensamos que la realidad que estamos viviendo siempre fue así, pero el capitalismo no siempre tuvo la forma que tiene hoy. A partir de la Revolución Industrial, el capital buscó lo que Marx llamaba la plusvalía, que era la capitalización de la fuerza de trabajo. El elemento central era quién poseía los medios de producción, y el conflicto estaba mediado, generalmente, por el salario y las condiciones materiales de trabajo.

Las versiones revolucionarias planteaban que había que apropiarse de esos medios de producción para que, justamente, la clase trabajadora no viviera en un *loop* eterno de pelea y conflicto solamente por el salario; se buscaba que asumiera un rol de clase en la dirección de la organización social y de la economía para el desarrollo de la humanidad.

Este proceso, en los Estados de bienestar y en los Estados socialistas —tanto dentro del mundo capitalista como del polo socialista—, situaba la sinergia del conflicto en la producción material. En el polo capitalista, los Estados de bienestar garantizaban que la contradicción se diera en el marco de la productividad y el salario. En general, los salarios iban acompañando los niveles de productividad que se incrementaban gracias al desarrollo tecnológico.

Sin embargo, en la década del 70 ocurrió un cambio potenciado por una reorientación en la acumulación del capital.

Un hecho histórico clave fue la crisis del petróleo, que derivó en la multiplicación del capital vinculado a la energía a través de los estados pertenecientes a la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). Al elevar el costo del petróleo, obligaron a un encarecimiento de la

producción y generaron un flujo de grandes cantidades de dólares hacia esos países, quienes terminaron volcándolos en inversiones que, a su vez, potenciaron a multinacionales y a Estados que se endeudaron a partir de esos petrodólares.

Este movimiento tectónico de la economía generó también que el dólar pasara a ser el nuevo patrón de intercambio desplazando al oro y convirtiéndose en la moneda del comercio mundial. sosteniendo su hegemonía desde entonces, durante la expansión y consolidación del proceso de globalización, y hasta hace pocos años en que oriente y los BRICS comenzaron a plantear intercambios comerciales con monedas alternativas, y China constituyó swap comerciales en su moneda con muchos Estados.

Pero el cambio estructural más importante comenzó a ocurrir en el plano cotidiano de las personas.

A comienzos de la década de 1970 en la mayor parte de las economías industriales existía una relación relativamente estable entre productividad y salarios. Entre 1947 y 1973, en Estados Unidos, la productividad y el salario horario crecieron casi en paralelo. Sin embargo, entre 1979 y 2020, mientras la productividad laboral aumentó un 61,7%, el salario real por hora de los trabajadores creció apenas un

17,5%. El excedente generado por ese diferencial no desapareció: se concentró en ganancias corporativas, dividendos financieros y remuneraciones ejecutivas (Piketty, 2014).

Este fenómeno se explica por cambios institucionales precisos: debilitamiento de la negociación colectiva, desregulación de los mercados laborales, caída de la sindicalización en los países centrales (en EE. UU., del 20% en 1983 a menos del 10% en la actualidad) y consolidación de la doctrina de maximización del valor para el accionista. Desde la economía política, esto representa una transferencia sostenida de ingresos desde el trabajo hacia el capital que construyó una nueva arquitectura de reproducción, desacoplada del trabajo.

Vivir cuesta cada vez más vida

A este desacoplamiento se suma un fenómeno menos visible pero decisivo: la inflación asimétrica. Los índices generales de precios tienden a ocultar que los bienes y servicios esenciales aumentan sistemáticamente por encima de la inflación promedio. Vivienda, salud y educación absorben una porción cada vez mayor del ingreso de los hogares (Stiglitz, 2018).

En las décadas de 1950 y 1960, el precio de una vivienda representaba entre 2,5 y 3 veces el ingreso anual promedio de una familia. En la actualidad, en las grandes ciudades de Occidente, esa relación oscila entre 8 y 12 veces. En paralelo, en Estados Unidos el costo de la matrícula universitaria aumentó más de un 1.200% desde 1980, mientras que los salarios reales permanecieron prácticamente estancados. En salud, el gasto per cápita creció a tasas que superan de forma sistemática la inflación general, generando un fenómeno creciente de trabajadores con empleo formal que viven al borde de la insolvencia ante una emergencia médica.

La riqueza que se re-produce sin producir

La fórmula propuesta por Thomas Piketty —el retorno del capital es mayor que el crecimiento de la economía— permite comprender la dinámica actual de concentración. Cuando el capital financiero e inmobiliario obtiene retornos anuales del 6% al 8% y la economía crece al 2% o 3%, quienes dependen exclusivamente del salario quedan estructuralmente rezagados.

En las últimas décadas, la mayor parte de las ganancias tecnológicas fue capturada por el 0,1% más rico. No se trata solo de multimillonarios visibles, sino de fondos de

inversión, conglomerados financieros y plataformas tecnológicas que concentran activos, datos y poder de mercado. Incluso sectores profesionales de ingresos altos experimentan una pérdida relativa de poder adquisitivo, especialmente frente al costo de la vivienda.

Vivir en deuda

Ante salarios que no acompañan el costo de vida, los hogares recurren crecientemente al endeudamiento como sustituto del ingreso. En las economías desarrolladas, la deuda de los hogares alcanzó niveles históricos, superando en muchos casos el 100% del ingreso disponible anual. El crédito deja de cumplir una función de inversión para transformarse en un mecanismo de subsistencia (Lazzarato, 2012).

Este proceso tiene efectos sociales mensurables: caída de la tasa de natalidad, retraso en la emancipación juvenil, aumento de los trastornos de ansiedad y depresión, y una creciente polarización política. El malestar social no es ideológico: es aritmético.

La inteligencia artificial y la nueva ola de concentración

Entre 2020 y 2026, la inteligencia artificial se consolidó como el principal vector de concentración de riqueza a escala global. A diferencia de revoluciones tecnológicas previas, la IA no solo automatiza tareas físicas, sino que captura rentas del conocimiento, los datos y el poder de cómputo.

El costo de entrenar modelos de frontera se multiplicó exponencialmente. Hacia 2025–2026, la inversión anual en centros de datos y semiconductores superó los 500.000 millones de dólares. Solo un puñado de empresas —principalmente Microsoft, Google, Amazon, Nvidia y Meta— puede sostener ese nivel de gasto de capital. Esto genera barreras de entrada casi infranqueables y consolida monopolios de datos a escala global.

Cada vez que una empresa utiliza servicios de IA en la nube, una parte de su productividad se transfiere automáticamente a los propietarios de la infraestructura. Se trata de un modelo de extracción de renta tecnológica que profundiza la desigualdad.

El patrón sin rostro

Según estimaciones del FMI (2024–2025), el 40% del empleo mundial está expuesto a la automatización mediante IA . En las economías avanzadas, esa cifra asciende al 60% (FMI, 2024). A diferencia de etapas anteriores, el impacto se concentra en profesiones calificadas: diseño, traducción, programación junior, redacción, análisis de datos.

El trabajo de plataformas constituye una de las principales fuentes de pluriempleo para personas que no pueden sostener su subsistencia con un solo empleo, o directamente de empleo precarizado constante para quienes pierden su empleo formal o informal en relación de dependencia. Es bajar la app, loguearse y empezar a trabajar para un patrón sin rostro, para el algoritmo.

Y es el algoritmo el que caprichosamente y sin previo aviso modifica todo el tiempo las condiciones laborales, impone la comisión (el salario) sin ninguna negociación, castiga la falta de rendimiento con penalidades de suspensión y no se hace cargo de ningún aspecto de la estructura material que sostiene a la app.

Según cruces de datos de la EPH (INDEC) sobre el sector transporte/servicios y reportes de asociaciones de

trabajadores de plataformas (como SITRAREPA), un trabajador de dedicación exclusiva (única fuente de ingreso) trabaja entre 55 y 65 horas semanales al servicio de una app. Esto equivale a jornadas de 10 a 12 horas diarias, generalmente de lunes a lunes o con un solo franco quincenal.

El trabajador de pluriempleo, que usa estas app como complemento de su salario como empleado en otro empleo, trabaja entre 20 y 30 horas semanales adicionales a su empleo principal, conectándose de 4 a 5 horas al finalizar su jornada laboral principal, y luego redoblar el esfuerzo los fines de semana.

Si un trabajador quisiera generar un neto de \$1.361.000 para cubrir la Canasta Básica Total (hogar de 4 integrantes, febrero de 2026), y el algoritmo le paga un promedio de \$4.000 por hora activa, necesitaría 340 horas activas mensuales. Si sumamos el 50% de tiempo muerto (espera y traslados no pagos), el tiempo de conexión total sube a 510 horas mensuales.

Esto da un promedio de 17 horas de conexión diarias, si trabaja 30 días al mes, para poder cubrir la CBT.

Mientras una élite reducida de trabajadores altamente especializados ve incrementos salariales significativos, la mayoría enfrenta presión a la baja sobre sus ingresos. El conocimiento se plataformiza, los trabajadores compiten en mercados globales y los beneficios del aumento de productividad quedan en manos de las empresas que controlan los algoritmos que luego se potencian con el trabajo precarizado de millones de personas.

Cuando la geopolítica irrumpe en casa

John vive en Minnesota. Hace una semana y media llenó el tanque de su camioneta con 86 dólares. Hoy vuelve a la misma estación de servicio, carga la misma cantidad de combustible, y paga 159. Se queda mirando el número, como si hubiera un error. No lo hay. Lo que cambió no fue su consumo, ni su salario: fue el mundo. El ataque directo de Israel y Estados Unidos contra Irán desató una escalada que impactó de lleno en el Estrecho de Ormuz, por donde circula una parte clave del petróleo global. En cuestión de días, esa decisión geopolítica se tradujo en un número concreto que John no puede pagar sin sentirlo.

Johann vive en Berlín. Durante años, pagar la luz y el gas fue parte de una rutina estable. Pero de pronto las facturas empiezan a subir. No porque consuma más, sino porque el equilibrio que sostenía esos precios se rompió. La expansión de la OTAN hacia el este, incorporando países en la órbita de influencia occidental y rodeando progresivamente a Rusia, fue generando una tensión acumulada durante años. Esa tensión estalló con la invasión de Ucrania. A partir de ahí, sanciones, cortes de suministro energético y la fragilidad de infraestructuras estratégicas reconfiguraron el mapa energético europeo. Johann no participó de esas

decisiones, pero ahora vive con sus consecuencias. Y cuando nuevas tensiones globales vuelven a presionar sobre los precios de la energía, su economía cotidiana queda otra vez en vilo.

Juan vive en Rosario. Está acostumbrado a que el asado no sea solo comer algo rico, sino encuentro con amigos y familia. Pero de repente la carne sube fuerte, demasiado rápido, y entonces lo que antes era habitual al menos dos veces al mes se vuelve excepcional. Detrás de ese aumento hay decisiones concretas: un alineamiento directo del gobierno de Javier Milei con Donald Trump y una lógica de devolución de favores en clave geopolítica. En ese marco, se impulsan acuerdos para incrementar las exportaciones de carne hacia Estados Unidos, buscando aliviar tensiones inflacionarias en ese país. El resultado es inmediato: menos oferta en el mercado interno y precios que se disparan. Juan no estuvo en ninguna negociación, pero es quien termina pagando el costo, no solo en términos económicos, sino también en la pérdida de un ritual que organizaba su vida social.

Ninguno de ellos participó en esas decisiones. Ninguno estuvo en esas mesas. Y, sin embargo, los tres están viviendo sus consecuencias.

Durante los últimos años, luego de finalizada la “Guerra Fría”, la geopolítica fue presentada como una esfera distante, un asunto de cancillerías, estrategias militares y foros multilaterales. Sin embargo, el mundo que emerge tras el cierre del paréntesis de la hegemonía occidental ha disuelto esa distancia. Hoy, la política internacional ya no se limita a organizar el equilibrio de poder entre Estados: estructura la vida cotidiana, moldea expectativas, produce miedos y redefine los márgenes de lo posible para millones de personas. La gran reconfiguración del orden mundial se experimenta menos como un debate académico y más como una sensación persistente de inseguridad.

Siguiendo a Juan Gabriel Tokatlian (2024), el ascenso de Oriente y la desoccidentalización del sistema internacional no constituyen una anomalía, sino un retorno a la normalidad histórica tras dos siglos de excepcionalismo occidental. Pero este retorno no ocurre en un vacío social. Se produce en un capitalismo global tensionado, fragmentado y atravesado por múltiples crisis simultáneas. El resultado es una geopolítica que deja de ser abstracta para convertirse en experiencia vivida: en el precio de los alimentos, en la volatilidad del salario, en la ansiedad frente al futuro y en la colonización del tiempo por una lógica de alerta permanente.

Esta situación integra dos dimensiones inseparables: por un lado, la transformación estructural del orden mundial; por otro, su impacto directo en la vida cotidiana, especialmente en las sociedades periféricas como las latinoamericanas. La disputa geopolítica contemporánea no solo redistribuye poder entre Estados, sino que produce una subjetividad social marcada por el desasosiego, el miedo y la sensación de vulnerabilidad constante.

El resurgimiento de Oriente y el fin del universalismo occidental

El desplazamiento del eje del poder hacia el Indo-Pacífico, con China e India como protagonistas, desafía los fundamentos históricos del orden liberal internacional. Como señalan Tokatlian (2024) y Kishore Mahbubani (2020), el predominio occidental de los últimos dos siglos fue una anomalía sostenida por la Revolución Industrial, el colonialismo y la imposición de un sistema internacional jerárquico. Antes de 1800, China e India concentraban cerca de la mitad del producto mundial; hoy, ese peso histórico reaparece bajo nuevas formas.

Lo que ocurrió durante la globalización tuvo un desenlace inesperado para las potencias de occidente. La

deslocalización de las fábricas desde Estados Unidos y Europa hacia China India Corea del Sur y otros países asiáticos terminó constituyendo una transmisión de la capacitación a grandes ejércitos de trabajadores y sobre todo de la innovación tecnológica necesaria para que estos países empiecen a desarrollar sus propias cadenas de producción, haciendo que en solamente tres décadas China se convierta en la segunda potencia industrial comercial y tecnológica, respirándole en la nuca a Estados Unidos.

Pero este resurgimiento no es meramente económico. Tiene una profunda dimensión simbólica y sociológica. Pankaj Mishra (2017) ha mostrado cómo la experiencia colonial dejó una memoria de humillación que sigue operando como motor político. En el caso chino, el llamado “Siglo de la Humillación” no es un recuerdo distante, sino un componente activo de su identidad nacional y de su política exterior. El objetivo estratégico no es conquistar el mundo, sino restaurar dignidad, soberanía y centralidad histórica.

Desde la teoría política, Amitav Acharya (2014) propone entender este escenario como un “mundo multiplex”: un sistema donde coexisten múltiples órdenes, valores y trayectorias de desarrollo. El orden liberal liderado por Estados Unidos nunca fue verdaderamente global; fue una

experiencia occidental que hoy se integra —no sin fricciones— en una arquitectura mucho más plural. La consecuencia directa es la erosión del universalismo occidental: ya no existe un único modelo legítimo de modernidad, democracia o desarrollo.

Geoeconomía, interdependencia asimétrica y shock permanente

En este nuevo escenario, la economía se ha convertido en el principal campo de batalla geopolítico. El poder ya no se expresa solo en términos militares, sino en la capacidad de controlar cadenas de suministro, flujos financieros, tecnologías críticas y mercados. China pasó de ser periferia manufacturera a centro de innovación, mientras Occidente descubrió tardíamente su dependencia estructural de esas mismas cadenas.

La interdependencia, lejos de garantizar estabilidad, se ha transformado en un arma. Aranceles de shock, sanciones financieras, bloqueos tecnológicos y manipulación de expectativas de mercado constituyen hoy herramientas centrales de presión política. Michael Pettis (2020) aporta una clave decisiva al señalar que estas guerras económicas no son solo conflictos entre países, sino mecanismos que

trasladan los costos de los desequilibrios globales hacia las mayorías sociales. La volatilidad macroeconómica se traduce en inflación persistente, pérdida de poder adquisitivo y precarización de la vida.

Para las personas comunes, la geopolítica se manifiesta como “inflación geopolítica”: subas abruptas y erráticas en los precios de alimentos, energía y transporte, que no responden a dinámicas locales sino a decisiones tomadas a miles de kilómetros. El salario pierde previsibilidad, el ahorro se vuelve imposible y la vida cotidiana se organiza en torno a la administración del riesgo.

Subjetividad del miedo

A la inseguridad material se suma una dimensión temporal y psicológica. Guerras, sanciones, colapsos financieros y amenazas circulan en tiempo real por las plataformas virtuales, generando un estado de alerta constante. La geopolítica ya no se “informa”; se vive como una presión continua sobre la subjetividad.

Pankaj Mishra (2017) advierte que esta saturación de estímulos negativos alimenta una cultura global del resentimiento y la ansiedad. El futuro deja de ser un

horizonte de progreso y se convierte en una fuente de peligro.

Esta sensación de inseguridad permanente no es un efecto colateral accidental, sino una consecuencia directa de un orden mundial fragmentado, donde la estabilidad dejó de ser un valor central y fue reemplazada por la lógica del shock. Ian Bremmer (2022) define este escenario como una policrisis: múltiples crisis que se superponen y refuerzan entre sí, erosionando cualquier anclaje de certidumbre.

América Latina como laboratorio de la geopolítica del miedo

En América Latina, la traducción cotidiana del desorden geopolítico adopta formas particularmente crudas. La región ocupa una posición periférica en la estructura del sistema internacional, lo que la vuelve especialmente vulnerable a las presiones externas. Como advierte Tokatlian, el margen para una “autonomía periférica” se reduce cuando las grandes potencias utilizan la economía, las finanzas y la amenaza política como instrumentos de disciplinamiento.

Un ejemplo paradigmático de cómo la geopolítica produce inseguridad cotidiana fue el clima que rodeó las elecciones

nacionales de Argentina en 2025. En ese contexto, amplios sectores sociales percibieron una intervención directa del gobierno de Estados Unidos, encabezado por Donald Trump, a través de señales financieras y políticas explícitas. La participación de figuras vinculadas al poder económico estadounidense y los pronunciamientos públicos de Trump, en los que planteaba que retiraría el apoyo económico si no triunfaba el candidato Javier Milei —a quien definía como aliado personal—, generaron un clima de fuerte temor social.

Días antes de la elección, la amenaza de un “lunes negro” ocupó el centro de la escena pública: miedo a una corrida cambiaria, a una disparada del dólar y a una aceleración inflacionaria en una economía fuertemente dolarizada. Para millones de electores, la decisión política quedó atravesada por el temor a un colapso inmediato de las condiciones de vida. En este caso, la geopolítica no operó como una abstracción, sino como una presión directa sobre la subjetividad electoral, condicionando la libertad de elección mediante el miedo económico.

Otro episodio que refuerza esta lógica fue la escalada de acciones y amenazas contra Venezuela en el marco de la disputa estratégica con China. Operativos militares, el

despliegue de flotas bajo el argumento del combate al narcotráfico y el posterior secuestro de Maduro fueron leídos en amplios sectores del Sur Global como señales de una reactivación de la Doctrina Monroe: “América para los (norte) americanos”. Más allá de las versiones y controversias sobre estos hechos, su efecto subjetivo fue claro: instalar la idea de que la soberanía de los países latinoamericanos puede ser vulnerada si contradicen los intereses estratégicos de Washington en lo que Donald Trump definió ya explícitamente como su “patio trasero”.

Estos episodios no solo afectan a los Estados involucrados. Funcionan como mensajes disciplinadores para toda la región. La consecuencia es una sensación extendida de inseguridad estructural: la percepción de que cualquier decisión política, económica o diplomática puede desencadenar represalias con impacto directo en la vida cotidiana.

La gran reconfiguración del orden mundial plantea, para América Latina, un dilema que no es solo geopolítico, sino existencial. La geopolítica del presente, cuando se combina con plataformas digitales, volatilidad financiera y economías frágiles, produce agotamiento, ansiedad y desintegración del lazo social.

Un depredador en el bolsillo

Durante cientos de miles de años, la especie humana afinó su sistema nervioso para detectar y responder a amenazas concretas, inmediatas y visibles. El crujido de una rama en la selva, la silueta de un depredador, el fuego fuera de control, la cercanía de un fenómeno meteorológico. El cuerpo se activaba, luchaba o huía, y luego —si sobrevivía— regresaba a un estado basal. Ese ciclo, breve y episódico, es el que modeló nuestra biología.

Pero esto cambió a partir de la revolución industrial, y se aceleró en los últimos 50 años, un tiempo en el que ningún organismo podría adaptarse biológicamente, aún si contáramos los 200 años de capitalismo.

En las primeras décadas del siglo XXI, y con especial crudeza en las periferias del capitalismo global, ese depredador ha mutado. Ya no ruge ni se mueve; vibra en el bolsillo. Llega como una notificación bancaria, el vencimiento de un servicio, de la tarjeta de crédito, una oferta que no te podés perder, noticias sobre el aumento de tarifas de los servicios básicos, un conflicto internacional que impacta en la economía local, la pérdida del poder adquisitivo por el aumento del servicio de celular o del

boleto del colectivo, el saldo negativo de la SUBE, el aumento de la nafta, una deuda impagable que tiene un bufet de abogados que te llama y manda mensajes todo el día, o la amenaza difusa del desempleo por la noticia viralizada del cierre de fábricas icónicas. El estrés financiero se ha convertido en una condición ambiental permanente, una atmósfera invisible que impregna la vida cotidiana de millones de personas.

El estrés financiero no es un fenómeno psicológico individual ni un simple “malestar económico”. Es una patología sistémica producida por un orden económico-político específico, con efectos biológicos medibles, consecuencias cognitivas profundas y daños sociales de largo alcance. Comprenderlo exige un enfoque interdisciplinario que articule medicina, psicología, sociología, economía política y geopolítica. Y, sobre todo, exige una lectura política: el estrés financiero funciona hoy como un dispositivo de disciplinamiento social.

La biología del empobrecimiento

Desde la medicina y la neuroendocrinología, el concepto clave para entender el impacto del estrés financiero es el de *carga alostática*. Este término describe el desgaste

acumulativo que sufre el organismo cuando los sistemas de respuesta al estrés se activan de manera crónica (Guidi, 2021).

Cuando una persona percibe que no puede cubrir sus necesidades básicas o que su futuro material es incierto, el cerebro activa el eje del hipotálamo, la hipófisis y la glándula suprarrenal (HPA). Este eje libera cortisol, la hormona central de la respuesta al estrés. En situaciones normales, el cortisol es adaptativo: moviliza energía, aumenta la atención y prepara al cuerpo para la acción. El problema aparece cuando la amenaza no se resuelve.

En el estrés financiero, el cortisol no sube y baja: se mantiene. Se filtra en la sangre como un goteo tóxico. Este estado tiene consecuencias médicas bien documentadas. A nivel inmunológico, el exceso de cortisol inhibe la producción de glóbulos blancos, debilitando las defensas del organismo y aumentando la susceptibilidad a infecciones y enfermedades crónicas. A nivel cardiovascular, la activación sostenida del sistema simpático genera hipertensión, rigidez arterial y patrones de envejecimiento cardíaco prematuro.

La precariedad económica no solo produce pobreza material, sino también cuerpos biológicamente más frágiles.

El ajuste fiscal, la inflación persistente (elevada o de baja intensidad) y la informalidad laboral se traducen, literalmente, en inflamación sistémica, enfermedades crónicas y reducción de la expectativa de vida. La desigualdad se inscribe en las células.

La mente bajo escasez: estrés financiero, cognición y toma de decisiones

Uno de los hallazgos más relevantes de la psicología cognitiva contemporánea es que la pobreza y la inseguridad financiera no afectan la conducta porque las personas sean “irresponsables” o “ignorantes”, sino porque la escasez consume recursos mentales.

Estudios realizados por universidades como Harvard y Princeton han demostrado que la preocupación constante por el dinero reduce el rendimiento cognitivo de manera significativa, en un orden comparable a una pérdida de alrededor de 13 puntos de coeficiente intelectual. Esta caída no es estructural ni permanente, es contextual, y aparece cuando la mente está atrapada en la urgencia (Mani, Mullainathan, Shafir, 2013).

Sería como una computadora con demasiados procesos abiertos. El estrés financiero corre en segundo plano,

ocupando memoria y capacidad de procesamiento. Como resultado, se producen dos efectos centrales.

El primero es la llamada *visión de túnel*. El cerebro prioriza el corto plazo —pagar la factura, llegar a fin de mes— y pierde la capacidad de planificar a largo plazo. Ahorrar, estudiar, organizarse colectivamente o pensar estrategias de salida se vuelve cognitivamente costoso. No se trata de falta de voluntad, sino de una limitación funcional de la corteza prefrontal.

El segundo efecto es el deterioro del control de impulsos. Cuando la energía mental está agotada gestionando la angustia, disminuye la capacidad de resistir decisiones perjudiciales a largo plazo. Esto genera un círculo vicioso: malas decisiones forzadas por la escasez que, a su vez, profundizan la escasez.

Desde la economía política, este fenómeno es crucial. Un sistema que mantiene amplios sectores de la población en estrés financiero crónico produce sujetos con menor capacidad de planificación, menor margen de acción y menor poder de negociación. La precariedad cognitiva se convierte en un recurso funcional al modelo económico.

Vivir en modo supervivencia

A diferencia del trauma agudo —un accidente, una catástrofe— el estrés financiero es un estrés de mantenimiento. No irrumpe: se instala. El sistema nervioso autónomo permanece en un estado de alerta moderada pero constante.

El sistema simpático, responsable de la respuesta de lucha o huida, queda activado de manera crónica. Esto explica la alta prevalencia de bruxismo, contracturas cervicales, migrañas y trastornos del sueño en contextos de precariedad económica. El insomnio de conciliación no es un problema de “higiene del sueño”: es un cerebro que no percibe el entorno como seguro.

A largo plazo, este estado afecta la neuroplasticidad. Investigaciones en neurociencia han mostrado que el estrés crónico puede reducir el volumen del hipocampo, una región clave para la memoria y el aprendizaje. De allí la experiencia subjetiva, tan extendida, de sentirse más olvidadizo, torpe o lento bajo presión económica.

Este dato tiene implicancias políticas profundas. Sociedades sometidas a estrés económico sostenido no solo están más cansadas: están neurobiológicamente menos disponibles

para la reflexión crítica, la organización compleja y la imaginación de futuros alternativos.

El dinero como patógeno social: vínculos, familia y transmisión intergeneracional

El estrés financiero no se detiene en la frontera del individuo. Se filtra en los vínculos, especialmente en la pareja y la familia (Sapolsky, 2017). Desde la sociología y la psicología social, sabemos que es una de las principales causas de conflictos de pareja, violencia doméstica y rupturas.

La neurociencia social aporta una clave adicional: bajo estrés crónico, disminuyen los niveles de oxitocina, la hormona asociada al vínculo, la confianza y la cooperación. La pareja deja de percibirse como un equipo frente a la adversidad y comienza a vivirse como una carga o un tribunal. La discusión económica rara vez es solo económica: es una disputa por recursos emocionales escasos.

El impacto más grave se observa en la infancia. Niños que crecen en hogares atravesados por estrés financiero presentan niveles elevados de cortisol basal desde edades tempranas. No es la falta de bienes materiales lo que más daña, sino el clima emocional: irritabilidad, ansiedad,

ausencia psíquica de adultos desbordados por la supervivencia.

Este mecanismo produce transmisión intergeneracional del estrés. El orden económico no solo reproduce desigualdad de ingresos, sino también desigualdad neurobiológica y emocional. La pobreza se hereda también como configuración del sistema nervioso.

Geopolítica del estrés: ajuste, deuda y subjetividades disciplinadas

Desde una mirada geopolítica, el estrés financiero masivo no es un accidente. Es un efecto previsible de un sistema global basado en la financiarización, la deuda y la transferencia de recursos desde el trabajo hacia el capital.

Las políticas de ajuste estructural, la precarización laboral y la inflación persistente no solo ordenan variables macroeconómicas: ordenan subjetividades. Una población estresada, endeudada y cognitivamente sobrecargada es menos propensa a la protesta sostenida, a la organización de largo plazo y a la construcción de proyectos colectivos.

En este sentido, el estrés financiero funciona como una tecnología de poder blanda. No necesita represión abierta.

Opera por agotamiento. Produce individuos que sobreviven, pero no viven; que resisten, pero no proyectan.

No estamos ante individuos frágiles en un sistema sano. Estamos ante cuerpos y mentes exhaustos en un orden económico enfermo. Nombrarlo es el primer acto de sanación colectiva.

El secuestro del deseo

La mutación del capitalismo en las últimas dos décadas ha corrido el centro de gravedad de la acumulación desde la fábrica, el mercado y el sistema financiero hacia un territorio más íntimo y menos visible: la atención humana. Este desplazamiento no constituye un fenómeno lateral ni cultural, sino el núcleo mismo de un nuevo régimen de poder que articula plataformas digitales, algoritmos predictivos y una economía extractiva orientada a la captura sistemática del tiempo de vida.

El capitalismo industrial necesitó disciplinar cuerpos; el capitalismo financiero necesitó gobernar expectativas; el orden emergente, que diversos autores han caracterizado como tecnofeudalismo, necesita colonizar sistemas nerviosos. Yanis Varoufakis (2023) ha señalado con precisión que, tras la crisis financiera de 2008, el capitalismo dejó de organizarse prioritariamente a través de mercados competitivos para hacerlo mediante la extracción de rentas desde plataformas cerradas, propietarias de infraestructuras digitales que funcionan como feudos. En este esquema, Amazon, Google, Meta o Apple no operan como empresas que participan en un mercado, sino como arquitectos de entornos donde otros actores —productores, anunciantes,

usuarios— solo pueden existir pagando tributo. Ese tributo adopta una forma novedosa: no se mide en horas de trabajo asalariado, sino en segundos de atención capturada.

Ingeniería del deseo y dispositivos neurotécnicos

Este giro histórico no es abstracto ni meramente económico. Se apoya en una ingeniería de precisión que interviene directamente sobre la biología del deseo. El sistema nervioso humano, moldeado por milenios de evolución en contextos de escasez informativa, se encuentra súbitamente expuesto a un entorno de hiperestimulación diseñado artificialmente. Las plataformas digitales contemporáneas no son simples medios de comunicación: son dispositivos neurotécnicos que acoplan algoritmos de aprendizaje automático con los circuitos dopaminérgicos del cerebro (Eyal 2014). El llamado “scroll infinito”, hoy naturalizado como gesto cotidiano, constituye una de las innovaciones más eficaces de esta ingeniería conductual.

Desde el punto de vista neurobiológico, el scroll infinito explota un principio bien documentado por la psicología conductista y la neurociencia: el refuerzo de proporción variable. Este mecanismo, estudiado originalmente por B. F. Skinner, demuestra que los organismos muestran una

persistencia conductual mucho mayor cuando la recompensa es impredecible. Cada deslizamiento del dedo activa una expectativa incierta: el cerebro no sabe qué estímulo aparecerá a continuación, pero la posibilidad de una recompensa emocional basta para generar una descarga de dopamina en el núcleo accumbens. Investigaciones lideradas por Nora Volkow (2020) han mostrado que este mismo circuito está involucrado en las adicciones químicas, lo que permite comprender por qué el uso intensivo de redes sociales produce patrones de compulsión y tolerancia.

Reconfiguración cognitiva y deterioro del control ejecutivo

El impacto de este proceso no se limita a estados subjetivos de distracción. Estudios de neuroimagen han documentado alteraciones estructurales asociadas al consumo intensivo de medios digitales. Loh y Kanai (2014) encontraron una correlación significativa entre el multitasking mediático y la reducción de densidad de materia gris en la corteza cingulada anterior, región clave para el control ejecutivo, la regulación emocional y la toma de decisiones a largo plazo. Esta evidencia respalda la hipótesis de que la economía de la atención no solo explota capacidades cognitivas

preexistentes, sino que reconfigura materialmente el cerebro humano.

La inhibición funcional del córtex prefrontal durante sesiones prolongadas de consumo digital ha sido observada en múltiples estudios. Esta región, responsable de la planificación, la reflexión y el juicio moral, es metabólicamente costosa y tiende a desactivarse cuando el sistema límbico es hiperestimulado. El resultado es un estado de suspensión cognitiva en el que el sujeto pierde la noción del tiempo y reduce su capacidad de autorregulación (Williams, 2018). En términos fenomenológicos, es una transición desde la lectura profunda hacia un procesamiento superficial y fragmentado.

Fragmentación atencional y fragilidad democrática

Esta fragmentación cognitiva tiene consecuencias políticas de gran alcance. La capacidad de sostener un pensamiento complejo, de articular narrativas históricas o de proyectar futuros colectivos depende de circuitos atencionales estables. Cuando estos circuitos se erosionan, la experiencia social se atomiza en una sucesión de estímulos desconectados. El sujeto hiperestimulado se vuelve reactivo, no deliberativo; emocionalmente intenso, pero

políticamente frágil. Nuestra atención no es solo un recurso psicológico, sino una condición previa para la libertad. La esfera pública resultante es hiperreactiva, polarizada y cognitivamente agotada.

Pero el carácter estructural de este proceso se vuelve evidente cuando se observa la integración vertical que caracteriza a las grandes plataformas. Estas corporaciones no solo diseñan aplicaciones y algoritmos; controlan capas enteras de la infraestructura material que sostiene la vida digital. Poseen cables submarinos, gestionan centros de datos de enorme consumo energético y participan en la producción de semiconductores y energía.

Tecnofeudalismo, extractivismo y dependencia latinoamericana

Para América Latina, esta arquitectura tiene implicancias coloniales evidentes. La región funciona como mercado cautivo de plataformas extranjeras, como fuente de datos y como territorio proveedor de recursos estratégicos para la economía digital, como el litio. Sin soberanía tecnológica ni control sobre infraestructuras críticas, los Estados enfrentan una doble dependencia: financiera y cognitiva. Los flujos de datos no generan encadenamientos productivos locales, sino

que refuerzan un esquema extractivo donde el valor se realiza fuera del territorio.

El concepto de “plusvalía cognitiva” permite articular estas dimensiones. A diferencia de la plusvalía clásica, extraída del tiempo de trabajo, la plusvalía cognitiva se obtiene de la captura de procesos mentales no remunerados: atención, emoción, e interacción social. Shoshana Zuboff (2019) ha descrito este proceso como capitalismo de vigilancia, subrayando que el producto central no es la publicidad, sino la capacidad de anticipar y modelar comportamientos futuros.

Soberanía mental y conflicto político del siglo XXI

En el régimen tecnofeudal, esta capacidad se transforma en renta. Las plataformas cobran por el acceso privilegiado a flujos de atención previamente capturados. No compiten por producir mejores bienes, sino por monopolizar canales de percepción. El algoritmo decide qué existe y qué permanece invisible. Esta lógica reconfigura la esfera pública y produce un estado crónico de estrés, elevando niveles de cortisol y debilitando los circuitos de introspección y memoria.

Este agotamiento no es un efecto colateral: es funcional al sistema. Un cerebro fatigado es más predecible, más manipulable y menos capaz de resistencia organizada. La disputa central del siglo XXI se desplaza así hacia la soberanía mental. Proteger la integridad del sistema nervioso colectivo se vuelve una tarea política fundamental. Recuperar la atención profunda, reconstruir espacios de silencio cognitivo y reapropiarse de la tecnología como herramienta emancipadora son condiciones necesarias para cualquier proyecto democrático. La pregunta que queda abierta no es tecnológica, sino política: quién controla las infraestructuras que median nuestra relación con el mundo y con nosotros mismos.

Inteligencia Artificial, alivio artificial

La expansión contemporánea de la Inteligencia Artificial no puede comprenderse únicamente como un proceso de innovación tecnológica ni como una nueva etapa del capitalismo informacional. Su rasgo distintivo, aquello que la vuelve histórica y políticamente singular, es su intervención directa sobre los procesos cognitivos, es decir, sobre las capacidades de pensar, decidir, aprender y producir conocimiento en contextos de gestión, educativos, laborales, culturales y artísticos.

Lejos de producir un alivio real, la IA introduce una dinámica de externalización de capacidades cognitivas que incrementa la exigencia general del trabajo intelectual. No reduce el trabajo: lo acelera, lo fragmenta y lo intensifica. Externalizar una función mental no equivale a descansar; equivale a desplazar el esfuerzo hacia la validación permanente, la supervisión continua y la adaptación constante a ritmos impuestos por sistemas técnicos.

Oligopolio tecnofeudal

Retomando el análisis previo sobre el “tecnofeudalismo” —la consolidación de un oligopolio tecnológico global— podemos desplazarlo hacia un eje complementario y

decisivo: el impacto de la IA sobre los sistemas educativos, los mercados de trabajo y los espacios de producción cultural.

El oligopolio de la Inteligencia Artificial no es un accidente del mercado ni el resultado natural de una competencia exitosa, sino la consecuencia directa de una concentración extrema de recursos estratégicos. El desarrollo de los modelos de IA más potentes se encuentra hoy en manos de un número muy reducido de actores corporativos y estatales: grandes empresas tecnológicas estadounidenses —como Google, Microsoft, OpenAI, Meta y Amazon— y, en un segundo bloque, conglomerados chinos fuertemente articulados con el Estado, como Baidu, Alibaba y Tencent. Esta concentración responde a barreras de entrada prácticamente infranqueables: acceso a volúmenes masivos de datos, capacidad de cómputo de escala planetaria, infraestructura energética, talento altamente especializado y financiamiento sostenido en el tiempo. Ninguno de estos elementos puede ser reproducido fácilmente por países periféricos o incluso por economías desarrolladas que no formen parte del núcleo tecnológico global.

Esta concentración tecnológica está inseparablemente ligada a la geopolítica contemporánea. La IA se ha convertido en

un activo estratégico, comparable al control del petróleo en el siglo XX. El desarrollo de modelos avanzados depende críticamente de la producción de semiconductores de última generación, dominada por un puñado de empresas y territorios: el diseño de chips en Estados Unidos, la fabricación avanzada en Taiwán y Corea del Sur, y el control de materiales críticos distribuidos de forma desigual. La creciente disputa entre Estados Unidos y China por el liderazgo en IA —expresada en restricciones a la exportación de chips, controles de inversión y políticas industriales agresivas— no es solo una guerra comercial, sino una pugna por el control de la infraestructura cognitiva del futuro. En este escenario, los países centrales refuerzan su capacidad de desarrollar IA de punta mientras el resto del mundo queda relegado al rol de usuario dependiente. La geopolítica de la IA consolida así un orden tecnológico jerárquico, donde la soberanía cognitiva se convierte en un privilegio geopolítico y el acceso a capacidades avanzadas de inteligencia artificial queda subordinado a intereses estratégicos globales.

La IA, en su forma dominante, no produce alivio, sino que reorganiza la exigencia cognitiva bajo la promesa de eficiencia, debilitando la autonomía humana y postergando cualquier posibilidad real de descanso.

La materialidad de la IA: infraestructura y extracción

Como ha señalado Kate Crawford (2021), la Inteligencia Artificial es una tecnología profundamente material. A su infraestructura energética, mineral y logística debe añadirse una dimensión frecuentemente omitida: el trabajo humano que produce datos, etiqueta información, entrena modelos y consume resultados. La IA funciona sobre una vasta base de actividades invisibilizadas que sostienen su aparente inmaterialidad.

Este oligopolio, descrito por Nick Srnicek (2017), no se sostiene solo en datos y cómputo, sino en una reorganización masiva del esfuerzo humano. La promesa de automatización cognitiva se apoya en una paradoja: mientras se externalizan funciones mentales complejas, se intensifican formas de trabajo precarizado en tareas repetitivas y fragmentadas, desde la moderación de contenidos hasta el soporte educativo y cultural.

La IA no elimina el trabajo: lo redistribuye y lo oculta. El resultado es una economía política del conocimiento donde el esfuerzo cognitivo se fragmenta y se naturaliza, mientras el valor se concentra en los nodos oligopólicos que controlan la infraestructura tecnológica.

Automatización cognitiva y reconfiguración del trabajo

Daron Acemoglu y Simon Johnson (2023) han mostrado que la orientación actual de la IA hacia la sustitución del trabajo humano responde a incentivos económicos y no a una inevitabilidad técnica. Esta orientación produce un efecto claro: la transformación del trabajo intelectual en una tarea de supervisión de procesos que ya no se dominan plenamente.

La automatización cognitiva no elimina la carga laboral; la desplaza. El profesional contemporáneo —docente, programador, diseñador, administrativo, investigador, artista— debe adaptarse a flujos de trabajo acelerados, multitarea permanente y exigencias de disponibilidad continua. El alivio prometido por la IA se convierte, en la práctica, en una intensificación del ritmo y en una reducción de los márgenes de reflexión, error y aprendizaje.

El dumping cognitivo se expresa así como una reducción sistemática del tiempo para pensar, dudar, experimentar y comprender en profundidad. El trabajo se vuelve reactivo, fragmentado y dependiente de sistemas que producen resultados “suficientemente buenos” sin exigir comprensión plena.

Dumping cognitivo, diferenciación de acceso y brecha social

El dumping cognitivo (Magnani, 2026) debe ser comprendido como un proceso escalonado, no como un evento abrupto. La diferenciación actual entre modelos gratuitos y modelos pagos de Inteligencia Artificial no es un fenómeno secundario ni transitorio, sino la forma embrionaria de una reorganización más profunda del acceso a capacidades cognitivas artificiales. Lo que hoy aparece como una diferencia de rendimiento ya está produciendo desigualdad; lo que podría venir es su consolidación estructural.

En el presente, los modelos pagos exhiben ventajas claras respecto de los gratuitos: cantidad infinita de interacciones, mayor capacidad de procesamiento, respuestas más extensas y contextualizadas, mejor desempeño en tareas complejas, menor tasa de error y acceso anticipado a nuevas funciones. Estas diferencias impactan directamente en la productividad, la calidad del trabajo y la velocidad de resolución de problemas en ámbitos educativos y laborales.

Esta asimetría ya produce una brecha cognitiva efectiva. Quienes acceden a modelos pagos pueden organizar mejor

su trabajo, elaborar textos más complejos, explorar alternativas con mayor profundidad y reducir significativamente los tiempos de producción. Quienes dependen de modelos gratuitos operan con herramientas más limitadas, aun cuando enfrentan las mismas exigencias institucionales y laborales. La desigualdad no surge de la capacidad individual, sino del acceso diferencial a infraestructura cognitiva.

Este escenario actual funciona, además, como una fase de habituación. Durante el período en que los modelos gratuitos están disponibles, amplios sectores sociales reorganizan sus prácticas de estudio, trabajo y producción cultural en función de la IA. Se externalizan funciones cognitivas, se reducen tiempos de elaboración y se elevan los estándares de rendimiento. El dumping cognitivo se instala como norma.

En este contexto, la eventual decisión de las plataformas de restringir el acceso gratuito o de relegarlo a versiones significativamente degradadas no produciría un simple retroceso, sino un salto en la desigualdad. Quienes puedan pagar mantendrán —e incluso ampliarán— sus capacidades de producción y resolución de problemas. Quienes no puedan hacerlo quedarán expuestos a un doble efecto:

menor acceso a herramientas y mayores exigencias externas, ya normalizadas por el uso generalizado de IA.

El dumping cognitivo adquiere aquí su dimensión más problemática. Durante la fase de acceso amplio, se debilitan capacidades humanas por desuso. Cuando el acceso pleno se mercantiliza, esa dependencia se transforma en vulnerabilidad estructural. Los sujetos quedan atrapados en un entorno que exige operar con IA, pero sin garantizar las condiciones materiales para hacerlo.

En el sistema educativo, este proceso amenaza con institucionalizar una desigualdad profunda. Estudiantes con acceso a modelos pagos contarán con apoyo cognitivo avanzado para escritura, análisis y resolución de problemas complejos, mientras que otros quedarán limitados a versiones menos potentes o directamente excluidos. Sin embargo, los criterios de evaluación, los ritmos académicos y las expectativas de desempeño tenderán a ajustarse a las capacidades de los modelos más avanzados.

En el mercado laboral, la diferenciación se traduce en segmentación. Trabajadores con acceso a IA paga se vuelven más productivos, más competitivos y más adaptables. Quienes no pueden costear ese acceso quedan rezagados, no

por falta de formación o experiencia, sino por una desigualdad tecnológica estructural. La brecha salarial, la precarización y la pérdida de oportunidades se profundizan.

Lo que hoy se presenta como una elección individual —pagar o no por un mejor modelo— corre el riesgo de convertirse en una condición estructural de inclusión o exclusión. La IA deja de ser una herramienta y pasa a funcionar como un filtro social.

Desde una perspectiva política, esta articulación entre presente y futuro inmediato plantea un desafío central. Si el dumping cognitivo continúa avanzando sin regulación, el acceso desigual a la IA no solo reproducirá las desigualdades existentes, sino que las amplificará. La disputa por la Inteligencia Artificial es, en este sentido, una disputa por la igualdad de condiciones para pensar, aprender y trabajar en sociedades crecientemente mediadas por sistemas técnicos.

Sin políticas públicas que limiten la mercantilización extrema, garanticen acceso equitativo y fortalezcan capacidades cognitivas propias, el alivio prometido por la IA se consolidará como una forma sofisticada de exclusión. El presente ya ofrece señales claras de ese rumbo.

Autoridad epistémica y dependencia técnica

Daniel Dennett (2023) advirtió que el peligro central de la IA reside en la cesión de autoridad epistémica. Esta cesión se traduce en una aceptación creciente de recomendaciones algorítmicas para evitar el costo cognitivo de decidir.

En contextos laborales y educativos, esta dinámica reduce la carga inmediata de decisión, pero instala una dependencia estructural. Docentes, profesionales de la salud, trabajadores culturales y administrativos reorganizan sus prácticas en función de sistemas que no controlan ni comprenden plenamente. La autoridad algorítmica redefine criterios de relevancia, eficiencia y corrección.

La pérdida de autonomía cognitiva no es un efecto colateral, sino una condición funcional del modelo. A mayor dependencia técnica, menor capacidad colectiva de deliberación y cuestionamiento.

La Educación bajo el régimen de externalización cognitiva

El impacto más profundo del dumping cognitivo se manifiesta en el sistema educativo. Aprender implica atención sostenida, repetición, error y elaboración

conceptual. La incorporación acrítica de IA en las aulas introduce una lógica de externalización que interrumpe estos procesos.

Cuando los estudiantes delegan la escritura, el análisis o la resolución de problemas, no solo pierden habilidades abstractas: se debilita su relación con el proceso mismo de aprender. Se reduce la tolerancia al esfuerzo intelectual y se acortan los umbrales de atención y memoria de trabajo.

La educación mediada por IA corre el riesgo de producir sujetos altamente funcionales a sistemas automatizados, pero frágiles frente a la complejidad. Personas entrenadas para operar interfaces, pero no para sostener procesos cognitivos prolongados.

Mercado laboral, desprofesionalización y precarización

La desprofesionalización adquiere una dimensión transversal a prácticamente todos los sectores del trabajo. No se trata únicamente de profesiones tituladas. La IA está penetrando de manera acelerada en tareas administrativas, de gestión, atención, organización y control, históricamente consideradas trabajo no profesional o semi-calificado.

En ámbitos administrativos —organismos estatales y empresas— la IA se incorpora para acelerar trámites, redactar documentos, clasificar información y responder comunicaciones. El trabajador es directamente reemplazado, o en el mejor de los casos transformado: pasa a validar respuestas automáticas, ajustar prompts cada vez más específicos y sostener ritmos de producción crecientes con menor margen de error.

La exigencia de producir más, más rápido y a menor costo se extiende así a todo el espectro laboral. La precarización no es solo contractual o salarial, sino cognitiva: una pérdida progresiva del control sobre el saber hacer y sobre los tiempos del trabajo.

Cultura, arte y automatización de la sensibilidad

En el campo cultural y artístico, la IA introduce una forma de alivio creativo que amenaza con homogeneizar la sensibilidad. La creación, históricamente ligada a la exploración y la experimentación, se ve reemplazada por combinaciones algorítmicas optimizadas.

La producción cultural se orienta cada vez más por métricas de visibilidad y rendimiento, reduciendo los márgenes de

búsqueda y conflicto. El dumping cognitivo se convierte aquí en dumping sensible.

Colonialismo cognitivo y dependencia estructural

El desarrollo concentrado de la Inteligencia Artificial constituye una nueva fase del colonialismo, centrada en la captura y reorganización de los procesos cognitivos a escala global. Este colonialismo cognitivo se funda en la extrema concentración de infraestructura, datos y capacidad de cómputo en un reducido número de corporaciones y Estados del Norte Global.

Como ha señalado Kate Crawford (2021), la IA cristaliza relaciones de poder preexistentes. Los modelos de lenguaje y los sistemas de decisión incorporan supuestos culturales, lingüísticos y normativos propios de los contextos donde fueron diseñados. Su despliegue global produce una asimetría epistémica profunda.

Los países que no controlan infraestructura propia de IA quedan atrapados en una doble dependencia: exportan datos e importan capacidades cognitivas artificiales ya entrenadas y reguladas externamente. Esta dependencia reorganiza estándares de productividad, criterios de evaluación y formas de trabajo en función de lógicas ajenas.

El dumping cognitivo adquiere aquí una dimensión geopolítica. Las capacidades artificiales se introducen masivamente como soluciones eficientes y de bajo costo, mientras erosionan las capacidades locales de producción de conocimiento. A largo plazo, esta dinámica consolida sociedades altamente dependientes de herramientas externas y progresivamente desposeídas de su autonomía cognitiva.

La Inteligencia Artificial, tal como se desarrolla hoy, no amenaza únicamente empleos o mercados. Amenaza la autonomía cognitiva. La externalización masiva del pensamiento no produce alivio: produce más exigencia, más velocidad y menos capacidad de comprensión.

Defender el pensamiento implica disputar la dirección del desarrollo tecnológico y revalorizar el trabajo cognitivo no instrumental.

Como señalan Acemoglu (2023) y Srnicek (2017), es necesario intervenir políticamente sobre los incentivos que orientan la IA. El alivio real no vendrá de la externalización permanente de capacidades, sino de políticas que restituyan tiempo para pensar, aprender y decidir colectivamente.

La nueva vieja política

En el inicio del siglo XXI, el capitalismo no solo ha demostrado una notable capacidad de adaptación frente a sus crisis recurrentes, sino que ha reconfigurado su dispositivo político de legitimación. Lejos de limitarse a un retorno del neoliberalismo clásico, asistimos a una mutación más profunda: un capitalismo acelerado que combina desregulación económica, hiperfinanciarización, plataformas digitales y una nueva gramática política capaz de movilizar afectos, resentimientos y deseos. Este dispositivo no opera únicamente en el plano económico, sino que articula subjetividades, lenguajes y formas de identificación política que explican el ascenso de las nuevas derechas a escala global.

Un nuevo dispositivo político

El neoliberalismo de los años setenta y ochenta —encarnado en las experiencias de Thatcher y Reagan— se apoyó en una alianza entre capital financiero, conservadurismo moral y Estado fuerte en lo represivo. Aquel proyecto buscaba disciplinar a la clase trabajadora organizada y desmontar el Estado de bienestar, pero todavía necesitaba de partidos tradicionales, sindicatos debilitados y consensos

parlamentarios. La promesa era clara, el sacrificio presente a cambio de la prosperidad futura.

El capitalismo contemporáneo ya no se legitima únicamente a través de la promesa de eficiencia económica o derrame. Tras décadas de estancamiento salarial, precarización laboral y crisis financieras, esa promesa perdió credibilidad para amplios sectores sociales. Sin embargo, lejos de generar un consenso anticapitalista, este fracaso abrió el terreno para una mutación política: el capitalismo acelerado desplaza el eje de legitimación desde la prosperidad colectiva hacia la autonomía individual, la libertad negativa y la promesa de escape personal.

Este desplazamiento implica un cambio en el dispositivo político. Si el neoliberalismo clásico se apoyaba en tecnócratas, organismos internacionales y partidos tradicionales, la nueva fase se articula con liderazgos carismáticos, comunicación digital agresiva y una retórica antisistema que oculta su profunda afinidad con los intereses del capital concentrado. Como señala Wendy Brown (2020), el neoliberalismo no destruyó la democracia desde afuera, sino que la vació desde adentro; el capitalismo acelerado, en cambio, se presenta como su verdugo explícito,

capitalizando el desprestigio de las instituciones democráticas.

La rebeldía como recurso

Uno de los rasgos más novedosos de las nuevas derechas es la apropiación de la rebeldía. Pablo Stefanoni (2021) ha mostrado cómo la izquierda socialdemócrata (socialismo, laboristas, demócratas, progresismo, peronismo), al institucionalizarse y convertirse en gestora del orden existente, fue percibida crecientemente como conservadora en el plano cultural. Normas, lenguajes inclusivos, políticas de reconocimiento y pedagogías morales comenzaron a ser vividas por amplios sectores como imposiciones de una élite ilustrada.

En ese contexto, la derecha radical logró ocupar el lugar de la transgresión y lo popular. La incorrección política, el insulto, la burla y el desprecio por las formas tradicionales de la política se convirtieron en signos de autenticidad. Ser de derecha, para ciertos sectores juveniles, pasó a ser una forma de desafío al establishment cultural. Esta inversión simbólica es central para entender por qué discursos profundamente regresivos pueden experimentarse subjetivamente como emancipadores.

Emocracia, algoritmos y guerra cultural

Giuliano da Empoli conceptualiza este fenómeno como el pasaje hacia una emocracia: un régimen donde la gestión de las emociones es más eficaz que la deliberación racional. Las plataformas digitales, organizadas en torno a la economía de la atención, premian el contenido que genera indignación, miedo o ira. Las nuevas derechas comprendieron rápidamente esta lógica y la convirtieron en una estrategia política sistemática.

La política deja de ser un espacio de persuasión y se transforma en una maquinaria de activación afectiva. El enemigo —la casta, los inmigrantes, el feminismo, el progresismo— cumple una función central: condensar frustraciones difusas y ofrecer un blanco claro para el resentimiento social. Como advierte Manuel Castells (1996), en contextos de incertidumbre estructural, la identidad negativa suele ser más potente que cualquier programa positivo.

El sistema de medios híbridos

Andrew Chadwick (2017) describe el escenario comunicacional contemporáneo como un sistema de medios híbridos, donde interactúan lógicas tradicionales y digitales.

Las nuevas derechas se mueven con gran eficacia en este terreno: una provocación en redes sociales (tuit, retuit, video, meme) se convierte en noticia televisiva, amplificando su alcance sin costo alguno.

Este mecanismo no solo maximiza la visibilidad, sino que erosiona el rol del periodismo como mediador. Como la esencia comunicacional se extrae de las redes, los dueños de esa verdad para llevarla a donde quieran y reformarla como quieran son los mismos actores de la derecha -y sus seguidores- que generaron el primer eslabón de la cadena comunicacional. Por eso se pueden presentar como víctimas de una prensa corrupta o cómplice del poder, porque estos movimientos construyen una relación directa con sus seguidores. Yochai Benkler (2018) denomina a este proceso “inmunización por desprestigio”: cualquier información crítica es descalificada antes de ser evaluada, cerrando el ecosistema informativo sobre sí mismo.

Capitalismo, subjetividad y resentimiento

El dispositivo político del capitalismo acelerado no podría funcionar sin una profunda transformación subjetiva. La precarización estructural produce individuos obligados a gestionarse como empresas de sí mismos. El fracaso deja de

ser un problema social y se convierte en una culpa individual. En ese contexto, el resentimiento como emoción se vuelve un recurso político privilegiado.

Como bien analiza Tamara Tenenbaum (2024) en sus reflexiones sobre la subjetividad contemporánea, este resentimiento no se dirige hacia arriba, hacia las élites económicas, sino hacia los pares: el beneficiario de un plan social, la mujer feminista, el empleado público, el trabajador formalizado, el jubilado que “no aportó”. El conflicto se horizontaliza, bloqueando la posibilidad de una crítica sistémica. El capitalismo acelerado logra así una de sus mayores victorias culturales: desactivar la solidaridad y reemplazarla por competencia moral.

La alfombra roja que pisó Milei

El ascenso de Javier Milei no puede entenderse como una anomalía ni como el resultado exclusivo de una campaña exitosa. Como sostiene Pablo Semán (2023), se trata de la cristalización de un proceso de desgaste profundo del pacto democrático construido en la posdictadura. Durante más de una década, la sociedad argentina experimentó estancamiento económico, inflación persistente y deterioro de las condiciones de vida.

En ese contexto, tanto las experiencias neoliberales como las progresistas fueron percibidas como incapaces de garantizar estabilidad y bienestar. La democracia dejó de ser asociada a una mejora material y pasó a ser vivida, por amplios sectores, como un sistema que reproduce privilegios y frustra expectativas. El discurso contra la “casta” no emerge entonces como un rechazo abstracto a la democracia, sino como una crítica a una democracia que no cumple.

El mundo emprendedor y la precarización

Uno de los aportes más relevantes de Semán es la caracterización del nuevo sujeto social que constituye la base de apoyo de La Libertad Avanza. No se trata del empresario tradicional ni del trabajador asalariado clásico, sino del

cuentapropista precarizado: repartidores, vendedores informales, freelancers, pequeños comerciantes.

Para estos sectores, el Estado aparece menos como garante de derechos que como obstáculo. Impuestos, regulaciones y burocracia se viven como amenazas a una subsistencia frágil. En este marco, la retórica libertaria conecta con una experiencia cotidiana concreta. La libertad negativa —que el Estado no interfiera— se resignifica como condición de supervivencia.

Libertad, Estado y significantes vacíos

El éxito de Milei radica en su capacidad para articular significantes poderosos con sentidos múltiples. “Libertad” funciona como un contenedor donde convergen demandas heterogéneas: estabilidad monetaria, rechazo a la corrupción, hartazgo cultural, deseo de orden. Aunque el anarcocapitalismo que Milei enuncia tiene una base teórica específica, su recepción social es mucho más pragmática y emocional.

La dolarización, por ejemplo, no se vive como un debate técnico, sino como una promesa de fin de la angustia inflacionaria. La motosierra no es solo un programa de ajuste, sino un símbolo de castigo a un Estado percibido

como parasitario. La política se estetiza y se simplifica, volviéndose legible en clave afectiva.

Batalla cultural y juventud

Al igual que en otros países, la derecha argentina logró interpelar a sectores juveniles que no se identifican con las narrativas progresistas tradicionales. El lenguaje inclusivo, las políticas de género y ciertos discursos de derechos humanos fueron percibidos por algunos jóvenes como ajenos a sus urgencias materiales.

Milei y su entorno supieron explotar esa distancia, presentándose como una voz que dice lo que otros callan. La estética del vivo improvisado, el grito, el insulto y el meme construyen una sensación de cercanía y autenticidad que contrasta con la imagen del político profesional. En un contexto de desconfianza generalizada, esa autenticidad performativa se vuelve un capital político decisivo.

Gobierno, ajuste y crueldad

Ya en el poder, el gobierno de Milei profundizó las lógicas del capitalismo acelerado. El ajuste económico no se presenta como un mal necesario, sino como una purga moral. La crueldad —el goce discursivo frente al

sufrimiento ajeno— se convierte en una forma de pedagogía política, como señala Sebastian Carassai en el libro “Argentina (Re)sentida”, *“Los malos modos de Milei son aceptados en tanto instrumento que pone en evidencia esa hipocresía, al mismo tiempo que no son percibidos como dirigidos contra la gente en general, sino contra nichos de privilegios”*.

El despido de trabajadores, el cierre de instituciones culturales y el desfinanciamiento de políticas sociales se narran como actos de valentía. El dolor se justifica en nombre de un futuro abstracto, mientras se refuerza la idea de que cada individuo debe arreglárselas por sí mismo. La comunidad se disuelve y el lazo social se debilita.

El análisis del dispositivo político del capitalismo acelerado, tanto en su dimensión global como en su expresión argentina, muestra que el avance de las nuevas derechas no puede explicarse únicamente por manipulación, ignorancia o irracionalidad. Se trata de un fenómeno profundamente enraizado en transformaciones materiales, culturales y subjetivas.

Por un lado, es necesario abandonar la comodidad de la superioridad moral y reconocer las experiencias reales de

precarización y frustración que alimentan estas derechas. Por otro, resulta imprescindible reconstruir una promesa ya no de “futuro”, sino más bien de un presente inmediato que no se limite a defender lo existente, sino que vuelva a hacer deseable la idea de lo común.

La disputa no es sólo económica ni sólo cultural: es una disputa por el sentido, y nuestra propuesta es reabrir el diálogo que clausuró el dispositivo político del capitalismo acelerado y que no supo recuperar ni el progresismo, ni el peronismo, ni la izquierda.

Hay que interpelar las nuevas subjetividades, validando las sensaciones físicas y las emociones que generan, como pilares en el camino hacia la construcción de una nueva conversación política para el alivio de nuestros cuerpos.

Argentina

La Argentina atraviesa en la actualidad una de las crisis de reproducción social más profundas de su historia contemporánea. No se trata únicamente de un ciclo económico recesivo ni de una crisis macroeconómica más en una larga sucesión de inestabilidades. Lo que está en juego es algo más estructural: la ruptura del vínculo entre trabajo, salario, consumo y expectativas de vida. En términos sociológicos, estamos frente a una crisis del orden social; en términos económicos, ante un proceso sostenido de transferencia regresiva de ingresos; y en términos políticos, frente a una erosión acelerada del contrato social que organizó la sociedad argentina durante buena parte del siglo XX.

Mientras en los países centrales el problema adopta la forma de estancamiento de la clase media, en Argentina asistimos a un fenómeno más extremo: una caída histórica del salario real, un colapso del consumo popular, un endeudamiento masivo de los hogares para cubrir gastos básicos y una transformación regresiva del mercado de trabajo, marcada por el pluriempleo, la informalidad y la uberización.

El resultado es una sociedad que trabaja más horas, en peores condiciones y con menor protección, pero que consume menos, ahorra menos, se endeuda y vive con mayor incertidumbre. Esta paradoja no es accidental: es la expresión concreta de un modelo económico que ha roto el nexo entre productividad, salario y bienestar.

El desacople salarial en Argentina: de la erosión al derrumbe

A diferencia de lo ocurrido en gran parte de Occidente, donde el salario real se estancó mientras la productividad continuó creciendo, en Argentina el salario real sufrió una regresión histórica. Diversos estudios de Fundar, CEICS y el CONICET muestran que en 2024 el salario real promedio retrocedió a niveles comparables a los de 1948. Si se lo compara con el pico histórico de 1974, la pérdida ronda el 37%, una magnitud inédita en tiempos de paz.

Este proceso no es homogéneo ni reciente, pero se aceleró de forma dramática en el último lustro. Entre 2015 y 2019, el salario real cayó cerca de un 19%, inaugurando un ciclo de devaluaciones e inflación persistente. Entre 2019 y 2023, los salarios registrados lograron en algunos períodos empatar la inflación, pero cerraron el ciclo con una pérdida real

acumulada de entre 5% y 10%, mientras que los salarios informales se desplomaron cerca de un 25%. A partir de diciembre de 2023, la devaluación inicial del nuevo gobierno generó un shock inflacionario que provocó una caída del 13,1% del salario real en un solo mes. Hacia 2026, el salario público y el informal acumulan pérdidas superiores al 30% (MATE, 2026).

En términos de distribución funcional del ingreso, el retroceso es claro. En 1974, los trabajadores participaban de aproximadamente el 50% del Producto Bruto Interno. En la actualidad, esa participación oscila entre el 40% y el 44%, con pisos dramáticos en los momentos de crisis aguda. La productividad en sectores como el agro, la energía o la economía del conocimiento aumentó de manera significativa, pero esa riqueza no se tradujo en mejores salarios, sino en mayores márgenes de ganancia y rentas concentradas.

De cambiar marcas a eliminar el consumo

La caída del salario real tiene una traducción directa y visible en el consumo cotidiano. Los hogares argentinos ya no ajustan su presupuesto cambiando marcas o buscando promociones: directamente eliminan consumos. Entre 2024

y 2025, el consumo masivo en supermercados registró caídas interanuales de entre 10% y 15%. La compra de bienes durables —electrodomésticos, autos, muebles— cayó a niveles comparables a los de la crisis de 2002 (Scentia, 2025). Hoy, cerca del 70% del ingreso de los hogares se destina a alimentos y servicios esenciales (tarifas de luz, gas, agua, transporte y comunicaciones). El margen para el ahorro es prácticamente nulo para más del 80% de la población. Esta contracción del consumo no es solo un problema económico: implica una pérdida de bienestar, de sociabilidad y de expectativas de futuro. Comer peor, postergar tratamientos médicos, abandonar actividades culturales o recreativas son formas silenciosas de empobrecimiento social.

Endeudamiento familiar: meses eternos

Ante la imposibilidad de sostener el nivel de vida con ingresos corrientes, las familias argentinas recurrieron masivamente al endeudamiento. En 2026, la deuda de los hogares alcanzó un récord equivalente al 140% de sus ingresos mensuales. El crédito dejó de ser una herramienta de inversión o consumo duradero para convertirse en un mecanismo de supervivencia.

Las tarjetas de crédito se utilizan crecientemente para la compra de alimentos, con un aumento alarmante del pago mínimo, lo que genera deudas a tasas nominales que oscilan entre el 100% y el 120%. Las fintech y billeteras virtuales representan ya un 33% del salario familiar promedio, con niveles de mora que superan el 21%, triplicándose en apenas un año (BCRA, 2025). En los sectores informales y populares, resurgen formas de financiamiento usurario, como los préstamos diarios o el llamado “gota a gota”, generando verdaderas trampas de endeudamiento.

Desde una perspectiva sociológica, este endeudamiento crónico produce estrés financiero permanente, deterioro de la salud mental y una sensación de asfixia temporal: el ingreso futuro ya está comprometido antes de ser percibido.

Vivienda y alquileres: del derecho social a la expulsión

La crisis salarial se vuelve aún más dramática cuando se analiza el acceso a la vivienda. En Argentina, el mercado inmobiliario se encuentra profundamente dolarizado, mientras los ingresos están pesificados y erosionados por la inflación. Según informes de la UADE, en 2025 se requieren entre 3,3 y 3,9 salarios completos para comprar apenas un metro cuadrado en la Ciudad de Buenos Aires. El crédito

hipotecario prácticamente desapareció como herramienta de acceso a la vivienda.

El alquiler, que históricamente fue una etapa transitoria, se convirtió en una condición permanente. Los alquileres absorben entre el 40% y el 50% del ingreso de los hogares jóvenes y de amplios sectores de la clase trabajadora. Este fenómeno no solo impide el ahorro, sino que genera inestabilidad residencial, hacinamiento y desplazamientos forzados hacia periferias con menor acceso a servicios y empleo.

La vivienda dejó de ser un bien de uso para convertirse en un activo financiero, funcionando como un mecanismo de transferencia de ingresos desde inquilinos hacia propietarios con carteras inmobiliarias concentradas.

Pluriempleo, informalidad y uberización: trabajar más para vivir peor

Uno de los rasgos más distintivos del actual mercado laboral argentino es la expansión del pluriempleo. En 2024 y 2025, el 12,4% de la población ocupada tuvo dos o más trabajos. Esto equivale a aproximadamente 2,4 millones de personas que necesitan multiplicar sus jornadas laborales para cubrir la canasta básica. Al mismo tiempo, cerca del 29% de los

trabajadores supera las 45 horas semanales, configurando un escenario de sobreocupación estructural.

Este fenómeno convive con una pérdida sostenida del empleo asalariado formal. Desde diciembre de 2023, hasta agosto de 2025, se perdieron más de 200.000 puestos registrados, mientras creció el empleo informal, que hoy alcanza a casi el 45% de los asalariados del sector privado. La informalidad implica ausencia de aportes jubilatorios, cobertura de salud y estabilidad laboral, trasladando el riesgo económico desde el Estado y las empresas hacia los individuos.

La llamada uberización del empleo dejó de ser una experiencia marginal o juvenil para convertirse en refugio de trabajadores expulsados del sector industrial y de servicios formales. Plataformas de reparto, transporte y servicios digitales funcionan como mercados de trabajo sin derechos, donde los ingresos son volátiles, la competencia es permanente y el trabajador asume todos los costos y riesgos.

Desde la economía política, este proceso representa una profunda descolectivización del trabajo. El salario deja de ser negociado colectivamente y pasa a ser fijado por algoritmos,

mientras que la productividad generada se concentra en las plataformas.

Salud y educación en Argentina: del derecho social a la privatización impuesta

La crisis salarial y laboral se profundiza cuando se analiza el deterioro de los sistemas de salud y educación, históricamente pilares de la movilidad social ascendente en Argentina. El debilitamiento de estos sistemas actúa como un verdadero impuesto indirecto al salario, obligando a las familias trabajadoras a destinar una porción creciente de sus ingresos a cubrir servicios que antes eran provistos de manera universal.

Argentina posee un sistema de salud segmentado en tres niveles —público, obras sociales y medicina prepaga— que atraviesa una crisis de financiamiento cruzada. Ante la pérdida de empleos formales o la imposibilidad de afrontar cuotas privadas, millones de personas migraron hacia el hospital público. Esta sobredemanda convive con un deterioro de la infraestructura, faltantes de insumos y una creciente fuga de profesionales.

Estudios de la Sociedad Argentina de Economía de la Salud muestran que los salarios médicos y de enfermería cayeron

en términos reales, generando fenómenos de pluriempleo profesional, migración al sector privado premium o directamente al exterior. En el sistema público, las demoras para acceder a turnos con especialistas o cirugías programadas se extienden entre tres y seis meses, lo que en la práctica implica una restricción efectiva del derecho a la salud.

En el sector privado, la situación no es menos crítica. Tras los procesos de desregulación de 2023–2024, las cuotas de la medicina prepaga registraron aumentos acumulados de entre el 150% y el 200% en pocos meses, muy por encima de la evolución salarial. Incluso quienes mantienen una cobertura privada enfrentan hoy coseguros y copagos generalizados. El llamado gasto de bolsillo catastrófico —cuando una familia debe destinar más del 40% de su ingreso disponible no esencial a un evento de salud— se ha vuelto un riesgo extendido para amplios sectores de la clase media trabajadora.

Un proceso similar se observa en el sistema educativo. La educación pública, que durante gran parte del siglo XX funcionó como gran igualador social, atraviesa un deterioro sostenido producto del desfinanciamiento real, la degradación edilicia y la pérdida de poder adquisitivo del

salario docente. Estudios del CONICET y de CIPPEC señalan que la inversión por alumno cayó de forma procíclica: se reduce en las crisis y no se recompone plenamente en los períodos de recuperación.

El salario docente se ubica entre los más bajos de la región en relación con el costo de vida, lo que genera pluriempleo, rotación y conflictividad gremial. Como resultado, los estudiantes del sistema público pierden en promedio entre 15 y 20 días de clase por año, una pérdida de capital educativo que no afecta a los sectores de mayores ingresos.

Para la clase media trabajadora, la migración a la educación privada se ha convertido en una estrategia defensiva más que en una elección (Argentinos por la Educación, 2023). Sin embargo, esta opción implica una presión financiera creciente: enviar dos hijos a un colegio privado de jornada completa puede representar entre el 30% y el 50% del ingreso familiar. A ello se suma la inflación de la canasta escolar, con aumentos interanuales que superan ampliamente el índice general de precios.

Los resultados de esta segmentación se reflejan en las evaluaciones educativas. En las pruebas Aprender y PISA, los estudiantes de los deciles de menores ingresos muestran

tasas de desempeño insuficiente en comprensión lectora que alcanzan al 70%, mientras que en los deciles superiores ese porcentaje desciende al 15%. En la escuela secundaria, solo 16 de cada 100 estudiantes que ingresan al sistema logran egresar en tiempo y forma con saberes adecuados.

En el nivel universitario, aunque el arancel sigue siendo gratuito, la permanencia está fuertemente condicionada por los costos indirectos y de oportunidad. Solo el 12% de los jóvenes del cuartil más pobre logra finalizar una carrera universitaria, frente a cerca del 50% del cuartil más rico. El deterioro presupuestario entre 2024 y 2026 afectó laboratorios, becas y programas de apoyo, mientras que las cuotas de las universidades privadas absorben hoy entre el 40% y el 60% de un salario promedio.

Una crisis del trabajo y del proyecto social

La situación argentina actual no puede entenderse solo como un problema de inflación o equilibrio fiscal, aunque esa sea una condición necesaria para iniciar un camino de estabilización. Estamos frente a una crisis integral del trabajo como organizador de la vida social. El salario ya no garantiza consumo, el consumo ya no garantiza bienestar y el esfuerzo ya no garantiza futuro.

El pluriempleo, la informalidad, la uberización y el endeudamiento no son anomalías transitorias, sino componentes centrales de un modelo que transfiere ingresos y riesgos desde la clase trabajadora hacia los sectores concentrados del capital. En este contexto, la discusión política no puede limitarse a variables macroeconómicas: debe interrogarse sobre qué tipo de sociedad se está construyendo cuando trabajar más implica vivir peor.

Parte II

La fuga

Desnudando normalidades

La condición histórica que atraviesa el capitalismo financiero y tecnológico contemporáneo no puede comprenderse adecuadamente si se la reduce a una crisis económica o a un conjunto de disfunciones institucionales. Lo que está en juego es una mutación ontológica del modo en que la vida es producida, administrada y gobernada. La inseguridad material crónica no constituye un fenómeno accidental ni transitorio, sino una forma estable de organización social que articula economía, biología y subjetividad. Comprender esta forma exige un análisis filosófico riguroso que permita pensar cómo el poder se ha desplazado desde la coerción visible hacia la administración integral de la existencia.

En este sentido, la filosofía política contemporánea ofrece herramientas decisivas. Los aportes de varios intelectuales permiten cartografiar un régimen de dominación que ya no se limita a disciplinar cuerpos o a explotar trabajo, sino que interviene directamente sobre el sistema nervioso, el tiempo vital y la capacidad de sentido.

El shock como condición permanente

Naomi Klein (2007) formuló en *La doctrina del shock* una tesis central: el neoliberalismo avanza allí donde logra producir estados de desorientación colectiva que suspenden la capacidad de resistencia. El shock, en su formulación original, se asociaba a eventos traumáticos excepcionales —golpes de Estado, guerras, catástrofes naturales— que permitían imponer reformas estructurales regresivas. Sin embargo, la fase actual del capitalismo ha radicalizado este mecanismo: el shock ya no es un acontecimiento extraordinario, sino una condición permanente.

La inseguridad material crónica puede leerse como una actualización de la doctrina del shock. La caída sostenida del salario real, el desacoplamiento entre productividad y bienestar, la inflación concentrada en bienes esenciales y el endeudamiento masivo de los hogares configuran un estado de trauma económico prolongado. Klein advierte que el shock no busca únicamente destruir, sino producir regresión. La regresión contemporánea no es solo política, sino cognitiva y biológica: la vida se reduce a la gestión de urgencias, y el horizonte de futuro se clausura.

Desde una perspectiva filosófica, este shock permanente implica una transformación de la temporalidad. El tiempo deja de ser apertura y se convierte en amenaza. El presente se impone como supervivencia, mientras el futuro aparece colonizado por la deuda y la incertidumbre. El sujeto shockeado no es incapaz de comprender, sino de proyectar. Esta suspensión del tiempo es una condición fundamental de la gobernabilidad neoliberal.

La autoexplotación como forma de dominación

Byung-Chul Han ofrece el marco ontológico para comprender cómo este régimen se inscribe en la subjetividad. En *La sociedad del cansancio* y *Psicopolítica*, Han (2021, 2022) sostiene que el poder contemporáneo ya no opera principalmente mediante la negatividad de la prohibición, sino a través de la positividad del rendimiento. El sujeto ya no es obediente, sino emprendedor de sí mismo. Esta mutación produce una forma de dominación radicalmente eficiente: la autoexplotación.

El sujeto de rendimiento se percibe como libre, pero esa libertad funciona como coacción internalizada. El imperativo ya no es “debes”, sino “puedes”. En un contexto de inseguridad material crónica, este mandato se vuelve

devastador. La imposibilidad de alcanzar estabilidad o bienestar no se interpreta como fracaso del sistema, sino como insuficiencia personal. El resultado es el agotamiento, el burnout, la depresión: patologías que Han interpreta no como anomalías individuales, sino como síntomas estructurales.

Filosóficamente, la sociedad del cansancio implica una crisis de la negatividad y de la alteridad. En *La agonía del Eros*, Han sostiene que el exceso de positividad destruye la relación con el Otro. Cuando todo se convierte en proyecto, rendimiento u optimización, el vínculo se vacía de gratuidad. La erosión de la oxitocina descrita por la neurobiología del estrés encuentra aquí su correlato filosófico: una sociedad agotada es una sociedad incapaz de comunidad.

Optimismo: privatización del sufrimiento

Barbara Ehrenreich (2011) aporta una crítica decisiva a la ideología que sostiene subjetivamente este régimen. En *Sonríe o muere*, analiza el pensamiento positivo como una forma de disciplinamiento emocional. Lejos de ser una práctica inocua, el optimismo obligatorio funciona como un dispositivo político que privatiza el sufrimiento social.

Frente a la precariedad estructural, se exige actitud, resiliencia y adaptación.

Desde una perspectiva filosófica, el pensamiento positivo implica una negación de la realidad material. La angustia, que es una respuesta racional y biológicamente adaptativa frente a la amenaza, es redefinida como patología. El conflicto estructural se disuelve en introspección psicológica. Ehrenreich muestra cómo esta ideología impide la politización del malestar: si el problema es la actitud, no hay nada que transformar colectivamente.

Esta negación del conflicto refuerza la lógica del sujeto de rendimiento descrita por Han. El individuo no solo debe soportar la precariedad, sino hacerlo con entusiasmo. Así, el mandato de la felicidad, se convierte en una forma de violencia simbólica que se suma a la violencia material.

Deshumanización social

Rita Segato (2018) introduce una dimensión ética fundamental para comprender este proceso. En *Contra-pedagogías de la crueldad*, sostiene que el capitalismo contemporáneo requiere una reeducación de la sensibilidad social. La pedagogía de la crueldad consiste en habituar a las sociedades al dolor ajeno, en transformar lo

vivo en cosa. El sufrimiento deja de interpelar y se vuelve paisaje.

Desde esta perspectiva, el ataque a los sistemas de cuidado, a los jubilados, a las personas con discapacidad, a la salud pública y a la universidad no es un efecto secundario del ajuste, sino un mensaje político. Se enseña que la vida solo merece ser sostenida si es rentable. La crueldad cumple una función disciplinadora: produce miedo, fragmenta solidaridades y destruye la idea de derechos universales.

Filosóficamente, la pedagogía de la crueldad implica una ruptura del lazo social. Allí donde la modernidad había construido pactos de reciprocidad, el neoliberalismo instala una lógica de descarte. Esta deshumanización tiene efectos directos sobre la subjetividad y sobre la biología: el estrés crónico, la erosión de los vínculos y el aislamiento no son daños colaterales, sino condiciones necesarias del orden.

Caos, resentimiento y degradación de la razón pública

Este agotamiento es capturado políticamente. En *Los ingenieros del caos*, Giuliano da Empoli (2020), describe el funcionamiento de los algoritmos como dispositivos que operan sobre emociones primarias en contextos de escasez cognitiva. Cuando la inseguridad material reduce el ancho

de banda mental, los sujetos se vuelven más vulnerables a narrativas simplificadoras y punitivas.

El caos no es desorden, sino método. El malestar aritmético producido por la precariedad es traducido en resentimiento político, fácilmente direccionable contra chivos expiatorios. Desde una perspectiva filosófica, este proceso implica una degradación de la razón pública. La deliberación es sustituida por la reacción emocional, y la política se transforma en administración del miedo.

En su conjunto, estos aportes permiten delinear una ontología del agotamiento. El capitalismo financiero y tecnológico no solo explota trabajo y extrae renta: coloniza el sistema nervioso, captura el tiempo y reconfigura el deseo. La desigualdad deja de ser únicamente económica y se vuelve biológica y subjetiva. La pobreza se hereda como configuración del cuerpo y de la mente.

Micropolítica del deseo y reapropiación de la sensibilidad

La obra de la filósofa y psicoanalista brasileña Suely Rolnik (2019), particularmente desarrollada en *Esferas de la insurrección*, desplaza el análisis hacia una dimensión decisiva: la micropolítica del deseo y de la vida sensible.

Rolnik parte de una tesis fundamental: el capitalismo contemporáneo no domina únicamente a través de estructuras económicas o dispositivos ideológicos, sino mediante la captura directa de la potencia vital de los cuerpos, es decir, de su capacidad de sentir, afectar y ser afectados.

Para Rolnik, el poder opera allí donde logra producir una separación entre la experiencia vivida y la posibilidad de escuchar lo que esa experiencia indica. La inseguridad material crónica, en este sentido, no solo genera estrés o angustia, sino que actúa como una tecnología de anestesia de la sensibilidad. El cuerpo, expuesto de manera permanente a la amenaza y a la urgencia, aprende a cerrarse para sobrevivir. Esta clausura sensible no es una patología individual, sino una condición política inducida.

La autora introduce una distinción clave entre la política macroscópica —instituciones, leyes, gobiernos— y la micropolítica, entendida como el plano en el que se juegan los modos de existencia, los afectos y el deseo. El neoliberalismo financiero y tecnológico necesita sujetos funcionales, adaptables y resilientes, pero no sujetos sensibles. La sensibilidad, en tanto capacidad de percibir lo

intolerable, constituye una amenaza para el orden establecido.

En *Esferas de la insurrección*, Rolnik sostiene que toda transformación política comienza con una ruptura micropolítica: el momento en que el cuerpo ya no soporta lo que lo violenta y recupera la capacidad de registrar ese no-soportar. La insurrección no emerge primero como programa o consigna, sino como una fisura en la anestesia sensible. Sin esa fisura, el malestar permanece capturado, aislado y fácilmente instrumentalizable.

Pensar filosóficamente esta condición no es un ejercicio académico, sino una tarea política. Nombrar el cansancio, el shock y la crueldad permite romper su naturalización. Frente a un sistema que necesita sujetos agotados, aislados y culpabilizados, la filosofía recupera su función crítica: restituir la sensibilidad corporal como posibilidad de sentido, de conocimiento, de comunidad, de futuro, de proyecto político.

El sentir del cuerpo como identidad social

Existe una película que no se proyecta en salas ni necesita entradas. No tiene horarios, no tiene butacas, no tiene créditos finales. Se transmite las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, en las pantallas que llevamos en el bolsillo y en las cámaras que apuntan —casi siempre— hacia nosotros mismos. Es un cine abierto 24/7. Un Hollywood sin alfombra roja ni contratos millonarios, donde los actores, guionistas, productores y público somos nosotros mismos, nuestros cuerpos.

Es una película sin director central, escrita de manera colectiva, improvisada, fragmentaria. Una sucesión infinita de escenas breves: historias de pluriempleo, de endeudamiento crónico, de jefes abusivos, de alquileres impagables, de amores atravesados por algoritmos, de vínculos mediados por plataformas parasitarias que organizan incluso la intimidad. Todo aparece narrado en clave de humor, saturado de ironía, de cansancio y de miedo. No es ficción en sentido estricto, aunque adopte las formas de la comedia. Es el registro sensible de una época.

Esta tragicomedia no se produce en estudios de grabación sino en cocinas, colectivos, oficinas, depósitos, habitaciones

compartidas. Se filma con un celular, y con el cuerpo cansado después de doce horas de trabajo, con la ansiedad del pago que no alcanza, con la inseguridad de salir a la calle mirando hacia todos lados por miedo a que te roben. Cada meme, cada video corto, cada historia compartida en redes sociales es una escena más de esa película interminable donde relatamos nuestras propias penurias y las de nuestros cuerpos en clave tragicómica.

El malestar contemporáneo no se manifiesta primero como idea, opinión o ideología, sino como sensación corporal. Tensión muscular, insomnio, ansiedad financiera, fatiga crónica, agitación constante, sensación de amenaza difusa. El cuerpo sabe antes que la razón alcance a formular las causas. El cuerpo registra antes que el discurso articulado llegue.

Y, sin embargo, la política contemporánea —incluso en sus variantes progresistas— sigue hablando como si ese cuerpo no existiera. Observa la “película” desde afuera, como si fuera un producto cultural más, una estética generacional, un fenómeno comunicacional digno de análisis, pero no una experiencia vivida.

La tragicomedia como lenguaje de supervivencia

El meme del trabajador que no llega a fin de mes, la ironía sobre el jefe abusivo, el chiste acerca del “gustito” que me merezco que se paga con culpa y endeudamiento futuro, no son simples expresiones de humor popular. Son escenas de esta película colectiva. Funcionan como dispositivos de regulación emocional que nos permiten soportar lo que, dicho sin humor, sería insoportable.

En esa risa compartida —en los grupos de WhatsApp del trabajo, en los chats de amigos, en las historias de Instagram— hay una descarga mínima de tensión, una liberación momentánea de dopamina que permite seguir un día más. Nos reímos de lo mal que estamos. El cuerpo se ríe porque no puede llorar sin romperse.

Aquí aparece con claridad la estructura de doble cara de esta comedia. El lado A es el de la risa, el ingenio, la identificación colectiva. El lado B es el soporte material de esa comedia: nuestros propios cuerpos. El cansancio acumulado, la ansiedad constante, la contractura que no se va, el miedo que se instala como estado basal. El meme dura quince segundos; la contractura dura años.

Esta es una paradoja central del capitalismo tardío y del tecnofeudalismo: los mismos cuerpos que sostienen la economía de plataformas, el pluriempleo y la precarización son los que producen el contenido que estetiza y vuelve consumible su propio agotamiento. La comedia no cuestiona la causa del daño; apenas anestesia el síntoma. Cuando la pantalla se apaga, el nudo vuelve.

Este registro sensible está a la vista de cualquiera que lo viva en carne propia. No requiere tecnología sofisticada ni estudios de mercado. Está en la postura encorvada en el transporte público, en la mirada perdida en la fila del supermercado, en el tono de voz cansado del que atiende un reclamo. Pero solo quienes lo atraviesan pueden ver la película completa: la risa y el dolor, el chiste y su costo biológico.

Las élites políticas —tanto de derecha como del progresismo demócrata, laborista, peronista o de izquierda— miran esta trágicomedia como espectadoras externas. Ven las escenas, a veces se ríen, incluso comparten el meme. Pero no acceden al lado B. No sienten en el cuerpo lo que esa risa esconde. Y es precisamente ahí, en ese punto ciego, donde se vuelve necesaria una mirada política que parta del cuerpo como verdad compartida.

Una dirigencia espectadora

La crisis de representación que atraviesan las democracias contemporáneas no es solamente ideológica; es, sobre todo, sensorial. Se ha producido una separación material entre quienes padecen las condiciones de vida actuales y quienes dicen representarlos. La dirigencia mira la pantalla como quien va al cine: analiza tendencias, métricas, engagement. Ve actores donde hay personas. Confunde el registro documental del daño con un género narrativo.

Esta profesionalización de la mirada transforma el síntoma en dato. El dolor social se vuelve insumo. El cuerpo agotado desaparece detrás del gráfico. Al no haber huella en el propio organismo, el análisis se vuelve estético o estadístico. Se pierde la capacidad de reconocer que lo que circula en forma de sátira es, en realidad, un grito de auxilio biológico.

Aquí aparece una asimetría decisiva entre las derechas contemporáneas y el campo progresista. No porque unas comprendan mejor la economía o la historia, sino porque operan en registros distintos del sentir.

La derecha y la manufactura del odio

Las nuevas derechas no dialogan con el cuerpo en profundidad, pero sí han aprendido a intervenir sobre la energía que emana del malestar corporal. Detectan la ansiedad, el miedo, la sensación de amenaza permanente, y las traducen rápidamente en emociones de descarga: odio, resentimiento, indignación. No buscan comprensión, buscan combustión.

En términos biológicos, activan estados de alerta permanente. La adrenalina reemplaza al análisis. La energía del dolor se proyecta hacia afuera, hacia un enemigo visible: el inmigrante, el beneficiario de políticas sociales, el Estado. Esta operación evita una pregunta peligrosa para el sistema: ¿por qué duele el cuerpo? Mientras la furia se descarga, la estructura que produce el agotamiento permanece intacta.

La derecha no puede, ni quiere, llegar al cuerpo como espacio de verdad. Si lo hiciera, debería cuestionar la jornada interminable, la precarización, el endeudamiento familiar, la concentración de la riqueza. Por eso se queda en la superficie emocional. La emoción reactiva funciona como cortocircuito del sentir profundo.

Los “demócratas” y el fetichismo de la razón

Los “demócratas” (progresistas, peronista, radicales, socialistas, laboristas, la izquierda), en cambio, han respondido a este escenario con un exceso de racionalidad abstracta. Frente al nudo en la garganta, ofrecen estadísticas. Frente a la ansiedad, ofrecen pedagogía moral. Frente al cansancio, ofrecen memoria de un pasado que ya no es experiencia viva para amplias generaciones.

Se confundió alivio momentáneo con estabilidad vital. Se leyó la dignidad en términos de consumo y no de calidad de vida. Cuando con algunos mínimos movimientos macroeconómicos ese consumo se volvió inaccesible, el discurso quedó vacío. Hablar de “pérdida de derechos” en términos jurídicos a quien perdió el sueño, la previsibilidad y la salud, suena a distancia, cuando no, a desprecio.

Al negar el cuerpo como vector de conocimiento, el progresismo se volvió incapaz de interpelar. No porque no tenga razón, sino porque habla un idioma que el sistema nervioso agotado no puede procesar.

Del diagnóstico al contacto

Seguir diagnosticando es, en este punto, una forma de comunicación fallida. El diagnóstico sirve para comprender, pero no para dialogar con cuerpos en estado de alerta. Cuando la vida cotidiana está dominada por la urgencia material, no hay energía cognitiva disponible para decodificar mensajes complejos. La comunicación política no puede ser un mensaje; debe ser una frecuencia.

Hablarle a los cuerpos no significa abandonar la política, sino devolverle su base material. Significa empezar por el reconocimiento del daño. Decir, antes que nada: “Sé que estás cansado. Sé que te duele. Sé que el futuro te da miedo”. No como gesto empático vacío, sino como acto político fundante.

La validación del cansancio es hoy uno de los gestos más subversivos. Desarma la narrativa meritocrática que individualiza el fracaso y devuelve el malestar a su origen sistémico. El cansancio deja de ser culpa y se convierte en evidencia.

La certeza del cuerpo

En un mundo saturado de posverdad, nos queda una certeza irreductible: tenemos un cuerpo. Todos. Con el mismo proceso evolutivo, el mismo sistema nervioso, la misma respuesta ante la amenaza. El dolor, la angustia y el estrés no son opiniones; son procesos biológicos compartidos.

Esta certeza funciona como un nuevo punto de partida político. Allí donde el pensamiento moderno decía “pienso, luego existo”, nuestra época agotada puede decir: “siento, luego somos”. En el reconocimiento de la vulnerabilidad compartida se rompe la fragmentación algorítmica. La empatía deja de ser un valor moral abstracto y se convierte en reconocimiento material.

Esta verdad solo es accesible para quienes la sienten. Por eso es una ventaja estratégica de las mayorías precarizadas. La dirigencia espectadora puede analizar el malestar; no puede conocerlo desde dentro. El cuerpo, en cambio, no miente.

Del cuerpo a la grupalidad

Cuando el diálogo político se inicia en el sentir corporal, cambia su naturaleza. Ya no es un intercambio entre quien sabe y quien debe aprender, sino un reconocimiento entre

iguales. De allí emergen emociones distintas a las reactivas: solidaridad, cuidado, deseo de comunidad.

La comedia deja de ser solo anestesia y se vuelve mensaje. El meme deja de ser un fin y se convierte en umbral. Desde ese reconocimiento primigenio se puede empezar, recién entonces, a hablar de proyectos, de futuro inmediato, de organización. No desde el púlpito, sino desde la piel.

La política que viene no será la que mejor explique el mundo, sino la que logre aliviarlo. No la que administre la crisis, sino la que permita que los cuerpos salgan del estado de alerta. Allí donde el sistema extrae energía vital, una política del cuerpo devuelve potencia de vida.

No necesitamos una nueva ideología, sino una nueva forma de contacto. No una promesa abstracta, sino una verdad sentida. Porque mientras tengamos un cuerpo que siente, todavía existe la posibilidad de construir otra forma de estar en el mundo.

Cuerpo patógeno/Cuerpo festivo

En este tramo vamos a desarrollar un ejemplo concreto y consistente de aquello que venimos sosteniendo: cómo los cuerpos, en su experiencia material, transitan hacia la emocionalidad, y cómo esas emocionalidades no emergen en el vacío, sino que dependen de la forma en que los cuerpos son interpelados. No se trata de un proceso abstracto ni espontáneo, sino de una dinámica profundamente política: según cómo se nombre, se gestione y se trate al cuerpo individual y el cuerpo social, se activan emociones distintas, y sobre esas emociones se pueden construir —y dirigir— argumentos políticos, imaginarios colectivos y formas de organización social.

La pandemia y el período que la rodea ofrecen un laboratorio histórico privilegiado para observar este pasaje. Durante ese tiempo, determinadas interpelaciones al cuerpo produjeron miedo, culpa, aislamiento y resentimiento; emociones que fueron rápidamente capturadas y orientadas por las nuevas derechas. Dos años después, ese mismo cuerpo social, interpelado de otra manera, produjo algo muy distinto: un alivio masivo, un goce compartido, una sensación de unidad transversal que atravesó diferencias

políticas, sociales y generacionales durante los festejos del Mundial de Qatar 2022.

Lo que sigue no es una comparación anecdótica, sino la puesta en escena de una verdad política central: las emocionalidades colectivas no son irracionales ni azarosas. Son respuestas orgánicas a la manera en que los cuerpos son tratados. Entender este mecanismo es clave para pensar un nuevo diálogo político que no niegue la razón, pero que sepa que toda razón llega siempre después del sentir.

Hubo un tiempo en que el mundo se detuvo, pero los cuerpos no. En la memoria reciente de la Argentina quedó inscripto un paréntesis que todavía no sabemos cómo nombrar del todo, una herida que la política institucional eligió sellar antes que mirar. Un episodio que fue rápidamente archivado, casi “malvinizado”, arrojado al sótano de los recuerdos mudos para evitar el espejo incómodo de un fracaso sensible. Ese tiempo fue la pandemia.

Pero para comprender la tesis que atraviesa este libro —que el cuerpo humano, en su materialidad sintiente y sistémica, es hoy la única centralidad política capaz de reconstruir el lazo social— no alcanza con mirar el pozo del aislamiento.

Es necesario observar también la cima del desborde que ocurrió dos años después. Entre el silencio helado de las calles vacías de 2020 y el rugido de más de cinco millones de cuerpos en diciembre de 2022 se despliega una gramática secreta de la vitalidad argentina.

La pandemia fue, ante todo, una operación de cirugía mayor sobre el cuerpo pulsional.

Es importante aclarar aquí que este análisis no busca polemizar con la necesidad de las medidas sanitarias en sí mismas ni con la gravedad objetiva de la crisis epidemiológica. El punto no es discutir la ciencia, sino el formato político que adoptó su traducción discursiva. Lo que se pone en cuestión es la forma en que el saber científico fue convertido en un dispositivo de autoridad incuestionable, utilizado para organizar el vínculo entre Estado y sociedad sin mediaciones sensibles, sin escucha del impacto real sobre el cuerpo social y sobre los cuerpos individuales. El Estado, envuelto en una mística de racionalidad científica, se erigió como un Gran Otro absoluto, un Amo sin fisuras, que no admitía la falta ni el temblor. Bajo la consigna higienista, se produjo una reducción del sujeto que fue mucho más allá de la limitación física: se lo degradó a su mínima expresión biológica.

Aquí es fundamental distinguir entre la unidad biológica y el cuerpo humano. El cuerpo no es un simple soporte orgánico; es la base material de la emocionalidad, el entramado de los sistemas nervioso y endocrino que permiten sentir, vincularse y, recién después, razonar. Sin embargo, el dispositivo político-cientificista de aquel momento no nos trató como cuerpos humanos. Nos empujó a una instancia anterior, despojada de condiciones humanas. Nos redujo a la categoría de vectores.

En esa lógica, el ciudadano dejó de ser un sujeto de derechos para convertirse en portador de una amenaza. Fue igualado en el discurso a cualquier otra especie que transporta un virus, un ratón o un murciélago. Esta deshumanización —seguramente no buscada en términos morales, pero profundamente sistémica— quebró el pacto ético de la política. Al ser reducidos a vectores, dejamos de ser portadores de derechos por el solo hecho de existir; nuestra legitimidad quedó supeditada a nuestra asepsia.

El llamado “gobierno de científicos” operó sobre los cuerpos como si fueran tubos de ensayo, ignorando que la humanidad no reside en la biología desnuda sino precisamente en aquello que la excede: el deseo, el vínculo, el

sentido. La vida fue administrada como riesgo, pero no acompañada como experiencia.

Sin embargo, sería una ceguera histórica no reconocer que, en los márgenes de ese silencio impuesto, el cuerpo social argentino activó su memoria de supervivencia. Mientras las instituciones se replegaban en la asepsia de los despachos, en los territorios más castigados la solidaridad se volvió carne. El hambre —ese otro Real (Lacan, 1964/2008) que no esperaba el aplanamiento de ninguna curva— fue enfrentado con organización corporal.

La olla popular no fue solo un mecanismo de asistencia; fue la manifestación concreta de un cuerpo colectivo que se negaba a la atomización. Allí donde el empleo desaparecía, el lazo social se recomponía en el vapor de las ollas. Hubo una ética espontánea del cuidado, una responsabilidad compartida que no necesitó de la autoridad moral de ningún experto, porque nacía del reconocimiento inmediato del sufrimiento del otro. Fue política de la presencia en el momento exacto en que la presencia estaba prohibida por el dogma del vector sanitario.

Esa misma pulsión vital, esa necesidad ontológica de cercanía, emergió también en formas que el discurso

higienista solo supo criminalizar. Los jóvenes, estigmatizados como irresponsables o enemigos de la salud pública, encarnaban una verdad incómoda: el ser humano no es una isla biológica. En las fiestas clandestinas y los encuentros prohibidos no había únicamente desprecio por la norma, sino una rebelión del organismo contra la deshumanización.

Para un joven, el otro es el espejo donde se construye la identidad. La soledad impuesta fue una forma de muerte sensorial que el cuerpo rechazó. La clandestinidad del encuentro fue, en ese sentido, la clandestinidad del deseo: un grito de cuerpos que buscaban resonancia para no hundirse en la depresión.

A pesar de estas manifestaciones de resistencia vital, la dirigencia permaneció en su torre de marfil, confundiendo supervivencia con mera no-contaminación. La derecha, con una intuición biológica aguda, leyó ese vacío. Mientras el progresismo se refugiaba en la superioridad moral del discurso científico, las nuevas derechas comenzaron a ofrecer una libertad falsa pero física: la promesa de recuperar el derecho a ser humano, capturando la energía de un malestar que la política oficial se negaba a nombrar.

El trauma, sin embargo, no se cura con decretos. Y el silencio posterior, esa voluntad de pasar página sin elaboración, solo profundizó la herida. La sociedad entró en un estado de letargo irritable hasta que ocurrió lo inesperado.

El Mundial de Qatar 2022 fue una insurrección biológica. La antítesis exacta de la pandemia. Si en 2020 el otro era el peligro, en diciembre de 2022 el otro fue la salvación. El espacio público volvió a ser ocupado por cuerpos que necesitaban comprobar que seguían siendo cuerpos. Más de cinco millones de personas no salieron a la calle a ver un micro con los campeones del mundo; salieron a recuperar su condición de sujetos, a tocarse, a sostenerse, a verificar que la memoria solidaria no había sido borrada.

En términos de Daniel Calmels (2001), fue el ejercicio colectivo de la función de sostén. El pueblo se sostuvo a sí mismo, reparando desde el goce una degradación previa. Allí donde hubo encierro, hubo contacto. Allí donde hubo miedo, hubo abrazo. Allí donde hubo silencio, hubo canto.

Este arco histórico revela una verdad política central: la disputa no es solo por ideas o programas, sino por la gestión de la energía vital. La dirigencia que hoy se pregunta por

qué el lazo social está roto debe mirar este recorrido. El pueblo argentino demostró que conserva una reserva de afectividad que ningún proceso de deshumanización logró extinguir.

El desafío es pasar de una autoridad que juzga vectores a una sensibilidad que acompaña cuerpos. De una política que administra la biología a una política que organice el alivio y potencie la vida. El nuevo diálogo político solo puede nacer de una certeza compartida: todos habitamos el mismo sistema nervioso y compartimos la misma sed de encuentro.

Comprender que el estallido de alegría de 2022 fue una señal —y no una anomalía— es la llave para escapar del odio manufacturado. Esta propuesta es de una emocionalidad de fusión, basada en la ternura política y el reconocimiento mutuo. Un proyecto que nace de la memoria de los cuerpos que supieron cuidarse alrededor de una olla y que supieron inundar las calles de luz para sanar el trauma de haber sido, por un tiempo, reducidos a poco más que el rastro de un virus.

La arquitectura del alivio como diálogo político

Una vez que hemos validado el cuerpo como territorio político común, ¿cómo construimos emocionalidades que nos permitan sostener el diálogo y proyectar comunidad?

El cuerpo es hoy la identificación social más amplia y transversal posible. Antes que trabajadores formales o informales, antes que ciudadanos, consumidores o identidades ideológicas, somos cuerpos atravesados por sensaciones similares: cansancio persistente, insomnio, taquicardia, ansiedad económica, miedo difuso, contracturas, irritabilidad, angustia. El capitalismo recargado y acelerado ha logrado algo inédito: producir una homogeneidad fisiológica del malestar.

Allí donde las identidades clásicas fragmentan, el cuerpo reúne: “Me duele lo mismo que a vos. Duermo mal como vos. Vivo con la misma presión en el pecho”. Esta identificación no es simbólica ni discursiva: es biológica. Y justamente por eso es tan potente. Cuando dos cuerpos se reconocen en el mismo daño, se produce el primer gesto político verdadero de nuestra época: la validación.

La validación corporal como punto de partida del diálogo

Validar no es explicar ni convencer. Validar es reconocer la verdad del sentir del otro sin traducirla inmediatamente en interpretación ideológica. En una época donde todo es opinable y discutible, el cuerpo introduce un límite: el dolor no se debate, se reconoce. La validación corporal opera como un desarme inicial del sistema nervioso, un gesto de tregua en un contexto de guerra permanente.

Cuando alguien dice: “no doy más”, “estoy agotado”, “no llego a fin de mes y no puedo dormir”, el movimiento político dominante —tanto de derechas como de progresismos ilustrados— ha sido corregir, explicar, moralizar o instrumentalizar ese decir. Nuestra propuesta es otra: quedarnos ahí. No correr a la consigna. No saltar al programa. Permanecer en el cuerpo.

Ese gesto aparentemente mínimo tiene un efecto decisivo: el cuerpo deja de sentirse solo. Y cuando el cuerpo deja de sentirse solo, sale del estado de alerta roja que el sistema necesita para seguir extrayendo energía.

El alivio como emoción fundante

La primera emoción que emerge de la validación no es la alegría ni la esperanza. Es algo más básico y más necesario: el alivio. El alivio es la emoción de la distensión. El “ahhh” silencioso del organismo cuando descubre que su cansancio no es una falla moral ni un defecto individual.

El alivio no es pasividad. Es condición de posibilidad. Un cuerpo aliviado recupera oxígeno, recupera escucha, recupera tiempo interno. Mientras la derecha mantiene a los cuerpos en un estado de excitación permanente —miedo, bronca, resentimiento—, el alivio interrumpe esa lógica. Donde hay alivio, la adrenalina baja y la razón puede reaparecer.

Políticamente, el alivio es subversivo. Un cuerpo que respira deja de ser manipulable. Un cuerpo que siente alivio ya no necesita un enemigo inmediato para sostenerse en pie. Por eso el alivio es la primera emoción que debemos construir deliberadamente desde la validación corporal.

La dignidad sensible

Del alivio surge un segundo movimiento emocional: la dignidad sensible. No la dignidad abstracta de los discursos

institucionales ni la dignidad meritocrática basada en el rendimiento, sino una dignidad anclada en el cuerpo.

La dignidad sensible es el reconocimiento de que mi cuerpo vale por el solo hecho de existir y sentir. Que mis límites no son una vergüenza. Que el agotamiento no es un pecado. Que la vida no puede reducirse a productividad, consumo o eficiencia.

Cuando esta emoción se activa, ocurre un desplazamiento crucial: el sujeto deja de interiorizar la violencia del sistema. Ya no se culpa por no poder más. Empieza a percibir que hay algo estructuralmente injusto en una organización social que enferma a millones de cuerpos al mismo tiempo.

Desde esta dignidad, aparece el primer “no” político verdadero: *no voy a aceptar que mi salud sea el costo de tu ganancia*. No es un no ideológico; es un no fisiológico. Y por eso es tan difícil de quebrar.

La ternura política

La tercera emoción que emerge —y la más radical— es la ternura política. No hablamos de una ternura sentimental ni infantilizada, sino de la ternura de los iguales. La ternura

que nace cuando reconozco en el otro la misma fragilidad que en mí.

La ternura política es el reconocimiento de la interdependencia. Es comprender que, si a ambos nos duele lo mismo, no somos enemigos. Que el modelo necesita aislarnos para explotarnos, y que el cuidado mutuo es una forma de insurgencia.

Esta emoción es la base afectiva de toda comunidad duradera. Mientras la derecha utiliza la energía del dolor para producir fisión —separar, enfrentar, fragmentar—, la ternura produce fusión. Convierte el malestar compartido en lazo.

Dos dimensiones de la construcción emocional: presencia y resonancia

Esta arquitectura emocional debe operar en dos dimensiones simultáneas.

El encuentro cuerpo a cuerpo. En el cara a cara, la política debe abandonar la lógica de la persuasión y asumir la del sostén. El objetivo no es convencer, sino co-regular sistemas nerviosos. La escucha real, sin urgencia ni intención instrumental, es aquí el primer acto político. Escuchar es

donar tiempo; en una sociedad que saquea el tiempo, eso es profundamente disruptivo.

La validación debe ser simétrica. No hay diálogo posible si uno se presenta como iluminado o salvador. *“A mí también me pasa”* no es una estrategia retórica: es la base de la confianza. Solo desde esa simetría aparece la posibilidad de pensar juntos.

La comunicación mediada. En la televisión, la radio o las redes sociales no hay contacto físico, pero sí puede haber resonancia. El mensaje debe funcionar como espejo corporal. No empezar por cifras ni diagnósticos, sino por el sensorio: *“si sentís ese contractura en la espalda, no sos vos solo, no es tu culpa”*. Un mensaje que baja el tono, que valida el cansancio, que no grita, ya está haciendo otra política.

Mientras la derecha usa los medios para producir picos de adrenalina, nuestra tarea es producir pausas. El alivio, incluso a distancia, es una forma de contra-programación política.

Gestionar la herencia emocional de la derecha

Es clave comprender que los cuerpos con los que dialogamos no son neutros. Llegan cargados de años de estimulación

hacia el individualismo, el odio, el miedo y el resentimiento. Por eso, muchas veces, al validar el dolor, lo primero que emerge es la bronca direccionada hacia un tercero.

Aquí no hay que chocar ni corregir. Hay que desarmar el cortocircuito. Validar la intensidad sin validar el blanco. Llevar la atención del enemigo imaginado al cuerpo real. Preguntar por el cansancio, por el insomnio, por la espalda, por el miedo concreto.

En la práctica, esto implica un giro muy preciso en la forma de escuchar y responder. Cuando alguien expresa bronca —contra un político, contra un grupo social, contra un migrante, contra un plan social, contra “los de arriba” o “los de abajo”— no estamos frente a un razonamiento errado que deba ser refutado, sino frente a una descarga emocional que busca un punto de apoyo. La derecha ofrece blancos rápidos porque necesita que esa energía no vuelva al cuerpo, donde podría transformarse en pregunta estructural.

Desarmar el cortocircuito es interrumpir esa descarga sin bloquearla. Por ejemplo: ante alguien que dice *“estoy así porque estos tipos nos roban todo”*, la respuesta clásica —corregir datos, discutir ideología, señalar inconsistencias— suele intensificar la reacción. El cuerpo

interpreta la corrección como ataque y sube aún más la adrenalina. En cambio, una intervención corporalmente orientada podría ser: *“Se te cayó algún trabajo”, “Tenés alguna deuda”, “¿Discutiste con tu pareja por cuestiones económicas?”*. Y una vez que nos narran la situación concreta, entonces podemos preguntar sobre las sensaciones que genera eso en el cuerpo: *“Che, ¿estás pudiendo dormir bien?”, “¿Esto te angustia?”* No se niega la bronca, pero se la relocaliza.

Otro ejemplo frecuente aparece en los debates sobre inseguridad. Frente al relato cargado de miedo y enojo —*“ya no se puede vivir, cualquiera te mata por nada”*—, el reflejo progresista suele ser estadístico o moral. Sin embargo, el miedo no se disuelve con números. Una intervención más eficaz sería: *“ese miedo que sentís cuando salís a la calle, ¿te está limitando tu trabajo?”, “¿desde cuándo lo tenés?”*”*Cómo lo abordan desde la familia?”*”*¿Te preocupas cuando tu hijo sale?”*. Al poner palabras al registro corporal, o vincular, el miedo deja de ser un relato totalizante y vuelve a ser una sensación localizada, tratable.

Este movimiento produce un efecto claro: el sistema nervioso empieza a salir del modo reactivo. Cuando la atención vuelve al cuerpo, la emoción pierde velocidad. No

desaparece de inmediato, pero deja de necesitar un enemigo externo constante para sostenerse. Allí, en ese pequeño descenso de intensidad, puede aparecer el alivio.

Pero ojo, esto no es una técnica de manipulación ni una concesión política. No se trata de “dar la razón” ni de diluir conflictos reales. Se trata de descolonizar el sistema nervioso, es decir, de sustraerlo de la lógica que lo mantiene permanentemente excitado, dividido y disponible para ser direccionado contra otros cuerpos igualmente dañados.

Cuando el cuerpo vuelve a sentirse, cuando el cansancio y el miedo se reconocen como propios y compartidos, la emoción reactiva pierde fuerza. Y en ese espacio —mínimo pero decisivo— reaparece el alivio. No como solución mágica, sino como pausa vital. Esa pausa es el suelo desde el cual puede, recién entonces, comenzar un diálogo político no capturado por el odio.

La memoria comunitaria como reserva afectiva

En el caso argentino, este trabajo tiene un suelo adicional: la memoria comunitaria. A pesar del bombardeo individualista, los cuerpos conservan una memoria de encuentro, de club, de mate, de solidaridad en la crisis. La grupalidad. Esa memoria no está muerta; está dormida.

Cuando validamos el cuerpo y construimos alivio, no solo calmamos el presente: activamos un recuerdo. El cuerpo recuerda que sobrevivió mejor cuando estuvo con otros. Allí aparece una identidad más profunda que cualquier consigna: el cuerpo-comunidad.

Del alivio al proyecto

Recién después de este recorrido —validación, alivio, dignidad, ternura— puede aparecer la proyección política. No como programa técnico, sino como pregunta vital: “¿cómo organizamos una vida que no nos enferme?”

La política deja entonces de ser una carga y se vuelve necesidad. No se trata de sumar ideas, sino de sumar descansos. Porque un cuerpo que respira puede imaginar, un cuerpo aliviado puede comprometerse, un cuerpo que se sabe acompañado puede volver a soñar.

En definitiva, lo que buscamos es una inversión radical del orden político clásico. No empezar por la idea para llegar al cuerpo, sino partir del cuerpo para que la idea sea posible. En un mundo que ha hecho del agotamiento una norma, el alivio es el primer acto revolucionario.

Micro alivios y proyecto político

Llegados a este punto la pregunta que se impone ahora es otra, más concreta y más incómoda: ¿cómo se vive dentro de este sistema sin romperse? ¿Cómo se sostiene una vida cuando el rendimiento permanente coloniza el trabajo, los vínculos, el descanso y hasta el deseo? ¿Cómo se respira cuando la vida entera se vuelve una interfaz?

Responder esto exige descartar dos salidas falsas. Por un lado, la fantasía del apagón total, del retiro romántico hacia una vida “desconectada”. Esa opción, además de inviable, es profundamente clasista: para quien recibe órdenes por WhatsApp, para quien depende de una app para trabajar o cobrar, desconectarse no es libertad, es exclusión. Por otro lado, la adaptación cínica: aceptar que no hay alternativa y administrar el malestar con dosis controladas de consumo, pensamiento positivo, buenas vibras, mindfulness, disciplina, motivación y autoayuda.

Entre esas dos trampas aparece la fuga. No como huida definitiva, no como épica, sino como práctica situada. Una fuga que no se piensa desde la abstracción, sino desde el cuerpo cansado, desde la vida cotidiana atravesada por el

estrés, la precariedad del tiempo y el mandato permanente de cumplir.

Para pensar esta fuga es necesario introducir una distinción central: fuga táctica y fuga estratégica. No se trata de dos caminos opuestos, sino de dos planos distintos, que responden a necesidades diferentes y que, si se confunden, terminan reproduciendo la misma violencia que dicen combatir.

La fuga táctica: el derecho a vivir sin rendir todo el tiempo

La fuga táctica es, ante todo, una respuesta corporal. No nace de una ideología ni de un proyecto político. Nace de la necesidad de no colapsar. Es la fuga de las mayorías: de quienes no tienen una disposición al cambio social, de quienes no militan, de quienes no se piensan como sujetos políticos organizados, pero cargan sobre sus cuerpos el peso completo del capitalismo acelerado.

Está dirigida, sobre todo, a quienes viven atrapados en una lógica de exigencia permanente. A los y las jóvenes bombardeados por TikTok e Instagram con discursos que les repiten que no pueden ser perdedores, que deben rendir, producir, entrenar, facturar, mostrarse, optimizarse. A

quienes rondan los treinta o cuarenta años, de clase media o media-baja, que trabajan sin parar y que, cuando no están cumpliendo en el trabajo, cumplen con la familia, con los hijos, con la casa, con el estudio, con los títulos, con el “hay que”, con el “qué dirán”, con la idea de éxito que siempre queda un poco más adelante. Está dirigida a los más pobres, a quienes tienen sobre su cuerpo la urgencia de la próxima comida del día, la espera eterna del turno en el hospital, o la taquicardia de la espera en la parada del colectivo en medio de la inseguridad delictiva.

Para estos cuerpos, la vida se volvió una carrera sin pausa. Si no se rinde en un plano, se rinde en otro. Si no se produce dinero, se produce capital simbólico. Si no se cumple con el jefe, se cumple con el ideal. El descanso mismo queda capturado: dormir para rendir mejor, entrenar para verse mejor, relajarse para volver a producir. No hay afuera.

La fuga táctica aparece ahí como un permiso vital. No para cambiar el sistema, sino para suspenderlo por un instante. Es la creación de espacios opacos, zonas donde el cuerpo deja de ser legible, medible, evaluable. Espacios donde no hay métricas ni objetivos.

Puede ser algo mínimo: no mirar el celular en el colectivo, encontrarse con alguien sin subirlo a redes, dedicar tiempo a algo inútil, caminar sin destino, quedarse en silencio. No son gestos heroicos ni revolucionarios. Son actos de preservación de la vida.

Juan Felipe Salguero en su canal Cafe Kyoto (2026) logra nombrar con crudeza el malestar contemporáneo. Cuando habla de una “administración permanente de la propia existencia”, pone palabras a una experiencia compartida: el tiempo estirado como un chicle, la sensación de que algo nos está robando la vida. Frente a eso, su invitación no apunta a una revolución, sino a algo más elemental: permitirse lo inútil, lo torpe, lo no productivo.

En un mundo de eficiencia algorítmica, la torpeza es política. El encuentro cara a cara es torpe: tiene silencios incómodos, malentendidos, tiempos muertos. Justamente por eso es irrecuperable por el sistema. La charla que no llega a ninguna conclusión, el abrazo que dura un segundo más, el ocio que no se publica como producción de contenido: ahí el cuerpo recupera algo de su ritmo biológico.

La fuga táctica no busca conciencia ni organización. Busca alivio. Y ese alivio no es una debilidad: es una condición mínima para seguir viviendo.

Pedagogía del permiso: fugar sin culpa

Proponer la fuga táctica no implica hablar desde arriba, ni desde el púlpito, ni desde una supuesta superioridad moral. No se trata de decirle a nadie cómo vivir, sino de validar lo que el cuerpo ya está pidiendo. De poner en palabras algo que muchos sienten, pero viven con culpa: el deseo de parar, de no rendir, de no estar disponibles todo el tiempo.

Esta pedagogía no interpela desde la ideología, sino desde la experiencia compartida. No dice “tenés que hacer”, sino “podés permitirte”. No busca sumar adeptos, sino descomprimir cuerpos. Porque solo un cuerpo que no está permanentemente en tensión puede volver a sentir, a vincularse, a imaginar.

Y esto es clave: la fuga táctica no es un entrenamiento para la fuga estratégica. No es una etapa previa obligatoria. Es un derecho en sí mismo. La mayoría de las personas va a seguir con su vida cotidiana, con su trabajo, con su familia, con sus responsabilidades. Y está bien. La política de la vitalidad no

les exige nada más que eso: que puedan vivir sin que cada minuto sea una batalla.

La fuga estratégica: cuando el alivio se vuelve proyecto

La fuga estratégica pertenece a otro plano. Es la fuga de quienes sí tenemos una disposición al cambio social, una trayectoria que involucra un compromiso humanista, un ADN militante. Somos minoría. No mejores ni peores: distintos. Construimos otra historia, atravesamos otras experiencias, transitamos otras trayectorias de vida, asumimos otras responsabilidades.

Para nosotros, la fuga no puede quedarse solo en el alivio individual. Nuestra tarea es convertir ese alivio en proyecto, sin traicionar su sentido. La fuga estratégica no coloniza la fuga táctica: la protege y la amplifica.

Aquí, la política se vuelve una disputa por el ritmo de la vida. No se trata solo de disputar discursos, sino de disputar tiempo, energía, atención. De pelear por la reducción de la jornada laboral, por el desendeudamiento familiar, por la estabilidad de la vivienda, por el derecho a la desconexión, por espacios comunitarios donde la productividad no tenga jurisdicción. De institucionalizar la desobediencia al mandato del rendimiento permanente, de construir un

proyecto posible en estos tiempos, que tenga como objetivo estratégico en esta etapa de la historia el alivio de los cuerpos.

Fugar para seguir habitando

La verdadera línea de fuga no es la que huye del mundo, sino la que permite seguir habitándolo. No propone héroes ni retiros épicos. Propone algo más difícil y más radical: una vida vivible dentro de un sistema que la quiere agotada.

Para las mayorías, la fuga táctica es el derecho a una vida que no sea una carrera permanente. Para quienes militamos, es también un recordatorio ético: no podemos construir emancipación sobre cuerpos rotos, de hecho la emancipación hoy es el alivio de los cuerpos, es la construcción de un proyecto político que dialogue con esos cuerpos, que identifique las urgencias de los cuerpos, y que gestione el alivio de los cuerpos, como si fuera un escudo, frente al capitalismo acelerado.

Fugar, en este sentido, no es abandonar la lucha. Es reconfigurarla. Es entender que el cambio social no empieza por exigir más, sino por permitir respirar. Que la política de la vitalidad no se funda en el sacrificio, sino en la defensa obstinada de la vida común, del alivio.

Bonus track para la militancia

Durante décadas, dentro de las tradiciones militantes, se nos enseñó que la única energía legítima era la ideológica. Que el cansancio era un precio a pagar, que postergar la vida era parte del compromiso. Hoy sabemos que ese mandato produce cuerpos quemados, cinismo y abandono. Y peor aún: reproduce, en nombre de la emancipación, la misma lógica de autoexplotación que criticamos.

Por eso, este apartado es un permitido consciente. Decir que la militancia también necesita fuga táctica no es un repliegue, es una redefinición estratégica. No todo tiempo militante puede ser productivo y no toda energía debe ser capturada por el proyecto. Sin ese permiso, la militancia se vuelve otra presión más sobre el cuerpo.

La paradoja es clara: solo una militancia que respeta la fuga táctica puede sostener una fuga estratégica en el tiempo cuando la revolución no está a la vuelta de la esquina. Solo cuerpos que respiran pueden organizar. Solo vidas que no están totalmente colonizadas por el deber pueden construir grupalidad y comunidad sin resentimiento.

Aprender del pasado

La militancia, el compromiso humanista, el trabajo por el bien común, no comienza en la abstracción. Comienza en la experiencia. No nace de una lectura sino de un roce con la realidad. La injusticia se siente antes de formularse, se percibe en el cuerpo: en el cansancio acumulado, en la frustración repetida, en la imposibilidad de proyectar. Solo después aparece el lenguaje que la nombra.

Muchos recorridos militantes no surgieron de trayectorias ideológicas lineales sino de trayectorias vitales. El barrio, la escuela pública, la parroquia, el club, la crisis económica, el desempleo, la familia en crisis. El compromiso político fue, en gran medida, una extensión organizada de experiencias compartidas de vulnerabilidad.

Este punto no es menor, porque cuando la militancia olvida que su legitimidad original provino de esa experiencia corporal compartida, corre el riesgo de autonomizarse. Y cuando se autonomiza, se distancia.

Durante los años noventa y en la crisis del 2001 en Argentina la militancia territorial fue, ante todo, una respuesta material al colapso. No era un debate doctrinario sino una forma de sostener la vida. Ollas populares,

cooperativas, redes de cuidado: allí la autoridad no provenía de una estructura formal consolidada ni de la administración de recursos abundantes. Provenía de la presencia.

Quien conducía lo hacía porque estaba implicado -más menos- en la misma precariedad que el resto y en la respuesta a esa precariedad. Esa simetría producía legitimidad; en términos gramscianos, esa relación constituía una forma de organicidad: la dirección no era externa a la experiencia popular sino que emergía de ella.

La hegemonía, entendida como dirección intelectual y moral, se asentaba sobre esa proximidad, no era un artificio comunicacional, era una continuidad existencial (Gramsci, 1935).

Institucionalización y desplazamiento de la militancia

Con la recuperación parcial de la capacidad estatal y la ampliación de políticas sociales en la década siguiente, los movimientos comenzaron a gestionar recursos públicos. Esa gestión fue una conquista política relevante: implicó reconocimiento de derechos y redistribución material.

Sin embargo, la institucionalización introduce una tensión estructural que no puede ignorarse. Administrar recursos implica administrar poder. Y el poder, incluso cuando se ejerce con intenciones emancipadoras, tiende a producir asimetrías.

No se trata de demonizar la gestión ni de idealizar la etapa anterior. Se trata de reconocer un desplazamiento: la organización dejó de ser exclusivamente espacio de encuentro y pasó a ser también mediadora entre el Estado y la necesidad social.

En contextos de pobreza estructural, quien media adquiere capacidad de decisión. Puede priorizar, distribuir, organizar. Esa capacidad exige una regulación ética constante. Cuando esa regulación se debilita, el vínculo corre el riesgo de instrumentalizarse.

Neoliberalismo y subjetividad militante

Para comprender en profundidad este desplazamiento, es necesario considerar la transformación más amplia del capitalismo. Como señalan Dardot y Laval (2013), el neoliberalismo no es simplemente una política económica sino una racionalidad que produce subjetividades. Instala la lógica del rendimiento como norma transversal.

El sujeto neoliberal no solo trabaja; se evalúa. Se vive como capital humano que debe optimizarse. Esta racionalidad penetra ámbitos que exceden el mercado: educación, afectos, vínculos, y también, la participación política.

Foucault describió este fenómeno en términos de gubernamentalidad: formas de poder que operan no tanto por coerción externa sino por internalización de normas. El individuo se gobierna a sí mismo según parámetros de eficiencia, productividad y éxito.

La pregunta que debemos formularnos, sin defensas automáticas, es si esa racionalidad no ha penetrado también nuestras prácticas militantes. Cuando medimos el compromiso en términos de rendimiento permanente, cuando valoramos la disponibilidad constante como criterio central de legitimidad, corremos el riesgo de reproducir la lógica que decimos combatir.

En una sociedad atravesada por la cultura del “siempre activos”, la militancia no puede transformarse en una extensión de esa exigencia. Si el capitalismo ya impone evaluación constante, la organización no puede convertirse en otro espacio de examen moral.

Redistribución, reconocimiento y dignidad

Nancy Fraser (2008) ha planteado que la justicia social requiere articular redistribución y reconocimiento. La redistribución material es condición indispensable para la igualdad. Pero sin reconocimiento —sin afirmación de la autonomía y dignidad del otro— la redistribución puede convertirse en dependencia administrada.

En algunos casos, la gestión organizativa priorizó la dimensión redistributiva sin profundizar la dimensión de reconocimiento. Cuando la participación comienza a percibirse como requisito para sostener un beneficio, aunque no se lo enuncie explícitamente, se erosiona la autonomía simbólica.

Este punto no implica desconocer el valor histórico de los movimientos populares ni equiparlos con prácticas clientelares tradicionales. Implica reconocer una tensión inherente a toda mediación de recursos en contextos de escasez.

La legitimidad política no se sostiene únicamente en la eficacia distributiva. Se sostiene también en la experiencia de dignidad que la organización ofrece.

El cuerpo como moneda de cambio

Aquí aparece una imagen que no debe exagerarse pero tampoco ocultarse: la militancia que nació como decisión de “poner el cuerpo” —de estar cuando era incómodo, de exponerse cuando era riesgoso, de acompañar cuando nadie acompañaba— puede deslizarse, bajo determinadas condiciones históricas, hacia algo distinto: “la exigencia del cuerpo ajeno”.

No se trata de un mero matiz lingüístico. Es un cambio de lógica.

Convocar a poner el cuerpo supone interpelar una voluntad política. Exigir el cuerpo ajeno implica condicionar una necesidad.

En determinados momentos —no de manera homogénea, ni siempre, pero sí lo suficientemente extendida como para que muchos lo hayan vivido— la movilización dejó de ser expresión de vitalidad colectiva y comenzó a medirse como rendimiento cuantitativo. ¿Cuántos moviliza cada barrio? ¿Cuántos trae cada organización? ¿Qué columna es más larga? ¿Quién “cumple” y quién no?

El debate público que debía interpelar a la sociedad empezó a desplazarse hacia una competencia interna por volumen. La lógica de la demostración comenzó a eclipsar la lógica del convencimiento. Y cuando eso ocurre, el proyecto político pierde centralidad frente a la métrica.

Como dijimos, la racionalidad neoliberal no solo opera en el mercado. Puede infiltrarse también en los espacios que se proponen combatirla. La comparación constante, la evaluación del rendimiento, la jerarquización según resultados medibles, son dispositivos que no reconocen fronteras ideológicas.

Y allí aparecieron escenas concretas que forman parte de la memoria reciente de muchos compañeros y compañeras. Gritos en la formación de columnas porque “faltan diez”. Insultos a referentes territoriales que no alcanzaron el número esperado. Presiones explícitas o implícitas hacia beneficiarios de programas sociales para que asistan, bajo la insinuación de que “hay que estar” si después se pretende sostener un recurso necesario para la subsistencia.

No se trata aquí de generalizar ni de desconocer el enorme trabajo solidario realizado durante años. Se trata de

nombrar una deriva posible que, cuando ocurre, erosiona la legitimidad interna.

Cuando una madre que ya vive bajo estrés financiero crónico debe reorganizar su jornada, dejar a sus hijos y levantarse a las cinco de la mañana para cumplir con una movilización que no siente plenamente propia —y además soportar maltrato o descalificación si la asistencia no alcanza la cifra prevista— algo se rompe en el vínculo.

No siempre se rompe de manera visible. A veces se erosiona en silencio.

El pasaje de “poner el cuerpo” a “exigir el cuerpo” no es simplemente un problema organizativo. Es un síntoma. Indica que la lógica de la presión ha sustituido a la lógica del sentido. Que el cuerpo ya no es territorio de decisión compartida sino un recurso movilizable.

En ese punto, la organización corre el riesgo de parecerse demasiado a aquello que denuncia: un dispositivo que mide, exige, compara y evalúa.

Y cuando la política se convierte en competencia por volumen, cuando la pregunta central deja de ser qué estamos discutiendo con la sociedad y pasa a ser quién

moviliza más, el horizonte estratégico se reduce. La disputa por hegemonía se sustituye por la disputa por exhibición.

En términos gramscianos, se pierde dirección intelectual y moral, y se la reemplaza por capacidad de presión. Pero la presión, sin legitimidad, es frágil. Puede producir efecto inmediato, pero no construye consentimiento duradero.

Desintermediación, protocolo antipiquete y desgaste acumulado

Todo proceso histórico tiene un punto de verificación. Un momento en el que las tensiones acumuladas se vuelven visibles. En Argentina, ese momento llegó con la asunción del gobierno de Javier Milei.

La decisión de desintermediar los planes sociales —es decir, de transferirlos de manera directa sin mediación de organizaciones territoriales— y la implementación del llamado protocolo antipiquete no fueron únicamente medidas administrativas o de orden público. Funcionaron como dispositivos de reconfiguración del campo popular.

Si las organizaciones hubieran conservado intacta su legitimidad orgánica, si el vínculo comunitario hubiese estado sólido y no erosionado por años de tensiones

internas, la ofensiva habría encontrado una resistencia diferente. No necesariamente más masiva en términos cuantitativos, pero sí más cohesionada en términos simbólicos.

Sin embargo, lo que se observó fue una reacción fragmentada.

La eliminación de la intermediación golpeó el núcleo de poder organizacional construido durante años: la administración de recursos. Allí donde el vínculo se había apoyado fuertemente en esa mediación, la medida estatal produjo un desplazamiento abrupto. El poder de convocatoria, que en algunos casos ya venía debilitado por la lógica de exigencia y desgaste, quedó expuesto.

El protocolo antipiquete agregó otra capa de presión. La amenaza explícita de sanciones, descuentos o criminalización incrementó el costo corporal de la movilización. Ya no se trataba solo de organizar tiempos y soportar cansancio; se trataba de asumir riesgo directo bajo un Estado que anunciaba sin ambigüedades su voluntad de disciplinamiento.

En ese contexto, muchas organizaciones descubrieron que el lazo no era tan sólido como suponían. Allí donde la

participación había sido sostenida parcialmente por la combinación de convicción y necesidad, la retirada del recurso o el aumento del riesgo alteró el equilibrio.

No se trata aquí de responsabilizar a los sectores populares por no exponerse más. Sería una lectura profundamente injusta. El punto es otro: cuando la organización pierde capacidad de producir sentido autónomo y depende excesivamente de la administración de recursos, queda vulnerable ante la reconfiguración estatal.

Gramsci (1935) señalaba que la hegemonía se sostiene cuando una fuerza logra articular dirección moral y material. Si una de esas dimensiones se debilita, la construcción se vuelve frágil. En este caso, la dimensión material fue intervenida por el Estado y la dimensión moral ya venía erosionada en ciertos territorios por prácticas burocráticas, tensiones internas y exigencias desmedidas. La combinación fue explosiva.

El gobierno supo leer —o al menos aprovechó— ese desgaste acumulado. La desintermediación no fue solo una medida económica; fue una estrategia de fragmentación organizativa. Y el protocolo antipiquete no fue solo un

instrumento de seguridad; fue una señal disciplinadora dirigida al cuerpo colectivo.

En ese punto se hizo visible algo que venimos señalando: cuando la militancia se desliza hacia la lógica de exigencia del cuerpo, cuando la movilización se mide más por volumen que por convicción, el lazo político se vuelve menos resistente.

La resistencia no se construye únicamente con números. Se construye con legitimidad.

Y la legitimidad no se decreta. Se produce en la experiencia cotidiana del vínculo.

Si durante años algunas prácticas contribuyeron —aunque fuera parcialmente— a que la participación se percibiera como obligación más que como decisión, el nuevo escenario estatal profundizó esa fisura.

Aquí es donde la autocrítica deja de ser ejercicio interno y se vuelve cuestión estratégica. No se trata de revisar el pasado por nostalgia moral. Se trata de comprender por qué, ante una ofensiva abierta contra la organización popular, la respuesta fue más débil de lo esperado en ciertos sectores.

La racionalidad neoliberal que promueve el individualismo competitivo encontró un terreno donde el tejido colectivo ya presentaba grietas. La promesa de trato directo, sin intermediarios, pudo resultar atractiva para quienes habían experimentado tensiones en la relación con estructuras burocratizadas.

No porque esas estructuras fueran equivalentes al aparato estatal que las atacaba. Sino porque el desgaste interno había debilitado la confianza.

Este es el punto decisivo: la ofensiva estatal no crea el desgaste. Lo aprovecha.

Si el vínculo comunitario es sólido, la presión externa puede reforzar la cohesión. Si el vínculo está erosionado, la presión acelera la fragmentación.

Por eso, la discusión sobre exigir o convocar el cuerpo no es secundaria. No es un detalle moralista. Es una cuestión estructural. Porque cuando el cuerpo siente que la organización es espacio de cuidado y no de presión, la decisión de exponerse adquiere otra densidad.

El protocolo antipiquete y la desintermediación funcionaron como prueba de estrés. Y toda prueba de estrés

revela la calidad de los materiales con los que está construida una estructura.

Lo que quedó al descubierto no fue la inutilidad de la organización popular —sin organización no hay posibilidad de disputar el rumbo social— sino la necesidad urgente de revisar su cultura interna.

La pregunta estratégica es clara: ¿queremos organizaciones cuya fuerza dependa del control administrativo o queremos organizaciones cuya fuerza dependa de la legitimidad afectiva, ética y política?

La primera puede ser eficaz en coyunturas favorables. La segunda es la única que resiste en contextos adversos.

Precarización, tiempo y desarticulación organizativa

Sin embargo, el efecto de la desintermediación y del nuevo ciclo económico no se limitó a la pérdida de volumen en las movilizaciones. El impacto fue más profundo y menos visible.

Las organizaciones no solo perdieron capacidad de convocatoria inmediata; perdieron estructura material de funcionamiento.

Durante años, buena parte de la capacidad organizativa territorial estuvo sostenida por un entramado complejo: planes sociales, algunos con modalidades de cobro ampliado; proyectos cooperativos financiados con recursos estatales; esquemas de trabajo comunitario que, con todas sus tensiones, permitían sostener un mínimo de tiempo disponible para la participación política.

Es cierto que ese entramado generaba zonas grises y debates internos. También es cierto que permitía algo fundamental: tiempo social.

Cuando ese soporte se dismanteló —por decisión estatal y por la reconfiguración económica posterior— no solo se debilitó la intermediación. Se desarticuló la base temporal que hacía posible la organización cotidiana.

Muchos referentes barriales, muchos militantes convencidos, muchas personas con recorrido político real, no abandonaron por desinterés. Se vieron forzados a reingresar —o a intensificar su inserción— en el mercado laboral informal y extremadamente precario.

Trabajos fragmentados. Jornadas extendidas. Ingresos inestables. Múltiples ocupaciones simultáneas para sostener la subsistencia.

En ese contexto, la participación política prolongada se volvió materialmente inviable para una porción significativa de quienes tenían convicción.

Aquí aparece una dimensión que suele subestimarse: la política requiere tiempo. Y el tiempo es un recurso socialmente distribuido.

El neoliberalismo no solo precariza ingresos; precariza disponibilidad. Produce sujetos exhaustos, con agendas fragmentadas, con energías drenadas por la sobrevivencia. Un trabajador informal que sale de su casa antes de las siete de la mañana y regresa a las nueve de la noche difícilmente pueda sostener reuniones largas, debates estratégicos o tareas organizativas constantes, por más compromiso que tenga.

La pérdida de ciertos beneficios sociales —incluyendo esquemas que permitían ingresos relativamente estables en el marco cooperativo— implicó también la pérdida de margen temporal para la militancia.

Este fenómeno produjo un efecto paradójal: no solo se debilitó la participación instrumental de quienes asistían bajo presión o necesidad. También se redujo la participación de quienes estaban ideológicamente comprometidos.

La sobreexplotación informal actúa como dispositivo de desarticulación política.

En términos estructurales, podríamos decir que el nuevo ciclo consolidó una forma de disciplinamiento indirecto: al absorber el tiempo vital en la sobrevivencia precaria, redujo la capacidad de organización colectiva.

Aquí se vuelve evidente que la discusión no es moral sino material. No estamos ante una crisis de convicciones sino ante una crisis de condiciones.

Esta transformación abrió un debate profundo en el interior de los movimientos sociales y de los partidos políticos que comparten conducción o articulación con ellos. ¿Cómo sostener participación cuando la base social que históricamente organizábamos ya no dispone del tiempo que antes tenía? ¿Cómo convocar sin exigir, cuando las condiciones objetivas se han vuelto más adversas?

La dirigencia —muchas veces también atravesada por la misma precarización— se encuentra ante un dilema estratégico. Si insiste en formas organizativas pensadas para un contexto donde existía mayor disponibilidad temporal, corre el riesgo de vaciar las reuniones o de sobrecargar a un

núcleo reducido de militantes hiperactivos. Si flexibiliza excesivamente, puede diluir continuidad y coherencia.

El problema no es menor. Las estructuras organizativas que se consolidaron durante dos décadas fueron diseñadas en un contexto específico de relación con el Estado y con la economía social. Ese contexto cambió abruptamente.

Hoy, quienes tienen recorrido político, quienes sostuvieron años de trabajo territorial y poseen convicción ideológica, muchas veces están atrapados en jornadas laborales informales que les impiden asistir con regularidad a espacios de debate.

Y esto genera una tensión adicional: la conducción política —que en varios casos mantiene mayor estabilidad material— debe repensar mecanismos que no excluyan, de hecho, a su propia base histórica.

Si la política popular pretende seguir siendo herramienta de emancipación, no puede ignorar esta transformación estructural. No alcanza con apelar a la voluntad. Es necesario rediseñar formatos, tiempos y modalidades.

La pregunta estratégica vuelve a ser la misma: ¿cómo construir organización en una sociedad donde el tiempo de

los sectores populares está cada vez más capturado por la precariedad?

Aquí el concepto de validación corporal adquiere nuevamente relevancia, pero en un plano distinto al tratado en otros capítulos. No se trata solo de reconocer el cansancio emocional. Se trata de reconocer que la sobreexplotación económica redefine las posibilidades objetivas de participación.

La militancia del presente no puede organizarse como si sus bases sociales dispusieran de la misma estructura temporal que hace diez o quince años.

Esto obliga a una innovación organizativa profunda. Reuniones más breves y eficaces. Espacios de participación flexibles. Uso estratégico de herramientas tecnológicas sin caer en la virtualización total. Rotación real de responsabilidades. Distribución de tareas acorde a la disponibilidad concreta.

Pero, sobre todo, exige abandonar cualquier resabio de juicio moral sobre quienes no pueden estar “como antes”, o la nostalgia del “voluntarismo” de los 90.

El capitalismo actual no solo disputa ingresos. Disputa tiempo, atención y energía.

Si la organización no comprende esto, corre el riesgo de interpretar la reducción de participación como apatía, cuando en realidad es resultado de una intensificación de la explotación.

La militancia del futuro inmediato deberá ser capaz de operar en un escenario donde la convicción existe, pero el tiempo escasea; donde el deseo de participar persiste, pero el cuerpo llega agotado; donde la voluntad política se enfrenta a jornadas laborales fragmentadas y sin derechos.

El desafío no es menor. Pero asumirlo es condición de supervivencia.

¿Cómo seguir?

Bourdieu (1998) advirtió que los campos sociales tienden a desarrollar lógicas internas que pueden autonomizarse respecto de sus bases originales. Cuando la militancia se profesionaliza, cuando se estabiliza en posiciones institucionales y acumula capital simbólico propio, puede producirse una distancia creciente respecto de la experiencia cotidiana de la mayoría social.

Esa distancia no siempre es consciente. Pero se expresa en el lenguaje, en los ritmos, en las prioridades. Mientras amplios sectores viven bajo estrés financiero crónico y fragmentación de la atención, la política no puede organizarse como si operara en un tiempo lineal y estable.

La crisis reciente de representación no puede explicarse únicamente por errores comunicacionales. Tiene que ver con la pérdida de resonancia. Cuando la experiencia cotidiana de la mayoría no encuentra eco en la práctica política organizada, la resistencia y la alternativa se debilita.

La militancia de la proximidad

En este punto emerge la necesidad de una reconfiguración. No un abandono de la organización ni una renuncia a la disputa estructural, sino una transformación de su cultura interna.

La mayoría social no milita. No porque le falte conciencia, ni porque le sobre indiferencia. Milita en otras dimensiones de la vida: en sostener una familia, en sobrevivir al trabajo precario, en atravesar la angustia cotidiana sin derrumbarse. Tiene otros tiempos, otras cargas, otras prioridades urgentes. Y esa diferencia no establece jerarquías; establece trayectorias distintas.

Si la organización pretende interpelar a esa mayoría, no puede presentarse como tribunal moral ni como espacio de exigencia adicional. Debe ofrecer una experiencia distinta a la del mercado y al mandato de rendimiento permanente.

Aquí el concepto de validación del cuerpo adquiere centralidad estratégica. No como psicologismo individual, sino como práctica política. Validar significa reconocer el estado real del otro: su cansancio, su incertidumbre, su tensión acumulada. Significa construir espacios donde la

participación no incrementa la carga alostática sino que contribuya a regularla.

La teoría polivagal (Porges, 2017) ha mostrado que la capacidad de proyectar futuro depende de la percepción de seguridad. Un sistema nervioso en alerta constante reacciona, no planifica. Si la organización aspira a construir proyecto histórico, debe generar condiciones de regulación emocional colectiva.

Esto no implica despolitizar la militancia. Implica comprender que la política comienza en el cuerpo. Un espacio donde se grita, se descalifica o se presiona reproduce la lógica de la amenaza. Un espacio donde se escucha, se valida y se cuida habilita la proyección.

Como planteamos en la validación del cuerpo como fundamento para un nuevo diálogo político, necesitamos neutralizar las emociones explotadas por la nueva derecha que combustionan la energía que genera el capitalismo recargado sobre los cuerpos (miedo, odio, resentimiento). Nuestra tarea es activar las emociones que movilizan hacia el cambio gradual a un proyecto de emancipación: el alivio, la dignidad sensible y la ternura política.

Para lograr esto, hay que refundar la militancia, lo que implica rearticular tres dimensiones:

1. Validación corporal y regulación emocional colectiva.
2. Reconocimiento simbólico real.
3. Redistribución material efectiva.

Sin esta articulación, la disputa estructural pierde base social. Con ella, la organización puede volver a convertirse en espacio de potencia compartida.

La pregunta que debemos hacernos no es solo cuántas personas movilizamos o cuántos recursos administramos. Es otra: ¿nuestra práctica amplía o reduce la dignidad de quienes participan?

En tiempos de agotamiento social crónico, la épica permanente puede transformarse en trampa, porque la sostenibilidad del proyecto político situado históricamente depende de la sostenibilidad de los cuerpos que lo encarnan.

La militancia después del agotamiento que ya impone el capitalismo acelerado no puede ser una intensificación del rendimiento político. Debe ser una reorganización ética y

cultural que permita que la participación sea experiencia de ampliación de la vida.

Solo desde esa coherencia será posible reconstruir hegemonía. No desde la superioridad moral, ni desde la administración eficiente aislada, sino desde la capacidad de ofrecer una experiencia concreta de comunidad donde el cuerpo deje de ser territorio de presión constante y vuelva a ser fuente de potencia colectiva.

Un ejemplo de militancia de proximidad

El proceso que voy a dar como ejemplo no comienza con una huelga ni con una movilización. Comienza con una palabra que empieza a circular en el espacio público y luego se filtra en las conversaciones cotidianas: privilegio. Durante la pandemia comenzó a consolidarse en Argentina la idea de que los trabajadores estatales —y entre ellos los universitarios— constituían un sector privilegiado. A veces se decía explícitamente. Otras veces se insinuaba en comentarios mediáticos o intervenciones políticas. Incluso podía aparecer, con matices, en discursos dirigenciales que llamaban a no quejarse en nombre de esa supuesta excepcionalidad.

Desde una perspectiva gramsciana, esto no puede leerse como una opinión aislada. Se trata de una operación hegemónica. La hegemonía no se impone solo por coerción; se construye organizando el sentido común. Nombrar privilegiado a un sector en un contexto de deterioro salarial prepara el terreno para que la pérdida sea interpretada como corrección y no como violencia. Si se es privilegiado, el ajuste aparece como equilibrio.

Lo más potente de esta operación no fue su estridencia, sino su interiorización. La violencia simbólica, en términos de Bourdieu, actúa cuando los propios sujetos adoptan las categorías que los deslegitiman. Así, antes incluso del golpe macroeconómico posterior, comenzó a instalarse una lectura individualizante del deterioro: si el salario no alcanza, tal vez el problema sea la administración personal. Si se es privilegiado y aun así no se llega a fin de mes, la falla debe estar en uno mismo.

La gubernamentalidad neoliberal —como la describe Foucault (1975)— no gobierna solo prohibiendo; gobierna induciendo a cada sujeto a gestionarse como empresa individual. El discurso del privilegio funcionó como tecnología de autoevaluación moral ya que cada trabajador debía optimizarse antes que cuestionar la estructura.

En el colectivo Nodocente de la Universidad Nacional de Mar del Plata, este desplazamiento discursivo comenzó a sentirse en la vida concreta: silencios incómodos, comparaciones, culpas íntimas. La hegemonía ya no estaba solo en los medios; se estaba sedimentando en la subjetividad.

Y acá es importante exponer el contexto material concreto. Tomando como punto de partida diciembre de 2016 con un salario básico de la categoría 7 de \$12.620, desde 2017 hasta finales de 2023, la pérdida salarial no se presentó como un evento catastrófico único, sino como una erosión "a cuentagotas". Año tras año, el poder adquisitivo se reducía en pequeños márgenes de hasta el 3% o 4%. En 7 años el salario llegó a \$270.513, cuando, si se hubiera acompañado el índice de inflación, debería haber sido de \$360.093. Esto ya implicaba una pérdida del 25% del salario en un periodo de 84 meses.

El escenario cambió drásticamente en diciembre de 2023. La devaluación del 125% y el consiguiente traslado a precios generaron una pérdida instantánea de aproximadamente el 25% del salario real. A diferencia de la erosión previa por goteo, este fue un golpe de maza que a diciembre de 2025, en solo 2 años, profundizó drásticamente el desacople de salarios Nodocentes e inflación. El básico de diciembre de 2025, de \$626.145, expresa solo el 49,7% frente a los \$1.258.445 que deberíamos cobrar si se hubiera mantenido el valor del salario de diciembre de 2016 actualizado con la inflación acumulada desde entonces.

En el tramo largo, sumando los 7 años de erosión lenta, y los dos años de colapso vertical, la caída total fue del 51,25%.

La escucha cotidiana y la primera ruptura

La inflexión no comenzó con una consigna formal, sino con una práctica elemental: escuchar. En oficinas, pasillos, consultas sindicales, recorridas diarias, comenzaron a repetirse relatos similares. Endeudamiento creciente, pluriempleo informal, agotamiento físico sostenido, reducción abrupta del consumo, incluso de consumos básicos, temor constante ante cualquier imprevisto: que se rompa un electrodoméstico, que aumente el alquiler, que una enfermedad desestabilice todo.

Una compañera que no podía separarse por miedo a no poder sostener un alquiler. Trabajadores que dejaban de asistir a actividades culturales que formaban parte de su identidad. Padres que anticipaban restricciones frente a sus hijos, antes incluso de que éstos pidieran algo. La vida convertida en cálculo permanente: cuánto queda después de pagar servicios y tarjetas, cuánto puede gastarse hoy sin comprometer mañana.

En ese intercambio reiterado ocurrió algo políticamente decisivo: la desprivatización del sufrimiento. La frase “a mí

me pasa lo mismo” rompía el aislamiento, lo que hasta entonces se vivía como falla individual comenzaba a adquirir dimensión estructural.

En 2022, como prolongación de esa escucha, se realizó una primera encuesta no institucional impulsada por algunos delegados de base. No fue un instrumento técnico elaborado por áreas formales, sino una herramienta política nacida de la experiencia compartida. Su objetivo era verificar si esa percepción colectiva tenía respaldo empírico.

Los resultados confirmaron la tendencia: niveles significativos de pluriempleo, crecimiento del endeudamiento, caída abrupta del consumo y signos extendidos de agotamiento. Lo que era murmullo se convirtió en dato. No resolvió la crisis, pero modificó su interpretación. El problema dejaba de ser individual para volverse colectivo.

Ese primer relevamiento abrió un debate político que inicialmente se concentró en el cuerpo de delegados y en ámbitos gremiales, pero que progresivamente fue permeando al conjunto del colectivo Nodocente. La hegemonía del privilegio encontraba su primera fisura concreta.

La licuadora de Milei

La asunción del gobierno de Javier Milei marcó una aceleración abrupta del proceso con una pérdida acumulada que rondó más del cincuenta por ciento en términos reales.

Si en 2022 el deterioro era una tendencia preocupante, en 2024 y 2025 adquirió la forma de un impacto estructural. Sin embargo, la autoidentificación como clase media persistía. Aquí se evidencia una fractura que Bourdieu ayuda a comprender: el habitus no se transforma al mismo ritmo que el ingreso. El empobrecimiento material no produce automáticamente una redefinición simbólica.

Muchos trabajadores seguían narrándose como clase media mientras sus prácticas cotidianas revelaban estrategias típicas de supervivencia: pluriempleo, endeudamiento permanente, postergación de cuidados médicos, reducción drástica del consumo cultural. Esta tensión generaba una experiencia ambivalente: sentirse empobrecido sin asumirse pobre.

Además, el endeudamiento, como advierte Lazzarato, no es solo un mecanismo financiero, sino un modo de subjetivación. El deudor internaliza la obligación como culpa. La tarjeta de crédito deja de ser herramienta y se

convierte en horizonte moral mensual. Compartir esa experiencia permitió suspender parcialmente esa culpa.

Del límite legislativo a la decisión del cuidado

El conflicto universitario alcanzó un momento de alta visibilidad con el proceso legislativo que culminó en la aprobación de la Ley de Financiamiento Universitario. El Congreso sostuvo la norma incluso tras el veto presidencial de Javier Milei. Sin embargo, la no aplicación efectiva por parte del Poder Ejecutivo dejó en evidencia un límite estructural: la disputa institucional no garantizaba la recomposición inmediata del financiamiento ni del salario.

Ese desenlace marcó un punto de inflexión. Tras un ciclo prolongado de movilizaciones masivas y acciones públicas, hacia finales de 2025 la asamblea Nodocente votó el paro semanal denominado “paro del alivio”.

La medida no sustituye la demanda estructural de financiamiento. Se define explícitamente como estrategia de cuidado del sector mientras no se aplique la Ley de Financiamiento Universitario, o se reconstituya una realidad política y económica que permita recuperar el salario y estabilizar el presupuesto universitario. Se trata de

una decisión situada: en contextos de defensiva estructural, la militancia no puede limitarse a intensificar el sacrificio.

Este “paro del alivio” introduce una torsión conceptual. La huelga deja de ser únicamente herramienta de presión externa y se convierte también en tecnología de cuidado interno. Siete horas semanales sustraídas a la lógica productiva formal y orientadas al descanso, a la organización doméstica, a trámites postergados, a reparación material y psíquica.

Byung-Chul Han ha descrito la sociedad contemporánea como régimen de autoexplotación. El paro del alivio interrumpe esa dinámica. No exige más rendimiento militante; reconoce el límite corporal. La arquitectura del alivio se materializa en esa regulación del desgaste.

Hacia el mapeo colectivo

En la misma asamblea en que se aprobó el paro del alivio se definió avanzar en una segunda herramienta: una encuesta institucional formal. A diferencia del relevamiento de 2022, esta nueva instancia fue aprobada políticamente y comenzó a trabajarse en el cuerpo de delegados en articulación con el servicio social universitario.

La encuesta aún no se ha realizado. Se encuentra en proceso de diseño y se aplicará en las próximas semanas. Su finalidad es construir un mapeo integral de la situación del colectivo no docente para orientar políticas de alivio con mayor precisión.

Este paso es decisivo por dos razones. En primer lugar, permite comprender estructuralmente cómo se encuentra el sector, más allá de percepciones fragmentarias. En segundo lugar, desactiva la estigmatización. Cuando el diagnóstico es colectivo, la solicitud de ayuda deja de vivirse como fracaso individual. La necesidad se inscribe en un cuadro general.

Aquí la noción de común adquiere espesor político. No se trata de una comunidad abstracta, sino de una red que reconoce su vulnerabilidad compartida y organiza respuestas concretas. La encuesta no clasificará “casos problemáticos”; construirá un mapa del deterioro estructural.

Al desplazar el eje desde el “quién necesita” hacia el “cómo estamos”, la necesidad deja de ser marca individual y se inscribe en una condición compartida; así, los dispositivos de contención y cuidado no aparecen como concesión asistencial sino como respuesta política a un diagnóstico

común, reduciendo la vergüenza y facilitando su uso sin estigmatización.

El alivio como redefinición de la victoria

El recorrido 2022–2025 muestra una transformación en la práctica militante. Del murmullo a la primera encuesta informal. Del dato al debate. Del debate a la movilización estructural. Del límite legislativo a la decisión del cuidado. Y, finalmente, al diseño de una herramienta institucional que permita sostener políticas de alivio sin estigmatización.

En contextos de derrota estructural, la victoria no puede medirse únicamente por la reversión inmediata de políticas macroeconómicas. Puede medirse también por la capacidad de preservar el tejido colectivo. Que nadie atraviese en soledad una urgencia extrema. Que la vergüenza no bloquee la solicitud de ayuda. Que el cuerpo no colapse antes de que cambien las condiciones estructurales.

Hegemonía, gubernamentalidad, clase media empobrecida y reconstrucción de lo común no aparecen aquí como categorías abstractas, sino como dimensiones de una experiencia situada, corporal. La militancia, en este marco, deja de identificarse exclusivamente con la confrontación

épica y se redefine como práctica que, aún en condiciones adversas, produce cuidado, sentido y dignidad.

Sostener la vida mientras se disputa la estructura no es resignación... es estrategia.

El cuerpo como credencial: el liderazgo de la resonancia

Más allá de las derivas de sus proyectos políticos, y de la interpretación que se les puede dar, la historia reciente de América Latina nos ofrece un archivo de cuerpos que no necesitaron explicar la exclusión porque la portaban como una marca de origen. Cuando pensamos en los liderazgos de Lula da Silva, Evo Morales, Hugo Chávez o el “Pepe” Mujica, no estamos ante figuras que simplemente “comprendían” a los sectores populares; estamos ante liderazgos que eran el sector popular hecho carne. Chávez no habitaba el plano de la aristocracia castrense; él pertenecía al sector plebeyo del ejército. Proveniente de un hogar humilde, su cuerpo y su lenguaje portaban la huella de la venezolanidad profunda. En Lula, el dedo amputado en la metalúrgica funcionaba como un significante de clase más potente que cualquier discurso; en Evo, el rostro curtido por el sol del altiplano y la fibra del dirigente cocalero establecían una simetría biológica con sus representados. En el “Pepe” Mujica su cuerpo no hablaba desde la épica del triunfo, sino desde la austeridad de quien atravesó la cárcel y el aislamiento prolongado sin convertir el sufrimiento en resentimiento. La casa rural, el viejo

automóvil, la renuncia a los ornamentos del poder no fueron gestos de marketing, sino continuidad biográfica. El pueblo no veía en él a un administrador distante, sino a alguien que había conocido la intemperie y había regresado sin cinismo. Estos líderes poseían una autoridad moral que no se enseñaba en las facultades de ciencia política ni se diseñaba en consultoras de comunicación; era la autoridad del cuerpo testigo, un organismo que ha sobrevivido a las mismas inclemencias que el pueblo al que pretende conducir. Hay en ellos una memoria celular del hambre y del esfuerzo que genera una frecuencia de comunicación inmediata: el pueblo no escucha una promesa, reconoce un espejo.

En contraste, la política argentina de los últimos 20 años —tanto en sus vertientes progresistas como en las derechas empresariales— ha derivado hacia una profesionalización que ha higienizado el cuerpo de la dirigencia, alejándolo del plano vibratorio de las mayorías. Figuras como Mauricio Macri, Patricia Bullrich o los cuadros del Pro, representan una identidad ligada al éxito corporativo y al orden institucional, habitando un plano de previsibilidad financiera y bienestar físico que los vuelve impermeables al estrés del pluriempleo o al terror del desalojo. Sin embargo, el error más trágico lo cometió el campo nacional y popular

y el progresismo, con candidatos como Daniel Scioli o bajo las gestiones de Alberto Fernández o Sergio Massa. Al refugiarse en el "fetiche del profesionalismo" y el conocimiento técnico de los resortes del Estado, construyeron una asimetría insalvable. Sergio Massa, en el debate presidencial por el ballottage de 2023, fue el culmen de esta distancia: un orador impecable, conocedor de cada estadística y cada expediente, cuya misma perfección retórica terminó por confirmar su extranjería sensorial. Frente a un cuerpo social que siente que el mundo se cae a pedazos, la prolijidad del político profesional no se percibe como competencia, sino como una forma de cinismo o, peor aún, como la frialdad de quien administra la tragedia desde una oficina climatizada mientras el resto intenta respirar en un aire viciado.

Es en este vacío de identificación donde Javier Milei operó una captura de energía sin precedentes. El progresismo y el peronismo intentaron deslegitimarlo utilizando las herramientas del viejo paradigma: señalaron su inexperiencia, su origen familiar traumático, su inestabilidad emocional y hasta sus creencias esotéricas como pruebas de su incapacidad para gobernar. Lo que no supieron leer es que esas "fallas" eran precisamente sus activos de identificación. En una sociedad rota por el

capitalismo recargado, donde millones de personas lidian con familias fragmentadas, soledad profunda y un sistema nervioso al borde del colapso, el "desequilibrio" de Milei fue leído como autenticidad plebeya. Milei no se presentó como el administrador eficiente, sino como el hombre desbordado por la misma ira y el mismo desamparo que habita en las cocinas, los talleres y los colectivos. Su desalineamiento estético, su pelo revuelto y su violencia verbal no fueron vistos como una falta de respeto a la investidura, sino como la huella de alguien que, como cualquier "self-made man" de la precariedad, ha tenido que pelear contra el sistema desde los márgenes. Al victimizarse ante el profesionalismo de Massa, Milei terminó de sellar su vínculo con un electorado que se siente cotidianamente victimizado por un Estado que perciben como una burocracia sorda o una "caja de la política".

La pregunta que se impone para la construcción de una política vital es si es posible construir una dirigencia que no sea solo una espectadora del sufrimiento. La respuesta es que el nuevo dirigente debe abandonar el palco de la obra de teatro de la sociedad para volver formar parte del elenco de los cuerpos. No basta con analizar el burnout o el estrés financiero desde la sociología; el dirigente debe ser capaz de entablar un diálogo que parta de la simetría de la fragilidad.

Si la dirigencia política tradicional es vista como una casta que habita otro plano, es porque efectivamente sus cuerpos han dejado de registrar el mundo real. El nuevo liderazgo debe recuperar la capacidad de transmutar el malestar en alivio, y eso solo se logra cuando el que habla sabe, por experiencia propia, qué significa el nudo en la garganta antes de ir a dormir. La autoridad política en esta nueva era no nacerá del saber gestionar la escasez, sino de la capacidad de co-regular el sistema nervioso de la comunidad. El dirigente debe ser un "gestor del alivio" que, en lugar de ofrecer pedagogía moral o estadísticas frías, ofrezca un contacto que valide el cansancio y lo transforme en dignidad.

Para que esta praxis de la vitalidad sea efectiva, el militante y el dirigente deben operar como conductores de una nueva emocionalidad. No se trata de imitar el desborde reaccionario de Milei, sino de proponer una estética de la resonancia. Si el sistema nos quiere como unidades biológicas aisladas y competitivas, el acto político más radical es el encuentro entre cuerpos que se reconocen vulnerables. Debemos pasar de una política de la explicación a una política de la frecuencia, donde el primer acto de gobierno sea devolverle al otro la certeza de que su dolor no es una falla individual, sino un síntoma colectivo. El

dirigente del futuro será aquel que logre que el pueblo salga del estado de alerta permanente, no a través de una promesa abstracta de futuro, sino a través de una presencia táctica en el presente que sea capaz de generar un proyecto que atravesase la urgencia. Este dirigente tiene una estética de la resonancia porque conoce los malestares corporales por haberlos transitado: sabe lo que el aumento de precios le hace al estómago, lo que el endeudamiento le hace al sueño y lo que la amenaza de despido le hace al sistema nervioso. Por lo tanto, su proyecto político no se queda en la abstracción, sino que propone respuestas rápidas y concretas a la urgencia corporal. No habla de "macroeconomía", habla de sellar las heridas en el cuerpo de las personas a través de un programa de alivio inmediato.

Este programa tiene un correlato político y económico de disputa real. Si el cuerpo está asfixiado por el endeudamiento familiar, la respuesta es el crédito blando que devuelva el oxígeno. Si el cuerpo está angustiado por la precariedad habitacional, la respuesta es una política de vivienda eficiente que garantice el suelo como refugio. Si el cuerpo está agotado por el pluriempleo, la respuesta es un salario que no esté desacoplado de la productividad; es decir, que el crecimiento económico se traduzca en una reducción del esfuerzo vital y en una mejora de la calidad de vida. Si el

cuerpo está amenazado por el delito, la respuesta es que el delito no ocurra, desplegando dispositivos de seguridad y justicia eficientes, ni penas más duras una vez cometido el delito, ni pedir esperar a que se resuelva con la inclusión social a futuro. Este dirigente no plantea estos puntos desde conceptos abstractos, sino validando la sensación corporal de injusticia: el dolor de ver que el país genera riqueza al mismo tiempo que el cuerpo propio se desgasta cada vez más.

Mientras la derecha ha logrado una política de la combustión, capturando la energía de la frustración para quemarla en emociones reactivas como la ira, el miedo y el resentimiento, nosotros necesitamos una política de la vitalidad. El nuevo dirigente debe validar esas sensaciones, construir el primer alivio y darle ternura política a la sociedad a través de propuestas que se sientan en la piel. La movilización que buscamos no nace del odio, sino de la constitución de vida. Un programa económico que se traduzca en menos nudos en la garganta y más tiempo de descanso es, en última instancia, la única herramienta capaz de romper el hechizo de la derecha. El dirigente de la vitalidad es aquel que logra que el pueblo salga del estado de alerta permanente, no a través de una promesa abstracta de futuro, sino a través de una gestión de la urgencia que

devuelva la potencia de vida allí donde el sistema solo extrae energía. Solo desde un cuerpo que siente se puede reconstruir una nación que vuelva a desear.

Recuperar el diálogo con la generación sin umbral

Este capítulo no nació de una hipótesis académica ni de una inquietud puramente intelectual. Comenzó como una pregunta íntima.

Durante los últimos años, mientras acompañaba el crecimiento de mi hijo —hoy ya comenzando la universidad— empecé a percibir que entre su experiencia del mundo y la mía no había simplemente una diferencia generacional clásica. No era la distancia previsible entre padres e hijos, no era la sana tensión cultural que toda juventud ejerce sobre la generación anterior. Había algo más profundo, más difícil de nombrar, menos reducible a gustos, lenguajes o ideologías.

Yo también fui adolescente, también discutí con mi padre y con mi madre. Pero aquellas fricciones tenían una estructura reconocible: se trataba de valores, de códigos culturales, de estilos de vida; había un marco común de experiencia que hacía inteligible el desacuerdo (Erikson, 1968). Con mi hijo, en cambio, la sensación fue distinta, no porque faltara libertad —la hubo siempre— ni porque el vínculo estuviera atravesado por imposiciones rígidas. Por el

contrario, nuestra relación se construyó en un formato particular, incluso poco convencional.

Tras la separación con su madre, cuando él era muy pequeño, la vida nos distribuyó en geografías distintas, a 1400 km de distancia. Sin embargo, esa distancia física nunca implicó distancia afectiva. La tecnología permitió el contacto virtual cotidiano: largas sesiones de Skype, con juegos, títeres, dibujos; luego llegó whatsapp, videollamadas desde el celular, compartir links de interés, etc. Además viajamos tanto él como yo, nos encontramos con frecuencia, con no más de tres meses de tiempo de distancia para cada encuentro, y entonces compartimos largos períodos de tiempo exclusivo. No fue una paternidad cotidiana en el sentido clásico, pero sí intensamente presente. Hubo conversación, observación, acompañamiento y una decisión consciente de involucrarme en cada proceso que atravesaba.

Fue en esa observación atenta —en los silencios, en los entusiasmos, en los cansancios, en sus noches interminables frente a una pantalla ya de adolescente— donde comenzaron a tomar forma las ideas que aquí se desarrollan. La manera en que él y su grupo de amigos organizaban la pertenencia. La centralidad de la “manada” como espacio de regulación afectiva. El modo en que el tiempo parecía

transcurrir sin cortes nítidos, el agotamiento después de horas de scroll infinito, las “noches tuiteras” en las que un acontecimiento futbolístico reorganizaba la vigilia colectiva y convertía la madrugada en foro público.

Nada de eso era anecdótico, era sintomático.

Este capítulo comenzó en la vida real, con una pregunta paterna, pero esa pregunta, lentamente, se volvió política.

Cuerpos socializados en la continuidad

Si queremos hablar seriamente con adolescentes y jóvenes —y no simplemente hablar sobre ellos— necesitamos aceptar que no estamos ante una brecha generacional clásica, sino ante una transformación en la arquitectura misma de la experiencia. No se trata únicamente de diferencias culturales, estéticas o políticas. La mutación es más profunda, es ontológica: afecta la manera en que se organiza la percepción del tiempo, del espacio y del propio cuerpo. Quienes hoy tienen entre dieciséis y veinticuatro años no atravesaron una transición entre un mundo con interrupciones claras y otro de conexión permanente, ellos nacieron en la continuidad, no recuerdan el pasaje del silencio al flujo, el flujo es su condición originaria.

Quienes crecimos en el mundo analógico estructuramos nuestra subjetividad bajo la lógica del umbral. Existía una frontera reconocible entre el adentro y el afuera, entre el ámbito íntimo y el público, entre el tiempo de exposición y el tiempo de retiro. La casa delimitaba un espacio de resguardo; la escuela tenía horarios definidos; la noche interrumpía la conversación social; el error no quedaba archivado indefinidamente en servidores globales. Apagar el televisor o colgar el teléfono no era solo un gesto técnico, sino una acción simbólica que marcaba un cierre. Esa alternancia entre conexión y desconexión no era percibida como una excepcionalidad o algo disruptivo: era la forma natural de organización de la experiencia.

Para la generación actual, esa arquitectura mental no es vivencia, sino relato histórico. El dispositivo digital no representa una herramienta que se utiliza y se abandona, sino una prótesis permanente de socialización, una extensión del sistema nervioso. La identidad, la pertenencia, el reconocimiento y la visibilidad transcurren en un medio que no se apaga, porque la red no es exterior al sujeto, es el entorno en el que el sujeto se constituye. Esta continuidad transforma la experiencia del límite espacial y temporal, y cuando no hay bordes claros entre espacios, el cuerpo pierde

referencias de interrupción. La desconexión no es pausa neutra: puede vivirse como riesgo de desaparición simbólica.

“Me da paja”

Uno de los fenómenos que más desconcierta a las generaciones adultas es el cansancio extendido que manifiestan muchos adolescentes y jóvenes. Desde un marco interpretativo heredado de la era del capitalismo industrial, o hasta financiero, el agotamiento se asocia al esfuerzo físico visible, a la jornada prolongada de atención productiva, a responsabilidades importantes o al trabajo manual, y claro, bajo ese parámetro la fatiga juvenil parece desproporcionada. Sin embargo, el régimen contemporáneo de desgaste no opera principalmente sobre el músculo, sino sobre el sistema nervioso. La exposición constante a estímulos variables, a evaluaciones públicas y a flujos informativos fragmentarios mantiene elevados los niveles de activación basal ya que la dopamina, asociada a la anticipación de recompensa, se libera ante cada notificación o desplazamiento en el feed; y el cortisol, vinculado a la respuesta de estrés, se activa ante la percepción de evaluación social o amenaza simbólica (Bustamante-Cruz, 2024). Cuando ambos circuitos se sostienen de manera

intermitente pero constante a lo largo del día, el organismo permanece en estado de alerta difusa.

Este tipo de activación no siempre produce crisis visibles. Con frecuencia genera microtensiones acumulativas que deterioran la calidad del descanso y reducen la sensación subjetiva de recuperación. El sueño, invadido por la continuidad del dispositivo, pierde su función de corte narrativo. No se trata únicamente de la luz azul que altera la melatonina, sino de la imposibilidad de clausurar el flujo. Siempre hay algo más que revisar, responder o anticipar. El resultado es un cansancio sin causa proporcional evidente, un agotamiento que no puede atribuirse a una tarea específica pero que atraviesa el cuerpo como estado de fondo.

Cuando los adultos juzgan esta fatiga desde parámetros “industriales”, cometen un error de época. Están midiendo el desgaste cognitivo con la vara del esfuerzo físico. La inmovilidad aparente, la postergación o la búsqueda de entornos digitales estructurados —como determinados videojuegos o universos narrativos cerrados— deberían tal vez leerse no como apatía moral, sino como intentos de autorregulación frente a una sobreestimulación crónica. El organismo busca reducir demanda, disminuir

incertidumbre y recuperar sensación de control en un entorno que no ofrece umbrales claros de interrupción.

La espacialidad como “paisaje” o “atmósfera”

La desaparición del umbral no es solo tecnológica; es existencial. Tiempo y espacio, que organizan la experiencia subjetiva, han sido simultáneamente alterados. La aceleración temporal y la porosidad espacial producen una continuidad que erosiona la experiencia de refugio. El dormitorio puede convertirse en escenario público mediante una transmisión en vivo; la escuela no suspende la conversación digital; la noche no garantiza el silencio. El espacio físico ya no delimita con claridad la experiencia relacional. Cuando todo espacio es potencialmente visible y todo momento es potencialmente compartible, la intimidad se vuelve frágil (Odgers & Jensen, 2020).

Esta configuración modifica la percepción de control, ya que en el entorno digital, el sujeto percibe —aunque sea de manera parcial o ilusoria— que puede bloquear, silenciar o abandonar una conversación. En el espacio presencial, esa mediación se reduce. El otro aparece con su imprevisibilidad corporal. No es casual que para muchos jóvenes el entorno virtual pueda sentirse más regulable que el espacio público

físico. Esta inversión no responde a debilidad individual, sino a un entrenamiento perceptivo específico: el medio digital ofrece sensación de interfaz controlable en un mundo material que aparece incierto.

Si articulamos esta continuidad digital con la precariedad estructural que atraviesa amplios sectores juveniles, el cuadro se complejiza. La incertidumbre económica, el endeudamiento temprano a través de fintechs o los casinos digitales, la dificultad de proyectar independencia habitacional y la presión comparativa constante configuran un horizonte donde el futuro no aparece como promesa sino como carga anticipada. El sistema nervioso no distingue con nitidez entre amenaza física y amenaza financiera percibida; ambas activan respuestas de estrés. Así, la anticipación dopaminérgica y la vigilancia cortisolizada pueden coexistir, generando la paradoja de hiperestimulación y agotamiento simultáneos.

Comprender esta arquitectura es condición necesaria para cualquier proyecto político que aspire a dialogar con esta generación. No estamos ante sujetos moralmente debilitados, sino ante cuerpos entrenados en continuidad y velocidad. Una política que los interpele exclusivamente en términos ideológicos o heroicos sin reconocer esta

dimensión neuroafectiva nacerá desconectada de su experiencia real. Si el poder contemporáneo opera modulando ritmos y capturando atención, la emancipación no puede pensarse únicamente como redistribución material, aunque ésta sea indispensable. Debe incluir la reconstrucción de umbrales, la creación de espacios donde la continuidad se interrumpa y el cuerpo pueda recuperar espesor temporal.

Hablar de generación sin umbral no es describir una anomalía cultural, sino nombrar una forma histórica de organización de la vida. Si el capitalismo tardío logró colonizar el tiempo muerto y convertir cada segundo en recurso explotable, el desafío político consiste en devolverle al cuerpo la posibilidad de pausa sin culpa y sin miedo. Solo allí, en la restitución de límites habitables, puede comenzar a pensarse un presente respirable y, eventualmente, un horizonte compartido.

Una ontología diferente del transcurrir

La desaparición del umbral no afecta únicamente la experiencia espacial; transforma de manera decisiva la vivencia del tiempo. Las generaciones que atravesamos la transición del mundo analógico al digital conservamos una

memoria corporal de otro ritmo posible. Sabemos, por experiencia biográfica, lo que significa esperar una carta, tolerar el aburrimiento, caminar sin estímulos superpuestos, dormir sin interrupciones informativas. Esa memoria funciona como contraste. Podemos reconocer la aceleración porque conocimos la pausa. Para la generación actual, en cambio, la continuidad no es aceleración comparativa: es normalidad basal. No existe registro encarnado de un tiempo estructurado por interrupciones amplias.

La teoría social ha descrito la modernidad tardía como régimen de aceleración permanente. Sin embargo, en el caso de los jóvenes contemporáneos, no estamos simplemente ante mayor velocidad en procesos históricos, sino ante una reconfiguración perceptiva del transcurrir. La arquitectura digital, basada en scroll infinito, recompensas variables e interacción sin cierre, erosiona la experiencia de secuencia. El tiempo deja de organizarse en unidades relativamente delimitadas y se convierte en flujo continuo sin final narrativo claro. Cada desplazamiento promete algo más; cada notificación abre una nueva posibilidad. La conciencia se habitúa a la expectativa sostenida y reduce su tolerancia a los intervalos prolongados.

Esta mutación temporal tiene efectos cognitivos y afectivos. La atención, expuesta a estímulos múltiples y cambiantes, se fragmenta con mayor facilidad, la anticipación constante mantiene activado el sistema dopaminérgico, mientras que la exposición a evaluación pública y comparación social sostiene niveles de vigilancia. Cuando el presente se experimenta como torrente, el futuro pierde densidad proyectiva. No aparece como horizonte hacia el cual caminar, sino como prolongación intensificada del mismo flujo. La sensación subjetiva no es “vamos hacia algo”, sino “esto no se detiene”.

Aquí emerge un elemento crucial para comprender la distancia política entre generaciones. Durante el siglo XX, incluso en contextos de conflicto, existían grandes relatos orientadores. Podían ser revolucionarios, desarrollistas, socialdemócratas o neoliberales, pero ofrecían direccionalidad histórica. El sacrificio presente encontraba sentido en un mañana imaginado como distinto. Hoy esos relatos se han erosionado o fragmentado. Las crisis financieras, la desigualdad persistente, la precarización laboral, la crisis climática y la inestabilidad geopolítica han debilitado la credibilidad de promesas lineales de progreso. En este contexto, convocar a grandes esfuerzos en nombre

de un futuro abstracto puede resultar desconectado de la experiencia vivida de saturación.

Los nichos y el torrente de intensidad

El tiempo juvenil contemporáneo no es solo acelerado; es intermitentemente espasmódico. La segmentación algorítmica organiza la experiencia en nichos de identificación altamente intensos. Cada joven habita múltiples micromundos temáticos que estructuran su pertenencia afectiva: comunidades musicales, deportivas, de videojuegos, de activismo, de creación digital. Cuando ocurre un evento significativo dentro de ese universo, se activa una conversación masiva sincronizada. La intensidad no proviene únicamente del hecho original, sino del intercambio colectivo en tiempo real. La emoción se amplifica por contagio y validación simultánea.

Estos picos generan alteraciones fisiológicas concretas: aumento de activación, reducción del sueño, focalización extrema. Desde afuera pueden parecer trivialidades —un lanzamiento musical, una actualización de juego, una polémica entre referentes digitales—, pero para quien está involucrado constituyen hitos centrales en su calendario

emocional. La identidad se afirma en la participación. La conversación no es accesorio del evento; es el evento mismo.

La consecuencia es una topografía temporal compuesta por flujo continuo y cataratas periódicas. Entre un pico y otro, el scroll sostiene la continuidad; durante el pico, la intensidad reorganiza la noche y desplaza otras prioridades. Esta dinámica no es patológica en sí misma; la humanidad siempre conoció momentos de alta intensidad colectiva. La diferencia radica en la frecuencia y en la ausencia de umbrales claros de cierre. La conversación rara vez concluye; se desplaza hacia el siguiente estímulo.

La trinchera de la dispersión: ¿Deterioro o mutación táctica?

Cuando nos sentamos a dialogar con los jóvenes sobre su relación con la tecnología, es frecuente que el diagnóstico institucional oscile entre la nostalgia por un pasado analógico y la alarma ante una supuesta incapacidad de los "nativos digitales" para sostener la atención. Observamos sus pantallas, la velocidad con la que navegan —saltando entre estímulos, ventanas y flujos de información— y sentenciamos, con una ligereza que espanta, un "deterioro" irreversible de su control ejecutivo. Pero, ¿y si esa supuesta

dispersión fuera, en realidad, una respuesta táctica ante un entorno diseñado para la captura permanente?

Para comprender esto, debemos abandonar la idea de que la "atención profunda" (la lectura lineal y solitaria al estilo Gutenberg) es el único estado legítimo del pensamiento crítico. Algunos estudios han advertido sobre el paso de una *atención profunda* hacia una "hiperatención" (Hayles, 2007), un estilo cognitivo que no es una patología, sino una adaptación necesaria. Mientras el sistema nos exige una atención enfocada —un blanco fácil para ser interrumpido, monetizado y extraído—, los jóvenes han desarrollado una red de navegación nómada.

No están perdiendo el hilo, están triangulando la realidad. Mientras un sujeto educado bajo el modelo tradicional confía en una única fuente para formar su juicio, el joven contemporáneo somete a prueba múltiples nodos de información en un mismo instante. Los análisis sobre el lenguaje de los nuevos medios indican que la lógica actual ya no es la narrativa lineal, sino la base de datos: el pensamiento crítico ha dejado de ser un ejercicio de profundidad solitaria para convertirse en una competencia de síntesis relacional.

Esta "atención fragmentada" opera como una trinchera: al no depositar toda su capacidad atencional en un solo flujo, el sujeto joven evita ser capturado por la narrativa única del algoritmo. Es como una *inteligencia colectiva*, una forma de validación que ocurre en el foro, en el hilo de comentarios y en la edición colaborativa, donde el conocimiento se vuelve distribuido.

Sin embargo, aquí reside el riesgo real que debemos nombrar: esta potencia es una fortaleza precaria.

Si bien la dispersión permite una resistencia táctica, el costo biológico es inmenso. El cuerpo, constantemente sometido a este *switching* de alta frecuencia, vive en un estado de alerta constante, agotando su energía vital. A diferencia de lo que sostienen visiones optimistas que argumentan que los entornos digitales complejos fortalecen modelos mentales más sofisticados, deberíamos entender que este esfuerzo cognitivo, si no está protegido, es insostenible.

El desafío, por lo tanto, no es volver a imponer una concentración "monástica" que ya no tiene lugar en el mundo, sino proteger la soberanía mental. Sin la infraestructura del alivio como proyecto político —espacios, tiempos y condiciones que permitan al sistema nervioso

salir del modo "supervivencia"—, esa agilidad cognitiva que hoy los jóvenes utilizan como defensa terminará quemándose. La dispersión deja de ser una trinchera para convertirse en un *burnout* generacional si no se le garantiza a la juventud una red de atención que sea soberana, capaz de sintetizar el mundo sin que el mundo termine por consumirles el cuerpo.

La mochila

Si a esta arquitectura temporal y atencional le sumamos la fragmentación espacial contemporánea —familias con múltiples domicilios, traslados constantes, trayectorias educativas inestables— el cuadro se complejiza aún más. La continuidad digital convive con movilidad material frecuente. Muchos jóvenes habitan una geografía partida: alternan casas, contextos normativos y climas emocionales. La mochila que se traslada de un lugar a otro no es solo objeto funcional; simboliza una subjetividad en tránsito permanente. La energía psíquica invertida en adaptarse a reglas y entornos cambiantes no suele tematizarse, pero constituye una carga cognitiva real.

En este escenario, el espacio digital puede percibirse como territorio más estable que el físico. Allí los códigos son

reconocibles, las comunidades se mantienen y la pertenencia no depende del domicilio. Sin embargo, esa estabilidad es ambivalente: ofrece continuidad, pero también exposición constante. El refugio es relativo, la identidad es editable y cuantificable; la validación es visible; el error puede amplificarse indefinidamente, el sujeto se experimenta como proyecto permanentemente evaluado.

Un algoritmo para cada clase

La estratificación social introduce diferencias decisivas en la forma de habitar esta continuidad. La experiencia generacional no es homogénea. En sectores acomodados, la hiperconectividad se amortigua con infraestructura de contención: actividades extracurriculares, espacios físicos amplios, acceso a apoyo terapéutico. El verdadero privilegio no es poseer dispositivos, sino poder desconectarse sin riesgo de exclusión, poder elegir la pausa, desacelerar.

En la clase media urbana, la aceleración adopta tonalidad particularmente ansiosa. Aquí confluyen aspiración y temor al descenso social. La vida se convierte en portafolio: cada experiencia debe traducirse en avance visible. La comparación estética y económica, amplificada por redes, intensifica la presión por rendimiento continuo, el sujeto no

solo debe progresar; debe mostrar que progresa. La imagen de equilibrio debe sostenerse incluso cuando la incertidumbre material atraviesa el hogar.

En los sectores populares, el dispositivo digital cumple además una función laboral directa. El celular no es solo escenario de identidad; es una herramienta de ingreso. La economía de plataformas, la changa, las ventas digitales, convierten a la conexión en una condición de subsistencia y cada notificación puede representar un trabajo o una pérdida, haciendo que la frontera entre tiempo libre y tiempo productivo se diluya. La posibilidad de apagar el dispositivo no depende únicamente de voluntad, sino de la necesidad económica. Aquí la aceleración es simultáneamente informativa y financiera.

Estas diferencias muestran que la continuidad digital se incrusta en estructuras desiguales preexistentes. No todos los cuerpos se agotan por las mismas razones ni buscan alivio del mismo modo. En algunos contextos, la regulación se ensaya a través de estéticas de ralentización (slow and reverb, estética lo-fi, música lenta, atmósferas envolventes, consumo introspectivo) que intentan expandir simbólicamente el espacio cuando el espacio material es estrecho. En otros, el alivio se construye en intensidad

compartida: música fuerte, baile, encuentro colectivo. La desaceleración puede adoptar formas silenciosas o explosivas, según la textura social en la que se inscribe. No es raro encontrar cientos de listas de reproducción en youtube o spotify de canciones de rock de los 80 o 90, música pop actual o éxitos del RKT ralentizados y con voces transfiguradas al eco. La desaceleración es la marca de la apropiación de lo establecido, devuelto al entorno digital como un manifiesto.

La manada

En medio de esta arquitectura, la grupalidad emerge como intersticio decisivo de regulación. A diferencia de los grandes colectivos ideológicos y culturales del siglo pasado (hippies, metaleros, roqueros, rolingas, punks, etc), las pertenencias juveniles actuales suelen organizarse en núcleos reducidos. Pequeñas manadas de pares que funcionan como amortiguadores emocionales que en un entorno de evaluación permanente, ofrecen reconocimiento no cuantificado. La co-regulación interpersonal, estudiada por la neurociencia contemporánea, muestra que los sistemas nerviosos se sincronizan en presencia segura. La risa compartida, el contacto, la proximidad corporal reducen la

activación simpática (dopamina) y fortalecen la sensación de pertenencia y seguridad (oxitocina).

Incluso cuando el grupo comparte contenido digital, la presencia modifica la experiencia. El mismo estímulo, consumido en soledad o en compañía, produce efectos distintos. La manada intensifica y regula a la vez amplificando emociones por contagio, pero también amortiguando angustias individuales. En un régimen que personaliza estímulos y aísla en burbujas algorítmicas, el grupo pequeño reintroduce dimensión colectiva concreta.

Aquí la disputa simbólica adquiere relevancia. La derecha mainstream construye narrativas que exaltan al individuo solitario, fuerte frente al mundo, que encuentran eco en contextos de incertidumbre: el León de La Libertad Avanza es un claro ejemplo de un significante del individualismo depredador ilusorio. Sin embargo, esa metáfora deja al sujeto aislado ante la intemperie. Una política del alivio debe ofrecer otra imagen de potencia: la interdependencia organizada. No la negación del conflicto, porque ahí la fortaleza del individuo es importante, y cualquier narrativa tiene que darle reconocimiento al esfuerzo personal, sino la construcción de espacios donde esa fortaleza se derive del cuidado mutuo y no de la combustión permanente de

emociones de descarga contra pares, o contra uno mismo. Una metáfora que podemos oponer al individualismo del León de Milei es el Lobo en una manada. Un significante claro de fortaleza individual en un contexto de grupalidad. Pero entiéndase bien, no de colectividad o comunidad, la mayoría de los adolescentes y jóvenes no han tenido fuertes experiencias de esa dimensión, así que el punto de partida, el intersticio, es la grupalidad.

Ahora bien, hablarle a la juventud, en este contexto, no implica invadir sus espacios íntimos ni colonizar conversaciones, sino construir mensajes que puedan circular en esos grupos sin aislar al individuo que los comparte. La transmisión de ideas en pequeños núcleos depende menos de argumentación exhaustiva que de resonancia afectiva. Un mensaje que legitime el cansancio, que nombre la precariedad concreta, que proponga alivio tangible —regulación de deudas abusivas, protección laboral efectiva, financiamiento de espacios físicos de encuentro— puede integrarse a la conversación cotidiana sin exigir heroísmo abstracto.

La clave estratégica no es monopolizar la charla, sino estar disponible cuando el tópico de la política emerge durante unos minutos en el resto del universo de tópicos que tiene la

grupalidad. Y aprovechar ese instante no va a derivar de convocar a épicas sacrificiales, sino de ofrecer un presente habitable. Un cuerpo exhausto no delibera con apertura; busca reducir la amenaza inmediata, por lo tanto una generación saturada no rechaza necesariamente la transformación estructural; necesita primero experimentar condiciones mínimas de seguridad para poder dar pasos en imaginar algo más allá de un presente continuo acelerado.

Por eso, la política del alivio no es sentimentalismo ni retirada histórica. Es reconocimiento de que el conflicto central de nuestra época también es un conflicto de ritmo. El capitalismo acelerado no solo organiza producción y consumo; captura atención y coloniza el tiempo de vida, el deseo y las relaciones. Devuelve como natural un estado de alerta permanente que erosiona la capacidad de imaginar alternativas.

Restituir umbrales —temporales y espaciales— no es nostalgia analógica, es una intervención sobre la arquitectura afectiva del presente. Significa regular los diseños adictivos de las plataformas, proteger los descansos reales, financiar espacios comunitarios seguros donde la presencia no esté subordinada al consumo, garantizar estabilidad material que reduzca la anticipación ansiosa.

Significa comprender que la emancipación contemporánea también debe ser neuroafectiva.

Hablar de generación sin umbral es, en última instancia, nombrar el punto donde el cuerpo revela la forma histórica de organización de la vida. El cansancio juvenil no es enigma biológico ni defecto moral; es síntoma estructural. Comprenderlo no implica idealizarlo ni romantizarlo, sino asumir que cualquier proyecto político relevante deberá comenzar allí donde el sistema nervioso está sitiado.

Si el asedio contemporáneo opera modulando ritmos y capturando continuidad, el alivio consistirá en devolver la posibilidad de la pausa sin culpa y sin miedo, de la pertenencia sin exposición constante, y de un futuro que no se experimente como extensión agotadora del presente. Solo desde un presente respirable puede reabrirse la pregunta por el horizonte. Recuperar límites habitables es, quizás, el primer gesto verdaderamente radical de nuestro tiempo.

Parte III

La política del alivio

Un Estado con una misión concreta: el alivio

Si el capitalismo industrial tuvo como figura central al obrero y el capitalismo financiero reorganizó la escena en torno a la ciudadanía endeudada y a los movimientos sociales fragmentados, el capitalismo acelerado ha producido un desplazamiento más profundo: el sujeto político ya no se define primordialmente por su posición en la estructura productiva, sino por su condición corporal. Lo que hoy nos iguala no es sólo el lugar que ocupamos en el mercado de trabajo, sino la experiencia compartida del agotamiento, del estrés persistente, de la captura de la atención y de la ansiedad financiera que atraviesa sistemas nerviosos sometidos a estímulos permanentes. El cuerpo —no como metáfora, sino como realidad neurobiológica concreta— es el territorio donde se inscribe el conflicto central de nuestro tiempo.

En este marco, la pregunta por el Estado ya no puede formularse en los términos clásicos del siglo XX. No se trata únicamente de discutir tamaño o eficiencia, sino de definir su función frente a esta nueva ontología histórica. Si el cuerpo es el sujeto social producido por el capitalismo acelerado, el Estado que aspire a una transformación democrática debe garantizar condiciones neurobiológicas

mínimas para la libertad. No hay libertad posible cuando el sistema nervioso vive activado por el miedo económico, la incertidumbre estructural o la hiperestimulación digital. La libertad no puede seguir siendo un signifiante vacío; requiere condiciones fisiológicas y materiales de posibilidad.

La derecha ha logrado instalar una idea abstracta de libertad desligada de toda materialidad. Sin embargo, nadie ejerce autonomía real cuando debe trabajar jornadas extenuantes para apenas rozar la canasta básica, cuando la inestabilidad amenaza la subsistencia familiar o cuando el escaso tiempo disponible es capturado por dispositivos diseñados para explotar circuitos dopaminérgicos con la lógica de una adicción. La libertad invocada en abstracto se vuelve entonces una ironía: no es falta de voluntad, es asedio sobre el sistema nervioso.

Un Estado del alivio no puede limitarse a garantizar ingresos si para alcanzarlos exige autoexplotación ni puede conformarse con estabilizar variables macroeconómicas dejando intactos los mecanismos de captura cognitiva que profundizan el agotamiento colectivo. La materialidad y la neurobiología se retroalimentan. Sin estabilidad económica, el cuerpo vive en alerta; sin tiempo disponible y protección

frente a la colonización de la atención, esa estabilidad resulta insuficiente.

La Argentina de la última década ofrece un laboratorio doloroso de esta dinámica. Inflación persistente, endeudamiento, ajustes, precarización y pluriempleo no sólo deterioraron indicadores: atravesaron cuerpos. La incertidumbre dejó de ser coyuntura para convertirse en atmósfera. A esa presión se sumó la expansión de plataformas digitales que ocuparon el tiempo residual bajo promesas de conexión, mientras profundizaban la fragmentación atencional y el cansancio cognitivo.

No puede haber proyecto democrático sostenible en una sociedad exhausta. La estabilidad macroeconómica, en equilibrio con la economía real, deja de ser un objetivo técnico para convertirse en una política de salud pública. Reducir el estrés financiero, garantizar previsibilidad, regular jornadas laborales y discutir los límites de la economía de la atención forman parte de una misma arquitectura institucional orientada a recuperar pisos básicos de seguridad y estabilidad.

Un Estado situado aquí y ahora

El Estado del alivio no es una promesa refundacional ni la proyección de un ideal abstracto. Es un Estado situado en un momento histórico preciso y en un país concreto: Argentina. No parte de doctrinas cerradas, sino de una constatación material: los cuerpos están exhaustos y esa extenuación tiene causas identificables.

Su objetivo no es inaugurar una nueva épica, sino recuperar condiciones mínimas de alivio para quienes sostienen la vida económica y social. Esto implica devolver a las personas algo progresivamente expropiado: la propiedad efectiva del fruto de su trabajo, de su tiempo, de su atención y de sus capacidades cognitivas. El capitalismo acelerado no sólo concentró ingresos; concentró energía vital; no sólo transfirió recursos hacia grandes grupos económicos mediante mecanismos financieros, sino que desarrolló dispositivos tecnológicos capaces de intervenir sobre los circuitos dopaminérgicos y producir una asimetría cognitiva inédita en la historia de la humanidad, exponiendo especialmente a jóvenes y adolescentes a dinámicas de captura atencional y emocional permanente.

Frente a este escenario, el Estado del alivio asume una única premisa operativa: garantizar un piso mínimo de estabilidad material y neurofisiológica que permita recomponer la autonomía individual y colectiva. Estar situados históricamente implica también renunciar a tentaciones mesiánicas. Argentina es un país periférico en un contexto geopolítico inestable; pretender rupturas absolutas sería funcional a nuevas frustraciones. La estrategia es secuencial y consciente de sus restricciones.

El primer paso es estabilizar los fundamentos macroeconómicos sin destruir el tejido productivo ni el mercado interno. Una macroeconomía ordenada que convive con pluriempleo y destrucción productiva no produce libertad, sino cuerpos agotados. La estabilidad fiscal y monetaria sólo adquiere sentido si se traduce en recomposición microeconómica y alivio tangible para las economías familiares, aprovechando las ventajas relativas del país sin profundizar dinámicas extractivas desreguladas.

Al mismo tiempo, el Estado no puede permanecer indiferente ante el impacto del proceso tecnológico sobre los sistemas nerviosos. No se trata de frenar la innovación, sino de regular sus efectos cuando convierten a la población en campo de prueba de modelos basados en la extracción

masiva de datos y la manipulación conductual. La protección de la infancia y la adolescencia y la regulación de la economía de la atención son componentes centrales de esta etapa.

Este no es el viejo Estado de bienestar, sino una forma institucional transicional cuyo propósito inmediato es restituir márgenes de respiración colectiva. Sin una base mínima de estabilidad material y neurofisiológica, cualquier promesa de desarrollo carece de sustento humano. Hablar de futuro mientras a la generación actual se le expropia su tiempo, su atención y su tranquilidad es una contradicción estructural. El tiempo es el recurso más escaso y más injustamente distribuido del capitalismo acelerado; recuperarlo es recuperar soberanía sobre la propia vida.

El Estado del alivio no promete milagros. Promete método, eficiencia, precisión y secuencia para intervenir allí donde el cuerpo está más presionado y devolver, progresivamente, condiciones de libertad reales. Porque en una sociedad exhausta, el primer acto verdaderamente transformador no es acelerar, sino aliviar.

Un Estado de precisión

Si el sujeto social del capitalismo acelerado es el cuerpo y si la misión histórica del Estado es producir alivio, entonces sus características institucionales no pueden ser las de un aparato difuso, declamativo o meramente redistributivo en términos abstractos. El Estado del alivio debe ser, ante todo, un Estado de precisión.

La universalidad de sus políticas no desaparece, pero se redefine. No se trata de universalizar retóricamente beneficios que luego se diluyen en burocracias ineficientes, sino de actuar con alcance universal dentro de conjuntos claramente delimitados por necesidades concretas. La experiencia de más de 25 años de universalización de políticas sociales que prometían revertir la desigualdad ha generado una justificable duda en la sociedad luego de su fracaso. Entender que la única forma de generar verdadera redistribución es salir del estancamiento económico que tiene el país desde 2012, comprende también entender que las políticas sociales tienen un límite de sostén en una sociedad agotada y que rápidamente acude al resentimiento sobre el beneficiario que recibe una ayuda estatal. Por eso la transparencia y precisión son fundamentales para el sostenimiento de cualquier política pública. La precisión no

significa fragmentación arbitraria ni segmentación mercantil de la población; significa identificar con claridad dónde el cuerpo está más presionado y dirigir allí recursos, tiempo institucional y capacidad operativa. En un país con restricciones materiales severas, la dispersión es injusticia, y la prioridad es una forma de justicia.

Esta precisión no debe confundirse con la lógica disciplinaria que describió Foucault, donde el saber sobre los cuerpos funciona como instrumento de sujeción. Aquí el conocimiento no busca domesticar ni normalizar conductas, sino retroalimentar un sistema de políticas públicas que sea eficaz en el uso del gasto, y efectivo en la restitución de derechos. Es usar la información no como herramienta de control, sino como instrumento de alivio. La diferencia es sustantiva: no se trata de vigilar para corregir, sino de conocer para responder.

En el capitalismo acelerado, las plataformas tecnológicas han demostrado que la información y los datos permiten intervenir con altísima precisión sobre la atención, el deseo y la conducta. Han invertido miles de millones para construir tecnologías de gran asimetría cognitiva en contacto con el cerebro y sistema nervioso humano individual, capaces de anticipar comportamientos y moldear

decisiones. El Estado del alivio no puede renunciar a la tecnología en nombre de una pureza nostálgica, pero debe disputar su uso. Allí donde las corporaciones emplean datos para maximizar extracción y dependencia, el Estado debe utilizarlos para garantizar derechos y reducir sufrimiento. La misma herramienta puede servir para fragmentar o para recomponer.

Un Estado responsable no declama derechos: los ejecuta. Si la Constitución y las leyes consagran garantías sociales, el problema ya no es normativo sino operativo. La pregunta es cómo hacer que esos derechos se materialicen en tiempos razonables y con impacto tangible. En un contexto de escasez relativa, esto implica establecer escalas de prioridad. No todas las situaciones requieren la misma intervención ni tienen la misma urgencia. La jerarquización no es discriminación; es reconocimiento de la desigual intensidad del daño.

Desde esta perspectiva, el criterio rector vuelve a ser el cuerpo. No es lo mismo quien enfrenta un estrés financiero creciente que compromete su salud y su estabilidad familiar, que quien opera en el margen de la renta financiera para expandir patrimonios ya consolidados. El Estado del alivio organiza sus prioridades desde las necesidades más básicas de

subsistencia hacia dimensiones más complejas de bienestar. Y reconoce que el cuerpo humano es una totalidad integrada: necesita materialidad mínima, validación simbólica y condiciones neurofisiológicas que le permitan proyectar futuro. Sin tranquilidad básica no hay libertad política, sin horizonte de mediano plazo no hay ciudadanía activa.

En este punto aparece una cuestión decisiva: ¿cómo instrumentar mecanismos de detección y respuesta sin que el Estado sea percibido como una nueva forma de control? La preocupación no es menor, pero debe formularse con honestidad histórica. Los dispositivos de vigilancia y acumulación de datos ya existen, tanto en manos de empresas privadas como en estructuras estatales. Cámaras, registros biométricos, bases de datos financieras y digitales configuran un ecosistema de información que precede al Estado del alivio. La diferencia no radica en la existencia de datos, sino en su finalidad y en sus límites.

La legitimidad del Estado de precisión dependerá de tres condiciones: transparencia en el uso de la información, límites normativos claros y orientación explícita hacia la restitución de derechos. Los datos no pueden convertirse en instrumento de segmentación política ni de manipulación

conductual; deben funcionar como indicadores de necesidad y como mecanismos de evaluación de impacto. La ciudadanía debe saber qué información se utiliza, para qué fines y bajo qué controles democráticos. Allí donde hoy predomina la opacidad corporativa, el Estado del alivio debe ofrecer trazabilidad pública.

Un Estado de precisión, entonces, no es un Estado invasivo, sino un Estado eficaz, no amplía el control; redefine la responsabilidad. Asume que conocer mejor la situación concreta de los cuerpos no es un acto de dominación, sino una condición para intervenir con justicia en un contexto de recursos finitos. La alternativa no es entre datos o ausencia de datos, sino entre datos al servicio de la extracción privada o datos orientados a reducir el sufrimiento personal y colectivo.

La precisión, en este sentido, es la forma institucional que adopta el alivio cuando abandona la declamación y se convierte en política pública concreta. Porque en una sociedad atravesada por múltiples capas de desgaste, la indiferenciación no es neutral: perpetúa desigualdades. Sólo un Estado capaz de leer con claridad dónde duele más puede comenzar, efectivamente, a aliviar.

David frente a Goliath

Una de las críticas recurrentes de las derechas liberales, neoliberales y las nuevas derechas del capitalismo acelerado ha sido identificar toda ampliación del rol estatal con la construcción de un aparato elefantiásico, pesado e ineficiente, que obstaculiza la libertad individual y sofoca la iniciativa privada. Esa imagen del Estado como elefante inmóvil ha funcionado durante décadas como una metáfora eficaz para desacreditar cualquier proyecto de intervención pública. El Estado del alivio no sólo no encaja en esa caricatura: la desarma.

No se trata de expandir indefinidamente la estructura burocrática ni de superponer capas administrativas sobre capas administrativas. Por el contrario, se trata de construir un Estado capaz de actuar con mayor eficacia sin necesariamente crecer en volumen. La clave no está en el tamaño, sino en la arquitectura operativa. Un Estado de precisión, apoyado en el uso inteligente de la tecnología, puede reducir tareas repetitivas, simplificar procesos y concentrar recursos humanos allí donde el contacto humano es insustituible.

La tecnología, en este esquema, no sustituye a la persona; la libera de la carga mecánica que hoy consume buena parte de su tiempo. La automatización de procedimientos reiterativos y la incorporación estratégica de herramientas de inteligencia artificial permiten disminuir costos operativos y agilizar trámites, pero sobre todo permiten jerarquizar el trabajo estatal. El centro ya no es la mera tramitación, sino el análisis. Los trabajadores administrativos y profesionales del Estado dejan de ser engranajes de procesos lentos para convertirse en intérpretes de información compleja, en analistas capaces de detectar con mayor rapidez dónde el cuerpo social está más presionado y dónde la intervención pública es más urgente.

Este es el núcleo del acuerdo entre el Estado del alivio y quienes lo sostienen cotidianamente: sus trabajadores. No se trata de precarizar ni de reducir indiscriminadamente, sino de reconvertir perfiles, de capacitar de manera constante en el uso de tecnologías avanzadas y de otorgar nuevas responsabilidades. La inteligencia artificial no decide; procesa, los datos no gobiernan, informan; la decisión sigue siendo humana, en el entrenamiento del algoritmo, y en la decisión final. Es el trabajador o la trabajadora, reconvertido en un operador crítico de información, quien evalúa prioridades y ejecuta políticas. La tecnología amplía la

capacidad de respuesta, pero no reemplaza el juicio político ni la sensibilidad social.

En este sentido, el Estado del alivio es un Estado que utiliza herramientas contemporáneas para cumplir con mayor eficacia obligaciones ya consagradas en la ley. Allí donde hoy predominan estructuras lentas y fragmentadas, la precisión tecnológica permite actuar con mayor rapidez sin multiplicar instancias burocráticas. Menos fricción administrativa, más capacidad de intervención.

Frente al discurso que presenta al Estado como leviatán desmesurado, conviene desplazar la mirada hacia donde realmente se ha concentrado el poder. Los verdaderos leviatanes contemporáneos no son los Estados que buscan garantizar derechos, sino las corporaciones tecnológicas y los grandes monopolios financieros y productivos cuya escala económica, operativa y hasta militar supera, en muchos casos, la de países enteros. Son esas estructuras las que hoy invaden la vida cotidiana, capturan datos, modelan conductas y sitian cuerpos con una capacidad de intervención inédita. El problema no es la existencia de poder concentrado; es quién lo ejerce y con qué finalidad.

El Estado del alivio no pretende competir con ese poder en términos de tamaño, sino en términos de inteligencia estratégica. Si las corporaciones utilizan precisión algorítmica para maximizar rentabilidad, el Estado puede utilizar precisión institucional para maximizar bienestar. No necesita convertirse en un gigante para hacerlo; necesita claridad de misión y eficiencia operativa. Como en la historia bíblica de David y Goliat, no fue el tamaño, los músculos, sino la precisión la que le dió la victoria al más pequeño frente al gigante, por lo tanto no se trata de reproducir la fuerza bruta del adversario, sino de comprender sus puntos vulnerables y actuar con exactitud.

Un Estado más eficiente no es un Estado más pequeño en derechos, sino un Estado más concentrado en su función. Reduce dispersión, elimina redundancias, profesionaliza su planta y fortalece la toma de decisiones informada. En vez de crecer indiscriminadamente, se vuelve más nítido, en vez de expandir control, amplía capacidad de respuesta.

De este modo, la discusión deja de ser tamaño versus mercado, y pasa a ser eficacia pública versus concentración privada. El verdadero elefante, el Leviatán contemporáneo, es el entramado de corporaciones que operan sin regulación suficiente y con un nivel de penetración sobre la vida

cotidiana que ningún Estado democrático ha ejercido jamás. Frente a ese escenario, un Estado de precisión no es una amenaza para la libertad: es una condición para que la libertad vuelva a tener sustento material y neurobiológico.

La Macro

Las reservas como sistema inmunológico

Si el cuerpo es el sujeto político de nuestro tiempo, la macroeconomía es el sistema circulatorio que lo sostiene. Cuando ese sistema es frágil, cualquier shock externo se convierte en crisis interna. En un mundo atravesado por guerras comerciales, conflictos militares y reconfiguraciones geopolíticas profundas, las reservas internacionales ya no son un indicador técnico reservado a especialistas: son un instrumento de soberanía y estabilidad. La capacidad de un país para atravesar turbulencias sin trasladarlas inmediatamente al precio del dólar, al salario y a la vida cotidiana depende, en gran medida, de la fortaleza de su Banco Central y del volumen de reservas que respalde su moneda.

América Latina ofrece ejemplos recientes de esta función amortiguadora. Brasil, Chile, México, Perú y Colombia atravesaron episodios de volatilidad global con menor dramatismo cambiario porque construyeron, en distintos momentos históricos, colchones de reservas que les permitieron absorber shocks sin que cada movimiento del mercado se transformara en corrida. Las reservas funcionan

como un doble anclaje: estabilizan expectativas y reducen la capacidad de los actores financieros para forzar devaluaciones abruptas. Cuando el Banco Central tiene espalda, el dólar deja de ser un termómetro obsesivo de la vida pública.

Argentina también conoció esa experiencia luego de la crisis de 2001. La acumulación de reservas permitió cancelar la deuda con el Fondo Monetario Internacional y recuperar margen de maniobra. Sin embargo, ese proceso se vio erosionado por déficits estructurales —particularmente el energético—, por períodos prolongados de dólar artificialmente barato y por una dinámica persistente de fuga de capitales que reaparece cíclicamente. La economía argentina desarrolló una matriz en la cual empresas y sectores con capacidad de ahorro dolarizan excedentes y los colocan fuera del sistema, debilitando la posición externa incluso en momentos de crecimiento exportador.

Aquí aparece una constatación incómoda pero ineludible: exportar más no alcanza si el régimen financiero drena sistemáticamente las divisas generadas por el esfuerzo productivo. Tanto el neoliberalismo clásico como ciertas versiones del desarrollismo reciente depositaron en la expansión exportadora la solución casi automática de la

restricción externa. Sin embargo, si las reservas se evaporan en el pago de intereses, en la refinanciación permanente de deuda o en mecanismos de valorización financiera que incentivan la salida de capitales, la acumulación se vuelve ilusoria. El problema no es sólo cuánto ingresa, sino cuánto se retiene y bajo qué reglas.

El Estado del alivio debe comprender que la estabilidad cambiaria no es una obsesión técnica, sino una condición para reducir el estrés financiero de la sociedad. Cada corrida, cada salto abrupto del dólar, cada crisis de reservas se traduce en inflación, pérdida salarial y angustia anticipatoria. La fragilidad del Banco Central se convierte en fragilidad del cuerpo social. Por eso, reconstruir un proceso sostenido de acumulación de reservas es una política de salud pública en sentido amplio: disminuye la incertidumbre, amplía el horizonte y restituye previsibilidad.

Hoy Argentina cuenta con una ventaja estructural que no tenía en otros ciclos: el potencial energético y minero, sumado a la tradicional capacidad agroexportadora. La reversión del déficit energético, la expansión de la producción en Vaca Muerta y las inversiones en infraestructura abren la posibilidad de generar superávits

externos significativos en los próximos años. A ello se suma una economía del conocimiento con capacidades humanas desarrolladas gracias a décadas de inversión en educación pública y ciencia. No se trata de imaginar una superpotencia, sino de reconocer ventajas relativas que pueden fortalecer la posición externa si se articulan con una estrategia financiera consistente.

Sin embargo, ninguna fuente de divisas será suficiente si no se redefine la relación entre Estado, sistema financiero y acumulación de reservas. El alivio macroeconómico exige, antes que nada, cortar el circuito por el cual los dólares ingresan por la vía productiva y egresan por la vía especulativa. La pregunta no es sólo cómo exportar más, sino cómo impedir que las arcas públicas permanezcan estructuralmente perforadas. Mientras la renta extraordinaria se canalice hacia esquemas de valorización financiera que multiplican intereses y rollean deuda sin reducirla, el Banco Central seguirá funcionando en estado de vulnerabilidad crónica.

Las reservas, en este sentido, son el sistema inmunológico de la economía. Sin ellas, cualquier shock externo —una suba de tasas en Estados Unidos, una caída en los precios internacionales o un conflicto bélico— se convierte en crisis

interna. Con ellas, el Estado puede administrar tensiones sin trasladarlas automáticamente a los salarios y al costo de vida. Para una política del alivio, la acumulación de reservas no es acumulación por acumulación misma: es la condición macroeconómica que permite descomprimir el cuerpo social y evitar que cada turbulencia global se transforme en un nuevo ciclo de angustia colectiva.

Reservas, deuda y equilibrio geopolítico

La acumulación de reservas no puede ser un acto improvisado ni una consecuencia residual de un buen año exportador. Debe transformarse en política explícita, anunciada y cumplida. La experiencia internacional demuestra que la previsibilidad en la compra de divisas reduce volatilidad antes incluso de alcanzar grandes volúmenes acumulados. Cuando un Banco Central comunica metas claras —cuánto se comprará, en qué períodos y bajo qué condiciones estacionales— y efectivamente las cumple, el mercado internaliza que existe un rumbo. Y el rumbo, en economías frágiles, vale casi tanto como las reservas mismas.

Argentina posee una estacionalidad marcada en el ingreso de dólares: la cosecha gruesa, la variación de los precios

internacionales, el ciclo energético, el crecimiento de exportaciones de Vaca Muerta. Sobre esa base puede diseñarse un esquema de acumulación programada que no dependa de decisiones discrecionales sino de reglas transparentes. No se trata de sorprender al mercado, sino de domesticar la incertidumbre. La previsibilidad no se declama; se construye con cumplimiento sostenido.

Sin embargo, el problema argentino no se agota en la falta de divisas, la trampa es más profunda. El país es acreedor en términos privados y deudor en términos públicos. Mientras cerca de 300.000 millones de dólares de ahorro argentino permanecen fuera del sistema local, el Estado se financia a tasas elevadas y depende del rol financiero permanente para evitar el default. Los blanqueos permiten ingresos transitorios, pero no modifican la estructura que incentiva la externalización del ahorro. Exportamos, ingresan dólares, pero una parte significativa se evapora en pagos de intereses, refinanciaciones sucesivas y mecanismos de valorización que drenan reservas.

El Estado del alivio no puede desconocer esta realidad ni romper abruptamente con ella. No pagar la deuda implicaría un shock cuyos costos recaerían sobre la sociedad. Pero tampoco puede naturalizar un esquema en el que cada

dólar acumulado termina subordinado a la lógica financiera. La tarea consiste en administrar la transición: acumular reservas de manera sostenida, reducir gradualmente el riesgo país mediante cumplimiento macroeconómico y, a medida que disminuya la prima de riesgo, refinanciar pasivos a tasas más bajas. No es épica; es persistencia.

En este punto, el rol del Banco Central resulta decisivo. No debe actuar como simple caja del Tesoro ni como enclave tecnocrático aislado de la realidad social. Debe convertirse en estabilizador sistémico. Defender reservas, administrar flujos de capital, coordinar con la política fiscal y regular incentivos que promueven la fuga no implica estatizar el sistema financiero, sino reencuadrarlo en función del interés público. Sin reservas, cada tensión externa se convierte en corrida; con reservas, el Estado recupera capacidad de administración.

La dimensión geopolítica agrega complejidad. La deuda con el Fondo Monetario Internacional está atravesada por la influencia decisiva de Estados Unidos. Al mismo tiempo, existen alternativas de financiamiento y comercio vinculadas a otros polos de poder, como China o los BRICS, que permiten diversificar riesgos y reducir dependencia exclusiva del dólar en ciertas transacciones. En un mundo

fragmentado, la política macroeconómica no puede ser ingenua ni dogmática, las narrativas apocalípticas de “amigo-enemigo” solo cohartan posibilidades reales de afianzar un rumbo macroeconómico estable. Se requiere un equilibrio multilateral maduro: sostener compromisos, ampliar vínculos, evitar alineamientos automáticos y priorizar, en cada decisión, la estabilidad interna.

El alivio de los cuerpos depende, en última instancia, de este equilibrio externo. Sin estabilidad macroeconómica no hay horizonte; sin horizonte no hay tranquilidad posible. La acumulación de reservas, la administración responsable de la deuda y la diversificación geopolítica no son capítulos técnicos separados del proyecto político: son las condiciones que permiten reducir la ansiedad estructural que atraviesa a la sociedad argentina. El desafío consiste en salir de la lógica de la emergencia permanente y construir un régimen estable donde las reservas funcionen como amortiguador, no como botón transitorio.

Dos modelos de credibilidad

La política fiscal puede utilizarse como instrumento de estabilización o como espectáculo de obediencia. En el primer caso, el equilibrio presupuestario es una herramienta

técnica para evitar emisión descontrolada y reducir presión inflacionaria o endeudamiento. En el segundo, se convierte en una señal ideológica dirigida al mercado: demostrar que el gobierno está dispuesto a aplicar cualquier recorte, incluso a costa del deterioro social, con tal de garantizar el pago de la deuda.

La diferencia no es menor. Un superávit fiscal construido sobre la destrucción del empleo, el congelamiento jubilatorio, la paralización de la obra pública y la erosión del consumo interno puede mostrar disciplina contable, pero simultáneamente deteriora la estabilidad política y la capacidad productiva futura. El mercado no sólo evalúa voluntad de pago; evalúa sostenibilidad. Si el ajuste erosiona la base económica y genera incertidumbre institucional, el riesgo país no necesariamente descende, porque el problema deja de ser contable y se convierte en político.

Para una Argentina Vital, el Estado del alivio propone otra forma de construir credibilidad. El equilibrio fiscal no es un fetiche ni una bandera moral; es una condición necesaria para estabilizar la moneda. Pero la verdadera garantía de solvencia externa es la acumulación sistemática de reservas. Un país que acumula divisas de manera programada, que comunica metas explícitas y que las cumple, transmite una

señal más sólida que aquel que ajusta sin construir respaldo externo.

El ajuste demuestra voluntad de pago; las reservas demuestran capacidad de pago.

Sin reservas, cualquier tensión externa puede transformarse en corrida. Con reservas suficientes, el Estado recupera margen de maniobra y reduce la probabilidad de crisis abruptas. Esa diferencia es crucial para que el financiamiento externo, cuando sea necesario, pueda obtenerse a tasas razonables y en condiciones sostenibles.

La credibilidad duradera no se construye mediante el sacrificio social ilimitado, sino mediante solvencia estructural, previsibilidad macroeconómica y estabilidad institucional. El equilibrio fiscal es una pieza del engranaje; la acumulación de reservas es el ancla. Sólo la combinación de ambas puede ofrecer un horizonte consistente para una economía históricamente atrapada entre la emisión inflacionaria y la escasez crónica de dólares.

Tipo de cambio y política monetaria: entre la ficción del peso fuerte y el trauma de la devaluación

La Argentina ha vivido su política cambiaria como una sucesión de episodios traumáticos. Dólar barato para contener la inflación y sostener una sensación de prosperidad inmediata; megadevaluación correctiva para recomponer reservas y recuperar competitividad externa. Luego, la inflación se encarga de licuar el efecto de la devaluación y el ciclo vuelve a empezar. Una regla no escrita atraviesa nuestra historia reciente: cada gobierno tiene, al menos, una devaluación y un blanqueo para recomponer dólares. Eso no constituye una política monetaria; es administración crónica de emergencia.

El esquema actual (marzo de 2026) no escapa a esa lógica pendular. El tipo de cambio se sostiene mediante tasas de interés extremadamente elevadas que incentivan el carry trade, regulaciones cruzadas entre mercados, restricciones a giros de utilidades y ventas de divisas para evitar tensiones. No se trata de una estabilidad construida sobre fortaleza estructural, sino de una estabilidad inducida por instrumentos que tienen costos significativos sobre la economía real. La tasa alta puede contener transitoriamente la demanda de dólares (que sigue siendo elevada aún con

tasas altas), pero encarece el crédito productivo, desalienta inversión y reduce expansión industrial.

El dólar artificialmente barato produce alivio inmediato en algunos precios transables, pero erosiona competitividad exportadora, estimula importaciones y dificulta la acumulación de reservas. Se convierte en una ficción monetaria sostenida por intervenciones constantes. Cuando cambian las expectativas o el contexto externo se vuelve adverso, los capitales financieros que ingresaron atraídos por la tasa elevada pueden salir con la misma velocidad, amplificando la fragilidad.

El extremo opuesto tampoco ofrece solución. Una devaluación brusca genera salto inflacionario, deterioro del salario real y pérdida de previsibilidad. El problema argentino no es simplemente el nivel del tipo de cambio, sino la ausencia de un régimen cambiario creíble, coordinado con el resto de las variables macroeconómicas y sostenido en el tiempo.

El Estado del alivio propone abandonar tanto la ficción del peso fuerte sostenido artificialmente, como la épica de la devaluación correctiva. El tipo de cambio debe reflejar condiciones reales de competitividad, permitir acumulación

de reservas y articularse con una política fiscal ordenada y una estrategia comercial coherente. No se trata de elegir entre inflación o atraso cambiario, sino de construir previsibilidad.

Un dólar realista, acompañado por acumulación sostenida de reservas y disciplina fiscal (de progresión impositiva y eficiencia en el gasto), reduce la necesidad de tasas extremas y disminuye la dependencia de instrumentos de emergencia. La estabilidad cambiaria deja entonces de ser un espectáculo de intervención permanente y se convierte en consecuencia de una arquitectura macroeconómica consistente.

Recuperar credibilidad monetaria implica también desactivar la dolarización cultural como reflejo automático frente a la incertidumbre. Esa transformación no se logra con prohibiciones ni con retórica, sino con reglas claras, reservas suficientes y coherencia en el tiempo. Solo así el peso puede comenzar a consolidarse como moneda funcional y no como simple instrumento transitorio entre dos corridas.

Comercio exterior y producción nacional: entre la apertura sacrificial y el encierro improductivo

La política comercial argentina ha sido históricamente pendular. En un extremo, el cierre rígido y prolongado que buscó proteger la industria nacional aún cuando esa protección derivara en estructuras poco competitivas, precios elevados y baja innovación. En el otro, la apertura abrupta y desregulada que, bajo la promesa de abaratar bienes para el consumidor, terminó desarticulando entramados productivos enteros y precarizando el empleo.

La dictadura inauguró la apertura como doctrina, el menemismo la profundizó apoyado en un dólar artificialmente barato sostenido por privatizaciones y endeudamiento. El presente reedita la fórmula bajo el argumento de estabilizar precios mediante un peso sobrevaluado y la liberalización indiscriminada de importaciones. En todos los casos, el efecto estructural fue similar: destrucción del empleo industrial, aumento del trabajo informal y pérdida de capacidades productivas estratégicas.

El argumento del consumidor que compra más barato oculta una dinámica más profunda. El alivio inmediato en la

góndola puede transformarse rápidamente en angustia laboral cuando el trabajador pierde estabilidad. El Estado del alivio no puede confundir desinflación transitoria con estabilidad estructural. Una economía que abarata bienes a costa de destruir empleo de calidad erosiona, tarde o temprano, su propio mercado interno.

Más aún, el contexto internacional actual invalida cualquier lectura ingenua del aperturismo. Las grandes potencias protegen sectores estratégicos, imponen aranceles y desarrollan políticas industriales activas en el marco de una guerra comercial creciente. Abrirse de manera unilateral en un mundo que se cierra no es liberalismo sofisticado: es asimetría estructural. Y en el caso argentino, esa apertura ocurre además bajo un tipo de cambio sobrevaluado que multiplica el impacto negativo sobre la producción local.

Sin embargo, el encierro permanente tampoco es solución. La protección indefinida genera rentas cautivas, oligopolios y precios desalineados con estándares internacionales. El ejemplo del sector textil muestra los límites de un esquema cerrado que no logra traducirse en eficiencia ni en accesibilidad para el consumidor.

El Estado del alivio propone una vía distinta: apertura estratégica de precisión. Diseccionar sector por sector, establecer metas concretas de reconversión tecnológica, fijar plazos y condicionar protección a inversión, innovación y mejora de productividad. La apertura no debe ser un shock que liquida capacidades, sino un proceso graduado que fortalece competitividad.

La Argentina no puede ni debe competir vía salarios bajos. Esa vía erosiona la cohesión social y contradice el principio mismo del alivio corporal. La competitividad debe construirse a partir de tecnología, crédito accesible, infraestructura eficiente, energía competitiva y transferencia de conocimiento. Proteger el trabajo nacional no implica congelarlo en baja productividad; implica darle condiciones para evolucionar.

En ese marco, la política comercial se articula con la geopolítica. La transferencia tecnológica, practicada con éxito por potencias emergentes, requiere negociación inteligente y multilateralismo equilibrado promoviendo el acceso al mercado interno a cambio de inversión productiva y generación de capacidades locales. Ni alineamiento automático ni aislamiento dogmático: pragmatismo estratégico al servicio del desarrollo.

El objetivo no es clausurar la economía ni exponerla al dumping global, es construir, paso a paso, un entramado industrial más competitivo, más tecnológico y más integrado al mundo sin sacrificar el empleo de calidad. Porque en última instancia, la política comercial no se mide en aranceles, sino en estabilidad laboral, previsibilidad productiva y capacidad de sostener el tiempo de vida de quienes trabajan.

A partir de esta arquitectura, la pregunta deja de ser cómo resistir la próxima crisis cambiaria y pasa a ser cómo reorganizar la vida económica concreta: el trabajo, el crédito, la vivienda, la producción cotidiana. La macroeconomía, entonces, no se cierra en sí misma; se convierte en el suelo firme sobre el cual comienza el verdadero desafío: recomponer la economía real y descomprimir, de manera tangible, la experiencia diaria de quienes habitan el país.

La Micro

Si la macroeconomía organiza el sistema circulatorio, la microeconomía es el pulso, es el ritmo concreto con el que late la vida cotidiana. No se mide en puntos básicos ni en riesgo país; se mide en insomnio, en cuentas que no cierran, en discusiones familiares a fin de mes, en el miedo a que suene el teléfono del banco o de la fintech.

Quienes habitamos la economía desde el cuerpo no empezamos el día mirando la cotización en Wall Street. Empezamos mirando el saldo de la cuenta. No preguntamos cuánto rindió el bono soberano, sino cuánto falta para pagar la tarjeta. No analizamos la tasa de interés internacional, sino la tasa que nos cobra el crédito que usamos para cubrir el descubierto. La microeconomía es esa experiencia repetida varias veces por día: ¿alcanza?, ¿subió?, ¿me quedo?, ¿me echan?, ¿vendo?, ¿pierdo clientes?, ¿puedo alquilar?, ¿qué pasa si me atraso?

Ahí aparece el concepto que ya trabajamos en la primera parte del libro: el estrés financiero. No como metáfora, sino como experiencia fisiológica. Un estrés que no surge de malas decisiones individuales, sino de un entorno estructural que empuja a la deuda permanente, a la

refinanciación constante y a la incertidumbre crónica. Familias que pagan la tarjeta con un crédito de fintech, que cubren una cuota con otra, que viven en una rueda que no entienden del todo pero que sienten en el cuerpo. Trabajadores que no saben si su salario empatará a la inflación. Comerciantes que dudan si aumentar precios los hará perder ventas. Operarios que miran el noticiero, ven el cierre de fábricas importantes y se preguntan si su fábrica seguirá existiendo.

Para ciertas miradas tecnocráticas, todo esto son “daños colaterales” de un proceso mayor. El dirigente que declara que no está para “el número chiquito” expresa esa distancia: la idea de que lo verdaderamente importante ocurre en los grandes agregados y que lo demás se acomodará solo. Pero lo que para algunos es un número menor, para millones es experiencia total. La economía no se vive en porcentajes; se vive en angustia o en tranquilidad.

Por eso, en un Estado del alivio, la microeconomía no es el efecto secundario de la macro: es su finalidad. No ordenamos las variables externas para exhibir disciplina; las ordenamos para que la vida cotidiana deje de ser una carrera de obstáculos. La estabilidad cambiaria tiene sentido si reduce la inflación del supermercado. La acumulación de

reservas importa si evita que cada crisis termine en salto de precios y pérdida salarial. El equilibrio fiscal es virtuoso si impide que el ajuste recaiga siempre sobre jubilados, trabajadores y pequeños productores.

Mirar la economía real implica asumir que el crédito para el consumo o para la producción no es un detalle, sino un nodo central. Que la mora creciente en bancos y fintech no es solo un dato financiero, sino un síntoma social. Que el precio del alquiler, el acceso a la vivienda, el costo de la energía y el transporte son variables estructurales del bienestar. Que el empleo industrial no es una estadística sectorial, sino la diferencia entre estabilidad y precariedad para miles de familias.

La microeconomía es también el entramado productivo concreto: el taller, la PyME, la fábrica que compite con importaciones, el pequeño comercio que sostiene al barrio y los vínculos. Cuando la apertura es abrupta y el tipo de cambio está desalineado, lo que se destruye no es una abstracción; son puestos de trabajo, saberes acumulados, redes sociales. Y cuando el crédito productivo es inaccesible porque la tasa se fija para sostener un esquema financiero, lo que se posterga es la inversión real, la que cambia la ecología

de los cuerpos que podrían trabajar formalmente, con estabilidad y dignidad.

Por eso hablamos de dirigentes con credencial corporal. No alcanza con comprender técnicamente los indicadores; hay que sentir lo que esos indicadores producen. La política económica no puede ser un laboratorio aislado de la experiencia social. Necesita técnicos que sepan leer balances, pero también que entiendan lo que significa no llegar a fin de mes. Que sepan que detrás de cada punto de inflación hay discusiones familiares, y detrás de cada cierre de fábrica hay historias biográficas interrumpidas.

En esta perspectiva, la economía real se convierte en el centro gravitacional del proyecto político. No se trata de negar la macroeconomía, sino de invertir la jerarquía simbólica: la macro es instrumento, la micro es propósito. El orden externo, la estabilidad monetaria y la disciplina fiscal son medios para reconstruir algo más elemental: la tranquilidad cotidiana.

La pregunta que tiene que orientar esta etapa del país ya no es cuánto sube el dólar, sino cuánto baja la angustia. No es cuántos puntos de superávit exhibimos, sino cuántas familias dejan de endeudarse para sobrevivir. No es si el

mercado confía, sino si la población puede planificar su semana sin miedo. Nuestros cuerpos ya no pueden resistir muchos más años de este estrangulamiento vital.

Desde aquí se abre el siguiente movimiento: pensar políticas concretas sobre empleo, crédito, vivienda, ingresos, regulación financiera y consumo. Pensar cómo desactivar la rueda del endeudamiento, cómo fortalecer el trabajo formal, cómo recomponer poder adquisitivo sin desestabilizar la macro. La economía real exige precisión, pero también empatía estructural.

Si la macroeconomía construye el suelo firme, la microeconomía define qué vida es posible sobre ese suelo. Y es allí, en la experiencia cotidiana de los cuerpos, donde se juega en última instancia la legitimidad de cualquier proyecto económico.

La economía del encierro

En los últimos años se fue consolidando una sensación persistente, difícil de nombrar pero imposible de ignorar: la de estar atrapados dentro de una estructura económica que no deja margen de movimiento. No se trata solo de que el salario rinda menos o de que los precios suban más rápido

que los ingresos. Se trata de algo más profundo: la experiencia cotidiana de que trabajar ya no garantiza estabilidad, que el esfuerzo adicional no abre horizonte y que cada intento por mejorar termina absorbido por alquileres, deudas, tasas de interés o impuestos indirectos. La macroeconomía, que debería organizar condiciones para la vida, se convirtió en una caja que estrecha opciones. Dentro de ella, la única estrategia disponible parece ser sobreexplotarse: más horas, más empleos, más desgaste, sin que eso asegure salir del mismo lugar.

Este encierro no afecta únicamente a quienes están en la informalidad o al borde de la exclusión. También alcanza a trabajadores formales, pequeños emprendedores, profesionales y comerciantes que descubren que el crecimiento personal depende menos del trabajo productivo que de la posición previa de partida o del acceso a capital heredado. La economía dejó de premiar el trabajo como motor de movilidad y comenzó a privilegiar la renta, la especulación o la pertenencia a circuitos concentrados de capital social. Así, el salario perdió centralidad como organizador de la vida y el trabajo dejó de ser una vía confiable de progreso. Lo que emerge es una microeconomía del agotamiento: una sociedad que trabaja más, gana relativamente menos y vive con menor previsibilidad,

atrapada en un esquema que reduce el horizonte a la pura subsistencia.

Cómo el salario dejó de ser central

Durante años discutimos nombres propios, coyunturas, adversarios, disputas electorales, tapas de diarios, operaciones mediáticas, traiciones, internas y épicas que iban y venían, mientras debajo de esa superficie ruidosa se producía un desplazamiento mucho más profundo y mucho más peligroso: el salario iba perdiendo su lugar en el corazón del sistema económico argentino. No cayó de un día para el otro, no fue un derrumbe espectacular que pudiera atribuirse a una sola gestión, a un solo decreto o a un solo ministro, fue un desgaste progresivo, una erosión que combinó inflación persistente, productividad creciente, estancamiento del PBI, concentración y extrangerización de la economía y una financiarización cada vez más agresiva que fue drenando valor desde el trabajo hacia otras formas de acumulación.

Durante buena parte de las últimas décadas, la productividad aumentó en varios sectores, se tecnificó el campo, se automatizaron procesos industriales, se incorporaron tecnologías digitales, se optimizaron cadenas

logísticas, pero ese aumento de productividad no se tradujo en una mejora sostenida del salario real, la diferencia que se obtuvo no fue invertida en mayor productividad o mayor calidad de vida para las personas. Al contrario, los precios crecían, los costos financieros crecían, la presión impositiva se volvía más regresiva en algunos tramos, y el salario quedaba atrapado en una carrera en la que siempre llegaba tarde. No generábamos más riqueza agregada de manera consistente, el PBI se estancaba en términos per cápita desde comienzos de la década pasada, y la riqueza existente se concentraba con mayor intensidad y se drenaba a la especulación o a la fuga de capitales.

Ese proceso no fue lineal ni uniforme, hubo momentos de recuperación parcial, hubo políticas que intentaron recomponer ingresos, hubo negociaciones paritarias más o menos exitosas, pero el movimiento de fondo fue otro: el salario dejó de ser el eje ordenador de la economía y pasó a ser la variable de ajuste permanente. Cada vez que había que estabilizar, se ajustaba por salario; cada vez que había que corregir una distorsión externa, se ajustaba por salario; cada vez que había que recuperar competitividad, se ajustaba por salario. Así, lentamente, se naturalizó la idea de que el trabajo debía adaptarse, ceder, esperar, sacrificarse en

nombre de una promesa futura que rara vez se materializaba en una mejora estructural.

Lo más grave es que durante mucho tiempo no quisimos poner ese proceso en el centro del debate estratégico. Discutíamos contra actores externos, contra enemigos reales o imaginarios, mientras el salario se erosionaba desde adentro. No se trató solo de la acción de una derecha que históricamente vino a disciplinar al trabajo, también hubo errores de lectura, errores de timing, incomprendiones del cambio global, una subestimación de la financiarización y de la magnitud del desplazamiento que estaba ocurriendo. El mundo giraba hacia un capitalismo cada vez más concentrado, más financiero, más extractivo en la periferia, que se trasladó luego de la crisis del 2008 hacia las tecnológicas, y nosotros seguimos discutiendo con categorías que ya no alcanzaban para describir la nueva configuración del poder económico.

Cuando el capital deja de necesitar al trabajo

El punto de quiebre no fue simplemente que el salario perdió poder adquisitivo, sino que el capital comenzó a desacoplarse del trabajo como motor central de acumulación. En la Argentina contemporánea, el capital

invierte donde tiene renta extraordinaria, donde tiene protección monopólica o donde puede obtener ganancias financieras rápidas y seguras, pero no necesariamente donde se valoriza el trabajo argentino.

La evidencia es clara. La inversión extranjera directa de los últimos años se concentró mayoritariamente en sectores extractivos, minería y energía, enclaves intensivos en capital y tecnología que requieren relativamente poca mano de obra directa en relación con el volumen invertido. El campo, cada vez más tecnificado, exporta con eficiencia, pero emplea menos personas por unidad de producción que décadas atrás. Mientras tanto, la industria, la construcción y el comercio, que históricamente fueron grandes generadores de empleo, captan una proporción menor de nuevas inversiones y, en muchos casos, funcionan con altos niveles de capacidad ociosa.

A esto se suma un sistema financiero que ofrece rendimientos en pesos muy superiores a los de la producción, con instrumentos de corto plazo que permiten ganancias significativas sin riesgo productivo, sin empleados, sin convenios colectivos, sin sindicatos. Si una empresa puede obtener una rentabilidad mensual relevante mediante títulos públicos o instrumentos financieros

protegidos por la política del Banco Central, ¿por qué arriesgaría capital en una planta industrial con consumo deprimido, salarios bajos y demanda incierta?

El resultado es un desplazamiento estructural: el trabajo deja de ser una opción racional de inversión para el capital. No porque el trabajador argentino haya perdido capacidad o conocimiento, sino porque el diseño macroeconómico, los incentivos financieros y la estructura rentística hacen más atractiva la especulación que la producción. El salario, entonces, no cae solo por inflación; cae porque el modelo deja de necesitarlo como condición para reproducir la ganancia.

En ese contexto, el trabajo se convierte en costo a minimizar y no en fuente de creación de valor compartido. Se precariza, se fragmenta, se informaliza, se multiplica en pluriempleo, mientras el capital busca refugio en enclaves garantizados o en circuitos financieros. Ese es el núcleo del problema argentino actual.

El cuerpo como variable de ajuste

Cuando el salario pierde centralidad, no es solo una estadística la que se modifica, es la vida concreta de millones de personas la que se reorganiza en torno a la supervivencia.

La pérdida de poder adquisitivo no se traduce únicamente en menor consumo de bienes durables, se traduce en estrés financiero crónico, en jornadas laborales extendidas, en endeudamiento permanente para pagar gastos básicos, en alquileres que absorben la mitad del ingreso, en créditos fintech con tasas usurarias que encadenan a las familias a una espiral de mora y refinanciación.

La microeconomía real no se vive como una tabla de Excel, se vive como angustia cotidiana. La pregunta no es cuánto rinde un bono en Wall Street, sino cuánto queda en la cuenta bancaria después de pagar la tarjeta, la luz, el gas y el alquiler. El deterioro del salario es también deterioro del tiempo libre, de la salud mental, de los vínculos familiares. Es el cuerpo el que absorbe el ajuste.

Ese desgaste tiene consecuencias políticas. Una sociedad que naturaliza que trabajar ocho horas no alcanza para vivir está naturalizando una forma de desigualdad estructural que erosiona la legitimidad del sistema en su conjunto. Si el trabajo no garantiza una vida digna, la promesa básica del orden económico se quiebra. Y cuando esa promesa se quiebra, la frustración puede canalizarse de múltiples maneras, incluyendo opciones políticas que prometen soluciones radicales o mesiánicas.

No es casual que el deterioro del salario haya sido uno de los antecedentes del escenario político actual. Cuando el trabajo deja de ser horizonte de progreso y se convierte en trampa de subsistencia, el malestar se acumula y busca salida.

El salario como categoría organizadora de la mircroeconomía

Por eso la propuesta no es simplemente “mejorar salarios” como una consigna moral o electoral, es, en cambio, recuperar el valor de la hora trabajada como categoría organizadora del modelo económico. Recuperar el salario no es un gesto redistributivo aislado, es una condición para que el capitalismo argentino vuelva a producir en lugar de especular.

Si el trabajo vuelve a ser una opción racional de inversión, si el capital encuentra en la producción y en el empleo una rentabilidad sostenible y no meramente financiera, entonces el salario deja de ser variable de ajuste y se convierte en motor de demanda, en base de estabilidad social y en fundamento de previsibilidad macroeconómica.

Eso implica un cambio de incentivos gradual pero firme. Implica desincentivar la renta financiera extraordinaria, regularla como lo hacen muchos países desarrollados,

construir fondos anticíclicos que capturen una parte de las ganancias excepcionales de sectores extractivos y financieros, y utilizar esos recursos para aliviar a las familias y dinamizar la economía real. No se trata de destruir el capital ni de imponer sacrificios mesiánicos, sino de reequilibrar un sistema que se desvió hacia la especulación.

El valor del trabajo no se recupera solo por decreto, pero tampoco se recupera sin decisión política. Requiere estabilidad macroeconómica, acumulación de reservas, previsibilidad cambiaria, pero también requiere que una parte de las rentas extraordinarias contribuya a sanear la economía interna. Sin ese aporte, el costo siempre recae sobre el cuerpo de las personas.

Inversión productiva y reorientación del ahorro

Fomentar inversiones no puede significar reproducir un esquema de enclave en el que el capital llega, extrae recursos, importa insumos y personal, y se retira con la renta. Los datos de los últimos años muestran con claridad el riesgo de esa deriva. Entre 2006 y 2026 la Formación Bruta de Capital Fijo en Argentina osciló en un promedio históricamente bajo, entre el 14% y el 17% del PBI, cuando la literatura sobre crecimiento sostenido indica que se requieren niveles

superiores al 23% para consolidar procesos de desarrollo estructural. El máximo de las últimas décadas se registró en el período 2007-2011, impulsado por el ciclo favorable de commodities; el mínimo reciente ocurrió en 2024, cuando la inversión cayó por debajo del 14% del PBI, afectada por la contracción de la obra pública y la incertidumbre cambiaria. Esa dinámica de “serrucho” no es solo estadística: es la expresión de una economía que no logra estabilizar un horizonte productivo de largo plazo.

En ese mismo período, la Inversión Extranjera Directa acumuló un stock cercano a los USD 171.795 millones hacia fines de 2024, con un flujo promedio de apenas USD 166 millones mensuales en términos históricos. Sin embargo, el problema no es únicamente la magnitud sino la composición. En 2025, el flujo neto de IED rondó los USD 12.500 millones, pero el 62% se concentró en minería y energía, particularmente en Vaca Muerta y el litio. Solo la minería explicó USD 5.900 millones, con un crecimiento anual del 8,5%, mientras que las inversiones energéticas superaron los USD 8.000-9.000 millones anuales entre 2024 y 2025. Son sectores intensivos en capital, tecnológicamente sofisticados, pero con bajo impacto directo en empleo masivo: un proyecto de litio puede demandar USD 800 millones y generar apenas 300 o 400 puestos de trabajo

permanentes. La industria manufacturera y el comercio, en cambio, captaron apenas entre el 15% y el 20% de la IED, y en muchos casos lo que se registró como “inversión” fue reinversión forzada de utilidades ante restricciones cambiarias, no nuevas plantas ni expansión de capacidad.

El resultado es una estructura productiva escindida. Mientras la refinación de petróleo operó en 2025 al 87,1% de su capacidad instalada, la industria automotriz cayó al 31,2% y la metalmecánica al 38,9%. La utilización promedio de la capacidad instalada industrial cerró en 53,8%, uno de los niveles más bajos en casi dos años. La Formación Bruta de Capital Fijo cayó 6,0% en el tercer trimestre de 2025 y la construcción se ubicó 24% por debajo de los niveles de 2023, afectada por el freno de la obra pública. Es decir: la economía que genera empleo intensivo está operando a media máquina, mientras la economía extractiva crece desconectada del entramado productivo interno.

En paralelo, el sistema financiero mostró una dinámica inversa. Los depósitos totales crecieron un 10% en términos reales hacia finales de 2025, los títulos públicos en pesos (Lecaps y Boncaps) ofrecieron rendimientos proyectados del 35% al 38% anual, con tasas mensuales del 3% al 4%, y el arbitraje financiero permitió retornos en dólares de entre

2% y 4% mensual durante buena parte de 2024 y comienzos de 2025. Frente a ese escenario, la comparación de incentivos es brutal: mientras una fábrica necesita entre cinco y siete años para recuperar su inversión, con riesgo de demanda deprimida y capacidad ociosa del 46%, el sistema financiero ofrece liquidez inmediata y rentabilidad elevada con mínima generación de empleo. El capital, racionalmente, elige la bicicleta.

Así se configura lo que podría llamarse una Argentina de dos velocidades: una economía extractiva que genera divisas y mejora reservas, una economía industrial que se estanca o retrocede, y un sistema financiero que absorbe la liquidez y profundiza su rentabilidad. El problema no es moral sino estructural: si las tasas reales resultan suficientemente atractivas, el ahorro interno queda estacionado en instrumentos financieros en lugar de convertirse en maquinaria, tecnología o ampliación de capacidad productiva. La reducción gradual de tasas, combinada con crédito dirigido y garantías públicas que disminuyan riesgo, no son un capricho intervencionista sino una condición para modificar esa ecuación de incentivos.

Pero esa reorientación del ahorro hacia la producción no será efectiva si no se reactiva el consumo básico. Una

economía puede mostrar equilibrio macro y, sin embargo, tener su mercado interno anestesiado por el sobreendeudamiento y la caída del salario real. Desendeudar familias no es solo una medida social; es una intervención macroeconómica que libera flujo hacia el consumo, reduce la morosidad sistémica y disminuye la probabilidad de burbujas financieras asociadas al crédito usurario. En un contexto donde la inversión financiera crece a tasas reales del 25% anual mientras la inversión industrial oscila entre -4% y +2%, el alivio focalizado sobre los sectores más endeudados se convierte en un puente entre la estabilización y el desarrollo.

La discusión, entonces, no es si necesitamos inversión, sino qué tipo de inversión y bajo qué estructura de incentivos. Si el capital obtiene mayor rentabilidad en el arbitraje que en la producción, la desindustrialización se vuelve un resultado lógico. Si, en cambio, la rentabilidad futura se asocia al volumen, a la estabilidad y a un mercado interno con capacidad de consumo, el cálculo cambia. Ganar por cantidad y previsibilidad, no por márgenes extraordinarios en un mercado deprimido. La reorientación del ahorro interno hacia la economía real exige diálogo político con el empresariado, pero también una señal clara: el futuro no está en el enclave extractivo ni en la renta financiera de corto

plazo, sino en la reconstrucción de un tejido productivo capaz de absorber trabajo, generar ingresos y expandir el horizonte de la vida económica, para expandir el margen vital de los cuerpos que trabajan.

La macro sirve si llegás a fin de mes

En última instancia, el eje rector de este proyecto es simple y concreto: que trabajar ocho horas vuelva a permitir vivir con tranquilidad. Que el salario no sea una variable residual, sino la base sobre la cual se construye la estabilidad macroeconómica y la cohesión social.

Recuperar el valor del trabajo no significa cerrar la economía ni caer en dogmatismos pendulares. Significa diseñar un modelo que evite tanto el encierro improductivo como la apertura salvaje que deja a empresas sin herramientas en una selva global. Significa reconocer que no somos una potencia que impone condiciones, pero tampoco una colonia condenada a exportar recursos sin construir desarrollo interno.

Y para recuperar el trabajo como columna vertebral de la microeconomía, el salario fue y sigue siendo el campo de batalla.

Las deudas como frontera del cuerpo

Carlos es un compañero de trabajo, hace unos días estuvimos charlando porque se reincorporó al trabajo luego de una enfermedad muy grave. Hablamos de su salud, de la familia, de su hijo que ya está enorme, del trabajo de su señora, de política, de fútbol, y obviamente chusmeamos cosas del trabajo. Pero en un momento la charla derivó en su situación económica (hoy es casi imposible no hablar de eso). Me contó que estaba preocupado por el alquiler, que se lo quieren aumentar y no sabe si se va a tener que mudar, pero que lo que no lo dejaba dormir era ver cómo hacía para pagar un préstamo que había sacado para poder pagar una deuda con la tarjeta de crédito con la que estuvo financiando compras de alimentos, medicamentos y servicios. Me lo contó con una mezcla de indignación, angustia y miedo, y realmente no supe que decirle, solo enterarme cuál puede ser el próximo capítulo de mi -también endeble- situación financiera si ocurriera algún imprevisto que me obligara a hacer gastos adicionales a la supervivencia. Claudio es un buen compañero, responsable, siempre laburó, su señora también, pero parece que con eso hoy no alcanza.

Hay un momento histórico en el que el salario deja de ser una variable económica y se convierte en una frontera biológica. No es solamente lo que se cobra por hora, no es solamente el número que figura en el recibo, es la línea que separa un sistema nervioso en alerta permanente de un sistema nervioso que puede descansar, es la diferencia entre un cuerpo tensionado por la anticipación de la deuda y un cuerpo que puede proyectar. En la Argentina reciente, esa frontera se desplazó hacia abajo. La hora trabajada no solo perdió poder adquisitivo: perdió capacidad de aliviar el miedo anticipatorio de las deudas.

Cuando el salario se achica y la deuda crece, lo que se comprime no es solo el consumo: se comprime el pecho, se acorta la respiración, se altera el sueño, se reduce la capacidad de pensar a mediano plazo. Por eso, si queremos recuperar el valor de la hora trabajada, el primer movimiento no puede ser simbólico ni declamativo: tiene que ser fisioeconómico. Hay que descomprimir.

Radiografía de una renta concentrada

En 2025, los bancos argentinos cerraron con utilidades netas del orden de USD 2.450 millones, con un retorno de renta cercano al 4,4% . La composición de esa ganancia fue

clara: 45% proveniente de títulos públicos, 35% de préstamos al sector privado y 20% de servicios y comisiones . Es decir, una parte sustantiva de la renta financiera sigue descansando en la intermediación con el Estado y en el crédito a familias y empresas.

En paralelo, el ecosistema fintech facturó alrededor de USD 1.850 millones y obtuvo utilidades netas estimadas en USD 380 millones, concentradas mayoritariamente en tres jugadores dominantes (BCRA, 2025). Las tasas nominales que superan el 80% anual en microcréditos no son una abstracción contable: son noches sin dormir, son discusiones familiares, son decisiones postergadas por miedo.

Aquí no se trata de demonizar al sistema financiero. Se trata de entender que, bajo las reglas actuales, la supervivencia cotidiana se transformó en activo rentable. La deuda de subsistencia se convirtió en uno de los motores de la rentabilidad. Y eso tiene consecuencias económicas, pero también neurológicas.

De Mercado Pago a Mercado Deuda

Entre 5,2 y 5,7 millones de personas mantienen deudas activas con fintech, y aproximadamente 3,8 millones

pertenecen al sector informal o de bajos ingresos que utiliza esos fondos para subsistencia . El saldo promedio ronda \$1.200.000 por persona a inicios de 2026 , y el 70% de ese financiamiento se destina a alimentos, medicamentos y servicios básicos .

La morosidad alcanzó el 24,6% en febrero de 2026 . Uno de cada cuatro hogares que pidió dinero para comer o pagar la luz ya no puede devolverlo. La deuda nominal en mora de este sector asciende a unos USD 1.400 millones , pero en el mercado secundario esas carteras se transan entre el 5% y el 15% de su valor nominal . Tomando una valuación conservadora del 10%, el costo de compra para el Estado sería del orden de USD 140 millones .

El dato técnico es contundente, pero lo decisivo es su traducción corporal: millones de personas viven con la amenaza de llamadas, mensajes, intereses acumulados, refinanciaciones que nunca terminan. Esa presión sostenida activa mecanismos de estrés crónico que reducen la capacidad de concentración, aumentan la irritabilidad, deterioran la salud mental y física. La deuda no es solo un pasivo contable; es una carga fisiológica.

Plástico

En el sistema bancarizado, alrededor de 11,5 millones de personas mantienen saldos pendientes en tarjetas de crédito, con una deuda promedio cercana a \$3.700.000 . El 46% de las compras en supermercados se realiza con tarjeta , y buena parte de ese gasto corresponde a alimentos, medicamentos y servicios.

El costo financiero total oscila entre 157% y 200% anual , y cerca del 35% de los usuarios queda atrapado en la refinanciación permanente. La morosidad bancaria de familias llegó al 9,3%, con aproximadamente \$2,7 billones en mora técnica en consumo.

Y acá una idea emerge como respuesta. Recuerdo que en 2008 los Estados salieron a rescatar Bancos por la crisis de deuda hipotecaria o burbuja inmobiliaria. Si el Estado adquiriera esa cartera irregular al 20% de su valor, el costo rondaría los USD 540 millones . Sumados los segmentos fintech y bancario, el rescate total de la deuda en mora por consumo básico ascendería a unos USD 680 millones , cifra equivalente al 27% de las utilidades netas del sistema financiero de un solo año.

La economía argentina produce en doce meses suficiente renta financiera como para limpiar la totalidad de la deuda tóxica de subsistencia acumulada en ese mismo período. La pregunta no es si se puede; la pregunta es si se quiere.

El Fondo de Desendeudamiento: técnica y alivio

Un gravamen extraordinario del 20% sobre utilidades netas del sector financiero recaudaría aproximadamente USD 566 millones anuales, con ese monto, el Estado podría adquirir la totalidad de la deuda en mora informal y una parte sustantiva de la bancaria a valores de mercado, generando incluso un excedente.

La operación es técnica, pero su efecto es humano. Una familia cuya deuda nominal de \$1.000.000 fue adquirida por el Estado al 15% —\$150.000— podría enfrentar un esquema de devolución por \$300.000, en cuotas que no superen el 20% de su ingreso. El Estado recupera más de lo invertido reincorporándolo al fondo para sanear otras deudas de familias, el sistema limpia balances y la familia reduce drásticamente su carga.

Pero lo esencial no es solo la ecuación financiera. Lo esencial es que el ingreso liberado deja de destinarse a intereses usurarios y vuelve al consumo real. Con una propensión

marginal a consumir cercana a uno en estos sectores, cada peso liberado se transforma inmediatamente en demanda efectiva, con un impacto estimado entre 2,5 y 3,8 puntos del PBI en el primer año .

Eso significa fábricas con más turnos, comercios con más ventas, empleo que se recompone. Significa también algo menos visible pero decisivo: cuerpos que bajan varios puntos la tensión basal.

Relajar para producir, producir para relajar

La industria operó en 2025 al 60% de su capacidad instalada, o sea que existe margen para expandir producción sin presionar inmediatamente sobre los costos. Si el alivio se implementa de manera gradual, coordinado con acuerdos sectoriales y monitoreo de oferta, el riesgo inflacionario puede administrarse.

Sin embargo, incluso esta dimensión macroeconómica debe leerse en clave corporal. Una economía que solo ajusta por salario y por miedo es una economía que deteriora la salud colectiva, una economía que ordena la macro pero ignora la ansiedad social, genera una bomba política. El desendeudamiento masivo no es un gesto asistencial: es una

política de estabilización integral. Reduce el riesgo sistémico financiero, pero también reduce el riesgo sistémico social.

Porque cuando millones de personas viven en estado de alerta, la conflictividad se acumula, y el mercado, que también contempla expectativas, sabe entender que no hay previsibilidad posible para la ganancia sobre un suelo de cuerpos exhaustos.

Recuperar la hora, recuperar el tiempo

Recuperar el valor de la hora trabajada no es solo mejorar el salario nominal; es impedir que esa hora nazca ya hipotecada. Es permitir que el trabajador no destine su energía psíquica a calcular cómo llegar a fin de mes, sino a pensar cómo crecer, cómo aprender, cómo crear. El alivio financiero es, en este sentido, una política de salud pública.

Si el capitalismo acelerado nos convirtió en cuerpos agotados por la presión del pluriempleo, la deuda y la captura de la atención, el Estado del alivio debe empezar por liberar, liberar el ingreso, pero también liberar el sistema nervioso, liberar el tiempo mental.

El plan de desendeudamiento es una herramienta técnica rigurosa, sustentada en cifras concretas, financiable con una

porción razonable de la renta financiera existente. Pero su sentido último es más profundo: descomprimir la caja macroeconómica que aprisiona a los cuerpos y devolverles margen vital.

Un límite a la aspiradora financiera

Hay una pregunta que no puede eludirse si este proyecto pretende ser algo más que un gesto moral o un simple traslado contable: ¿qué impide que el sistema financiero recupere por la vía de la tasa lo que el Estado le quite por la vía del gravamen? Porque si el impuesto a la renta extraordinaria termina traduciéndose en un aumento de intereses al consumo, entonces nada habrá cambiado, el Estado habrá captado recursos para el fondo de alivio, pero los bancos y las fintech habrán recompuesto su rentabilidad drenando nuevamente el salario, y el costo volverá, como siempre, al mismo lugar del que intentábamos sacarlo, al cuerpo que trabaja.

Por eso esta política no puede ser solo tributaria, debe ser estructural, debe intervenir simultáneamente en la arquitectura de incentivos y en el marco regulatorio, porque el problema no es únicamente cuánto gana el sistema financiero, sino cómo lo gana y sobre quién descarga el

ajuste cuando su margen se reduce. Si el régimen vigente permite el traslado automático a tasa, el salario seguirá siendo la variable de ajuste permanente y cualquier mejora nominal quedará neutralizada por la aspiradora del interés compuesto, que no necesita violencia física para expropiar, le alcanza con una planilla de cálculo.

El primer movimiento, entonces, es explícito: la ley que cree el Fondo Anticíclico de Alivio Familiar debe incorporar una cláusula de no traslado a tasa durante el período de vigencia del gravamen, habilitando al Banco Central a fijar bandas máximas de spread para créditos al consumo y a monitorear el margen financiero neto sobre activos de las entidades alcanzadas, no como congelamiento arbitrario sino como regulación técnica de sectores sistémicos, del mismo modo en que se regulan tarifas energéticas o telecomunicaciones cuando el mercado, por su concentración, no se disciplina por sí solo. No se trata de intervenir caprichosamente, sino de impedir el pass-through automático del impuesto hacia el trabajador endeudado que todavía no entró en mora.

Pero regular no alcanza si no se modifican simultáneamente los incentivos. Una parte sustancial de la rentabilidad bancaria reciente provino del arbitraje con instrumentos públicos, de tasas elevadas que ofrecían rendimientos

seguros muy por encima del crecimiento de la economía real, generando un ecosistema donde resultaba más rentable financiar al propio Estado que financiar producción o consumo sostenible. Si el Estado reduce gradualmente esa renta extraordinaria del carry trade y reorienta el negocio financiero hacia el crédito productivo e hipotecario estable, el sistema pierde margen para compensar subiendo tasas al consumo sin perder mercado. No se trata de asfixiarlo, sino de desplazar su centro de gravedad, de una rentabilidad especulativa de corto plazo a una rentabilidad vinculada al desarrollo interno.

En paralelo, la banca pública debe funcionar como disciplinadora concreta y no como enunciado. Si el Banco Nación, el BICE y las entidades provinciales ofrecen refinanciaciones razonables y líneas de consumo reguladas, las fintech y los bancos privados no podrán elevar tasas sin arriesgar cartera, porque la competencia real, cuando existe, es más eficaz que cualquier decreto. En el marco de otros proyectos que puedan financiar créditos a través de captura de renta extraordinaria, comenzamos a subordinar al sistema financiero otra vez hacia la lógica de la economía real, basada en la productividad y el trabajo.

Hoy muchas plataformas cobran lo que quieren porque no existe alternativa para el trabajador informal o precarizado; si esa alternativa aparece, el precio del crédito comienza a ordenarse. A su vez, el diseño del gravamen puede incorporar progresividad según conducta, estableciendo alícuotas menores para entidades que mantengan spreads dentro de parámetros razonables y mayores para aquellas que los excedan, transformando el impuesto en una herramienta de ingeniería de incentivos y no en un castigo ideológico. El mensaje es claro: quien acompañe el proceso de estabilización social paga menos, quien intente compensar vía usura paga más. Es un reequilibrio del poder de negociación dentro del propio capitalismo argentino.

Hay además un componente estructural que debe ser explicitado, porque suele omitirse en el debate público: si el Estado compra y limpia cartera incobrable, reduce riesgo sistémico, mejora balances y disminuye provisiones por mora, lo que constituye un beneficio financiero concreto para las entidades. Es decir, el sistema no solo pierde con el gravamen, también gana con la estabilización. En un contexto de morosidad creciente, evitar la explosión de la burbuja es también proteger al propio sistema financiero. La política del alivio no es anti-sistema; es anti-fragilidad.

Finalmente, existe una dimensión política que no puede ser ingenuamente descartada. Si el Estado comunica con claridad cuánto se recauda, cuánto se destina al alivio y qué entidades intentan trasladar el costo pese a utilidades extraordinarias, el costo reputacional comienza a operar. Los bancos necesitan estabilidad macroeconómica y previsibilidad institucional; quedar asociados públicamente a la defensa de rentas excepcionales mientras millones están endeudados por alimentos no es neutral. El equilibrio de poder también se construye con transparencia.

Porque en el fondo, lo que se está discutiendo no es un impuesto ni una tasa, sino el derecho del salario a no ser aspirado automáticamente cada vez que intenta recomponerse. Si el sistema financiero puede capturar cualquier mejora vía interés, el valor de la hora trabajada nunca se recupera, y la política económica se convierte en una carrera infinita donde el trabajador corre siempre detrás de una cuota que se recalcula sola. La política del alivio exige apagar esa aspiradora, no para destruir el crédito, sino para devolverle al trabajo la posibilidad de sostener la vida sin estar permanentemente sitiado.

Y eso, inevitablemente, no es solo técnico, es distributivo, es decidir que el salario deja de ser la variable de ajuste

automática y que el sistema financiero, como cualquier otro sector de la economía, debe operar dentro de límites que preserven la integridad de los cuerpos que sostienen todo lo demás.

El cuerpo en la intemperie

Tengo una compañera que se llama Soledad. Hace muchos años que trabajamos juntos. Hemos atravesado épocas políticas intensas, crisis económicas, duelos personales, nacimientos, separaciones, entusiasmos colectivos y derrotas. Nuestra amistad se volvió un espacio donde lo económico y lo emocional nunca estuvieron separados, donde podíamos hablar tanto de la macroeconomía como del cansancio que sentimos en el cuerpo cuando la macro se convierte en amenaza concreta. En los últimos años nuestras conversaciones empezaron a girar cada vez más alrededor de una palabra que parece doméstica pero que se volvió estructural: alquiler.

Cuando Soledad decidió separarse después de una larga relación, no fue solamente una decisión afectiva. Fue una decisión económica, territorial, casi ontológica. Salir de la casa familiar implicaba, no solo la carga simbólica del fin de un proyecto en una etapa de su vida, sino también, materialmente, salir hacia un mercado inmobiliario que no la esperaba con neutralidad sino con condiciones, exigencias, garantías propietarias, depósitos multiplicados, aumentos imprevisibles y contratos que se sienten como un examen permanente de solvencia moral y financiera. Más de

una vez dudó en sostener la separación porque el costo material de esa autonomía parecía insostenible. No era solo pagar un alquiler; era asumir que más de la mitad de su ingreso mensual iba a desaparecer antes de que empezara el mes, era proyectar mudanzas forzadas si el alquiler aumentaba, era reorganizar la escuela de su hija según el precio de un metro cuadrado, era sentir esa forma particular de ansiedad anticipatoria que aparece cuando uno sabe que en unos meses deberá volver a negociar su derecho a habitar.

Los sin techo (propio)

Lo que vive mi amiga no es un caso aislado sino una situación estructural. En Argentina existen cerca de diez millones de inquilinos, en 2025, el 57% destinaba más de la mitad de sus ingresos al alquiler. En hogares monoparentales, el 70% del ingreso total ya se consume en alimentos y servicios esenciales, lo que deja margen nulo para el gasto en alquiler. Entonces el salario se evapora antes de comenzar el mes, y se traduce en deuda los últimos días del mes. Si miramos a los sectores más pobres, más de 6.400 barrios populares concentran entre 5,3 y 5,5 millones de personas, 1,2 millones de familias que en un 99% no tienen título formal de propiedad, donde apenas el 15% de las viviendas alcanza calidad constructiva suficiente y el 73%

carece de conexiones formales de servicios básicos. El déficit habitacional total oscila entre 3,2 y 3,5 millones de viviendas (Instituto de Economía UADE, 2025). La crisis habitacional no es sectorial, es sistémica.

Pero el problema no es solamente la falta de techo; es la forma en que el sistema convierte la vivienda en un mecanismo permanente de extracción del salario. Cuando el alquiler absorbe el 40%, el 50% o más del ingreso, el trabajador no está pagando por un bien: está transfiriendo renta de manera continua. Y cuando a eso se le suma un endeudamiento de los hogares que ya alcanza el 140% de sus ingresos mensuales, la asfixia es doble. El salario real cayó más del 30% en los últimos años, mientras el metro cuadrado sigue pensando en dólares. Se necesitan entre 3,3 y 3,9 salarios completos para comprar apenas un metro cuadrado en zonas urbanas centrales, haciendo que la vivienda quede desacoplada del trabajo.

Frente a esto, una propuesta del Estado del Alivio no es simplemente construir casas, es reconstruir la arquitectura del salario. Transformar alquiler en cuota hipotecaria socialmente regulada implica convertir un gasto muerto en capitalización familiar, implica que el dinero que hoy desaparece en renta vuelva a circular como consumo, ahorro

o inversión doméstica. Y para que esto no sea retórica sino programa, hay que explicar con precisión tres cosas: de dónde sale el dinero, cómo se administra y qué impacto produce.

Administrar la cordillera

El financiamiento no proviene de impuestos generales ni de emisión indiscriminada, sino de capturar una porción de renta extraordinaria que hoy se concentra en sectores estratégicos. Una parte de la utilidad neta de exportación energética —proyectada en 2026 en cifras que permiten destinar aproximadamente 1.530 millones de dólares— se orienta al fondo habitacional. A eso se suma un 20% de la utilidad neta por exportación de minerales estratégicos como litio y cobre, estimada en unos 700 millones de dólares. Y se incorpora además una porción del rendimiento del Fondo de Cese Laboral creado por la nueva legislación laboral, el instrumento financiero que administra los recursos destinados a indemnizaciones y que generaría alrededor de 120 millones de dólares anuales en rendimiento. En conjunto, la captación anual proyectada ronda los 2.350 millones de dólares. Es renta extraordinaria transformada en capital físico permanente.

Ese núcleo constituye el Fondo de Alivio Habitacional, diseñado como un fideicomiso de administración con destino exclusivo a construcción de vivienda nueva y créditos de fomento. No es un fondo para comprar departamentos usados en un mercado dolarizado, es un fondo para crear oferta, expandir territorio habitable y generar empleo. Funciona por goteo estructurado: cada cuota que las familias pagan —limitada al 30% de sus ingresos y ajustada exclusivamente por variación salarial— vuelve al fondo y permite financiar la siguiente etapa. El salario no solo paga una casa, alimenta la reproducción del programa.

La casa “semilla” para la vida

La primera etapa contempla 150.000 créditos priorizando hogares monoparentales, familias con hacinamiento crítico y situaciones de alta vulnerabilidad. El monto promedio estimado es de 45.000 dólares por vivienda semilla, lo que implica una inversión inicial de 6.750 millones de dólares. La cifra es significativa, pero el fondo no necesita desembolsar todo de una vez; opera como garantía sistémica para movilizar ahorro privado hoy inmovilizado. Argentina tiene menos del 1% del PBI en crédito hipotecario, frente al

10% de países vecinos. El dinero existe, lo que falta es estabilidad y respaldo institucional.

El diseño técnico resuelve el desacople dólar-salario mediante tres herramientas simultáneas. Primero, tasa real cero o negativa, es decir, crédito de fomento, segundo, plazos extendidos a 25 o 30 años, y tercero unidad de cuenta salarial: la cuota jamás puede crecer por encima del Coeficiente de Variación Salarial. Si los materiales suben más que los sueldos, el Estado absorbe la diferencia a través de un fondo estabilizador. El banco recibe valor real; la familia paga en función de su capacidad de ingreso, se elimina el riesgo de que una devaluación transforme la casa en una pesadilla.

Scoring, transparencia, auditoría y trazabilidad

Pero el programa no es indiscriminado. Se establece un score de vulnerabilidad social que prioriza a quienes más lo necesitan: hogares monoparentales reciben el mayor puntaje, seguidos por quienes destinan más del 50% de su ingreso al alquiler, quienes presentan hacinamiento, quienes cargan deudas superiores al 100% de su ingreso mensual y quienes tienen integrantes con discapacidad o enfermedad crónica. Los primeros 150.000 créditos se adjudican a

quienes superen un umbral alto de ese puntaje. El criterio es público, transparente y consultable digitalmente, la política deja de depender del favor y se convierte en derecho parametrizado.

El mecanismo operativo se apoya en una billetera digital de construcción, el dinero no se entrega en efectivo, se acredita en etapas contra certificación de avance de obra y factura electrónica validada. Los corralones de cercanía se inscriben en un registro y deben respetar precios de referencia social acordados con grandes proveedores de acero, cemento y ladrillo. Si un comercio intenta cobrar por encima del precio establecido, la factura no puede cargarse y la etapa siguiente no se libera. La familia se convierte en auditora del sistema, el mercado compite por precio y la transparencia surge del diseño mismo. No hay sobreprecio posible si el sistema bloquea la operación.

¿Recesión? ¡A-FUE-RA!

El impacto económico es múltiple. Cada vivienda construida genera aproximadamente 2,5 empleos directos y 1,5 indirectos, en 150.000 unidades eso implica 375.000 puestos directos y más de 500.000 indirectos, o sea casi un millón de empleos movilizados en la primera etapa. Con

una capacidad ociosa industrial cercana al 35%, el aumento de demanda no presiona necesariamente sobre precios sino que activa maquinaria detenida. La construcción en seco, el modelo de vivienda evolutiva de 40 a 45 metros cuadrados ampliable, reduce tiempos de entrega a cuatro o cinco meses y acelera la salida del alquiler.

El retorno fiscal tampoco es marginal, solo por IVA e Ingresos Brutos sobre materiales se estiman alrededor de 672 millones de dólares anuales. Por el redireccionamiento del gasto que antes se destinaba a alquiler —unos 720 millones de dólares anuales en la primera etapa— el Estado recupera cerca de 130 millones en impuestos indirectos sobre consumo. La formalización de mano de obra agrega otros 150 millones en aportes y contribuciones. El retorno anual estimado ronda los 952 millones de dólares. El fondo no es un gasto muerto, es una inversión con recuperación parcial inmediata.

Y en el centro de todo esto está el salario. Si una familia que hoy destina 500.000 pesos al alquiler y 600.000 a deudas pasa a pagar 360.000 de cuota y 240.000 de deuda refinanciada, recupera 500.000 pesos mensuales de poder de compra. Multiplicado por 150.000 familias, eso implica una inyección de 75.000 millones de pesos mensuales al

consumo interno, que a su vez tienen su correspondiente retorno fiscal. No es teoría, es flujo concreto hacia alimentos, indumentaria, servicios, ampliaciones de vivienda, y su correspondiente retorno fiscal al Estado para ampliar el presupuesto. Ahora sí, con el desendeudamiento con los bancos y fintech que cobraban tasas usurarias, y la liberación del alquiler sobrevaluado, el salario deja de estar sitiado.

La casa, entonces, deja de ser mercancía y vuelve a ser espacio. Espacio donde el cuerpo descansa sin calcular la próxima renovación contractual, donde una mujer no debe evaluar su libertad afectiva según el precio del metro cuadrado, donde el trabajador no vive con la amenaza permanente de mudanza. Financiar la vivienda con la renta extraordinaria de recursos no renovables es convertir una riqueza transitoria en capital social duradero. Es cambiar el destino de la renta: del exterior al barrio, del balance empresarial al techo familiar.

Si la política del alivio quiere ser coherente con la experiencia real de los cuerpos, debe empezar por allí. Porque no hay reforma laboral, ni paritaria, ni bono compensatorio que compita con la angustia de no saber si el mes próximo uno seguirá teniendo casa. El alivio

habitacional no es un programa sectorial; es una reconfiguración del vínculo entre trabajo, territorio y dignidad. Si liberamos el salario del alquiler, liberamos a los cuerpos del miedo a estar a la intemperie.

Soberanía cognitiva

Hace unos meses estaba tomando mate con una amiga, la conversación se interrumpió por el mensaje de la hija de 12 años que estaba ese día en la casa del papá. La hija le preguntaba a la mamá si le podía activar un rato más de uso de las aplicaciones de redes sociales porque comparten un sistema de racionalización de tiempo de uso de las redes para que no pase muchas horas con el teléfono. Obviamente el padre ya le había dicho que no. Mi amiga le dijo que el límite acordado era el que ya había utilizado, y que además cuando estuviera en la casa del papá era él el que tenía que definir si extendía o no ese límite. La hija se enojó, le escribió muchos mensajes pidiéndole por favor que extendiera ese límite, mi amiga le escribió al papá acuciada por la insistencia de la hija, obviamente hubo una discusión por el tema de los límites y de la “jurisdicción” en la que se encontraba ese día la hija. Mi amiga le escribió a la hija volviéndole a decir que no iba a extenderle el uso de las redes, que había discutido con el padre por este tema. La hija siguió insistiendo, le pedía que aunque sea le extendiera unos minutos, casi que le rogó. Al encontrarse con la firme negativa de mi amiga, le dijo que la odiaba, que no entendía nada y que la iba a bloquear. La bloqueó. Seguimos

tomando mate. Esa noche me quedé investigando sobre la estructura neuro tecnológica de las redes sociales.

La desintoxicación de la atención

Durante casi dos décadas atravesamos una experiencia histórica inédita: cientos de millones de personas —niños, adolescentes y adultos— fuimos expuestos de manera masiva a tecnologías cuyo impacto sobre el sistema nervioso humano nunca fue evaluado con la seriedad que merecía. Es como si durante quince o veinte años hubieran entrado al mundo millones de dealers que reparten sustancias gratis, día y noche, sin control sanitario ni límites de edad. La diferencia es que esas sustancias no se llaman cocaína ni heroína, sino estímulos. Estímulos diseñados deliberadamente por ingenieros conductuales, psicólogos del comportamiento y sistemas de inteligencia artificial que analizan millones de interacciones para perfeccionar un único objetivo económico: capturar nuestra atención el mayor tiempo posible.

En este libro ya explicamos varias veces cómo operan estos sistemas sobre los circuitos básicos de recompensa, alerta y validación social del cerebro humano. No hace falta repetir aquí el detalle neurobiológico. Basta recordar lo esencial: el

sistema nervioso humano no está diseñado para competir contra plataformas que cuentan con los mejores neurocientíficos del mundo, presupuestos de miles de millones de dólares y supercomputadoras entrenadas permanentemente para descubrir qué estímulo exacto logra retenernos un segundo más frente a la pantalla. Nunca en la historia existió una asimetría cognitiva tan grande entre quien produce el estímulo y quien lo recibe. De un lado hay corporaciones capaces de analizar en tiempo real los deseos, miedos y vulnerabilidades de miles de millones de personas; del otro, individuos aislados con un cerebro que evolucionó para sobrevivir en pequeñas comunidades tribales, no para enfrentarse a sistemas algorítmicos diseñados específicamente para capturar su atención.

Por eso el debate sobre la regulación digital es, en sentido estricto, un debate sobre libertad, nadie es libre cuando está intoxicado, nadie es libre cuando su atención se encuentra atrapada en un flujo permanente de estímulos diseñados deliberadamente para impedir la pausa, el silencio o la reflexión. Lo que las plataformas descubrieron es que no necesitan introducir sustancias químicas en el cuerpo para producir dependencia: basta con administrar los estímulos adecuados para que el propio cerebro fabrique su droga. Likes, notificaciones, scroll infinito, recompensas variables,

microvideos que se reproducen sin pausa, sistemas de ranking social que convierten cada interacción en una evaluación pública del valor personal. Todo el ecosistema digital está organizado para que detenerse resulte psicológicamente difícil. Y cuando millones de jóvenes pasan entre ocho y once horas diarias dentro de esa arquitectura de estímulos, hablar simplemente de “elección individual” se vuelve una ficción conveniente para quienes se benefician económicamente de ese sistema.

Un modelo de tercera vía para la periferia

Llamamos soberanía cognitiva a la capacidad de una sociedad para decidir colectivamente cómo se organizan las tecnologías que capturan su atención.

La pregunta política, entonces, ya no puede limitarse a si las personas deberían usar más o menos el teléfono. La pregunta real es si una sociedad está dispuesta a permitir que infraestructuras tecnológicas privadas capturen sistemáticamente el tiempo psíquico de su población sin ningún tipo de regulación pública. Durante años el mundo respondió a este problema con dos modelos claramente diferenciados. El primero es el modelo dominante en Estados Unidos y, con ciertas diferencias, en gran parte de

Europa occidental. Allí la regulación se concentra principalmente en cuestiones de privacidad de datos, competencia económica o moderación de contenidos, pero evita intervenir en el corazón del problema: la arquitectura conductual de las plataformas y su economía de captura de atención. Y no es casualidad, las grandes corporaciones tecnológicas constituyen uno de los sectores más poderosos de esas economías y, en buena medida, uno de los instrumentos centrales de su poder global. Desde Silicon Valley se diseñan las infraestructuras digitales que organizan la vida cotidiana de gran parte del planeta, y a través de ellas se produce una forma nueva de extracción económica: la captura de la atención mundial y su monetización en forma de publicidad, datos y servicios digitales.

El segundo modelo es el que desarrolló China. Allí el Estado asumió tempranamente que las plataformas digitales no son simples empresas privadas sino infraestructuras estratégicas de organización social. En consecuencia, decidió intervenir directamente sobre su funcionamiento. El gobierno chino regula los algoritmos de recomendación, limita el tiempo de uso en menores, exige a las empresas tecnológicas que compartan datos con el Estado y establece restricciones estrictas sobre ciertos contenidos y dinámicas de consumo digital. Desde el punto de vista de la reducción de daños,

algunas de esas políticas resultan efectivas, pero ese modelo se inscribe en una tradición política donde el Estado tiene una relación mucho más intrusiva con la vida individual y donde la regulación digital también cumple funciones de control político.

Entre esos dos modelos —la desregulación dominada por las corporaciones y el control centralizado del Estado— aparece una tercera posibilidad particularmente relevante para las sociedades latinoamericanas. Una vía que no busca entregar la soberanía tecnológica ni al mercado global ni al aparato estatal, sino construir una regulación democrática cuyo objetivo central sea proteger el sistema nervioso social y recuperar la capacidad colectiva de decidir cómo se integran estas tecnologías en la vida cotidiana. En países periféricos como Argentina el problema es incluso más profundo que en los países centrales, porque la economía digital no solo captura atención: también extrae renta. Gran parte de la facturación publicitaria digital generada en nuestros países termina concentrada en un pequeño grupo de plataformas globales —Meta, Google, YouTube, TikTok— que monetizan el tiempo de nuestras poblaciones y remiten la mayor parte de esas ganancias fuera del territorio donde ese valor fue producido.

Frente a esta realidad, una política de soberanía digital debe intervenir en varios niveles simultáneamente. En primer lugar, reconociendo que las plataformas digitales operan como sistemas de ingeniería conductual y que, por lo tanto, ciertas prácticas de diseño deben ser reguladas de la misma manera en que se regulan otras industrias que impactan directamente en la salud pública. La arquitectura que permite el desplazamiento infinito de contenidos, por ejemplo, elimina la percepción temporal del usuario y dificulta la autorregulación del consumo. Los sistemas de notificaciones predactivas, que alertan al usuario incluso cuando no existe ninguna interacción relevante, tienen como objetivo exclusivo reactivar el uso de la aplicación cuando el algoritmo detecta que la persona se ha desconectado. Los mecanismos de recompensa variable —donde el usuario nunca sabe cuándo aparecerá el próximo estímulo gratificante— replican estructuras idénticas a las utilizadas en máquinas tragamonedas. Y las llamadas interfaces oscuras dificultan deliberadamente abandonar una aplicación o desactivar funciones diseñadas para prolongar la permanencia. Regular estas arquitecturas no implica censurar contenidos ni limitar la expresión, sino establecer límites razonables a técnicas de diseño cuya finalidad explícita es producir dependencia conductual.

Una legislación orientada a la soberanía cognitiva debería, por lo tanto, establecer principios claros: limitar las mecánicas adictivas dentro de las plataformas, obligar a que existan pausas estructurales en el consumo continuo de contenido, restringir notificaciones que no cumplan funciones informativas reales y garantizar que las interfaces permitan al usuario abandonar fácilmente la aplicación o activar modos de uso menos estimulantes. En esa misma dirección, todas las plataformas que operen en el país deberían ofrecer configuraciones de uso orientadas al bienestar cognitivo, capaces de desactivar automáticamente sistemas de reproducción infinita, recomendaciones hiperpersonalizadas o contadores de validación social que convierten cada interacción en una competencia permanente por reconocimiento.

El cuidado de la población juvenil requiere además medidas específicas. Numerosos estudios muestran que los adolescentes son particularmente vulnerables a las dinámicas de validación social que organizan las redes. Por esa razón, una legislación moderna podría establecer que en las cuentas de menores las métricas públicas de popularidad —likes, vistas o número de seguidores— permanezcan ocultas por defecto, reduciendo así la presión de la comparación social constante. Del mismo modo, debería

existir un sistema de verificación de identidad que impida que adultos interactúen anónimamente con cuentas de menores y mecanismos rápidos para eliminar contenidos que afecten la integridad psicológica o reputacional de un adolescente. La protección del desarrollo cognitivo infantil no puede quedar librada a la buena voluntad de empresas cuyo modelo de negocio depende precisamente de aumentar el tiempo de permanencia en sus plataformas.

La regulación también debe enfrentar otro problema fundamental: la opacidad algorítmica. Hoy las plataformas funcionan como cajas negras. Nadie fuera de las empresas sabe con precisión cómo operan los sistemas que deciden qué contenido ve cada persona, qué emociones se amplifican y qué comportamientos se refuerzan. Una política de soberanía digital debería exigir transparencia algorítmica auditada, permitiendo que organismos públicos especializados analicen los efectos de estos sistemas sobre la salud mental, la convivencia social y el ecosistema informativo. Para ello resulta razonable imaginar la creación de una agencia pública dedicada específicamente a la auditoría tecnológica, con capacidad para evaluar algoritmos de recomendación, investigar sus efectos psicológicos y establecer estándares mínimos de salud digital para el funcionamiento de las plataformas.

Pero la dimensión cultural del problema se entrelaza inevitablemente con su dimensión económica. Las plataformas no solo moldean conductas: también concentran enormes flujos de riqueza generados por la monetización de la atención colectiva. Una política de soberanía digital podría establecer una tasa específica sobre los ingresos publicitarios obtenidos por estas empresas en el mercado local, reconociendo que esa renta surge de la explotación de un recurso social —el tiempo cognitivo de la población— y que, por lo tanto, una parte de ese valor debe regresar a la sociedad en forma de inversión pública. Los recursos obtenidos podrían destinarse a programas de salud mental juvenil, investigación sobre impacto neurodigital y la creación de infraestructuras comunitarias donde niños y adolescentes puedan desarrollar vínculos presenciales, creatividad cultural y actividad física sin quedar atrapados en la lógica permanente de la economía de la atención.

La aplicación efectiva de estas medidas requiere además un principio básico de soberanía jurídica: toda plataforma que opere masivamente en el territorio nacional debe contar con representación legal local, aceptar auditorías regulatorias y responder jurídicamente por daños derivados de su funcionamiento. De lo contrario, los Estados quedan reducidos a espectadores pasivos frente a infraestructuras

digitales que influyen profundamente en la vida social pero que escapan a cualquier control democrático.

En última instancia, la cuestión central no es tecnológica sino civilizatoria. Las plataformas descubrieron que la mente humana puede convertirse en una fuente prácticamente infinita de valor económico. Cada segundo de atención puede ser medido, analizado, optimizado y vendido. Si las sociedades no establecen límites a esa lógica, el resultado será una economía cada vez más orientada a colonizar la vida psíquica de las personas.

La tercera vía latinoamericana frente a este desafío consiste precisamente en lo contrario: reconocer que la atención humana es un bien común que debe ser protegido. Ni mercancía absoluta en manos de corporaciones globales, ni instrumento de control total del Estado. Un recurso vital que pertenece a la comunidad y cuya protección constituye una de las tareas políticas más importantes del siglo XXI. Porque en una época donde las tecnologías compiten por cada segundo de nuestra conciencia, la verdadera soberanía comienza allí donde una sociedad recupera el control sobre su tiempo, su atención y su deseo.

La manada: apostar a la grupalidad

Cuando uno conversa con adolescentes, cuando entra a un aula, cuando observa el silencio hipnótico de un grupo de chicos mirando sus teléfonos en el colectivo o en una plaza, se genera la sensación de que algo en el ritmo mismo del sistema nervioso de una generación está siendo reorganizado por una arquitectura tecnológica que no responde a la vida social del país.

No se trata de nostalgia adulta ni de una queja moral contra la tecnología. Se trata de comprender que el capitalismo contemporáneo descubrió un recurso natural nuevo: la atención humana. Y que ese recurso se explota con una precisión científica que hace apenas veinte años era imposible. Los algoritmos de recomendación, el scroll infinito, la lógica de recompensa variable y las notificaciones permanentes no son simples decisiones de diseño: son dispositivos neurotecnológicos orientados a capturar tiempo de vida. El joven (o el adulto) no es solo un usuario, es la materia prima.

Las plataformas digitales compiten por segundos de atención del mismo modo en que las economías industriales competían por toneladas de carbón o barriles de petróleo.

Cada gesto, cada pausa frente a la pantalla, cada microsegundo de permanencia en un video o en una imagen se transforma en datos, y esos datos alimentan sistemas publicitarios que valen miles de millones de dólares. Lo que parece ocio es en realidad trabajo invisible.

Social argentus

En Argentina, este fenómeno tiene una escala masiva. Aproximadamente el 70% de la población utiliza redes sociales, y el tiempo total de conexión a internet supera las ocho horas y media diarias en promedio, una cifra que coloca al país entre los más intensivos del mundo en consumo digital (We Are Social & Meltwater, 2024).

Si uno observa con atención la vida cotidiana de la juventud argentina, descubre que el impacto de las plataformas digitales no es homogéneo. No todos los jóvenes habitan la aceleración de la misma manera. Hay una diferencia profunda entre quien usa el teléfono como un accesorio de sociabilidad y quien lo sostiene como una prótesis de supervivencia. Esa diferencia, que a primera vista parece tecnológica, es en realidad social y material. En la Argentina de hoy la relación con la pantalla está atravesada por la

estructura de clases, y esa estructura produce tres experiencias completamente distintas del mismo dispositivo.

En la parte superior de la pirámide social, donde se ubica aproximadamente el diez por ciento de la juventud, la relación con las plataformas es paradójica. El dispositivo existe, se usa, organiza la sociabilidad y la circulación simbólica, pero también puede ser dejado a un lado. En esos sectores la desconexión es posible porque existen amortiguadores materiales que protegen al sistema nervioso: casas amplias, deportes organizados, clubes, viajes, espacios de silencio. El estrés que aparece allí no es el de la supervivencia sino el del rendimiento, una ansiedad asociada al estatus, a la comparación estética y a la competencia simbólica dentro de un universo de privilegio. Incluso en ese caso, sin embargo, existe una válvula de escape: la posibilidad de apagar la pantalla sin que eso implique desaparecer del mundo.

La situación es muy distinta para la gran franja de la clase media urbana, donde vive aproximadamente el cuarenta por ciento de los jóvenes. Allí el teléfono dejó de ser un objeto de ocio para convertirse en un dispositivo de validación permanente. La vida cotidiana se transforma en una especie de portafolio social que debe ser actualizado

constantemente: lo que uno come, a dónde va, con quién se encuentra, cómo se muestra ante los demás. Cada fragmento de experiencia necesita traducirse en imagen para adquirir valor simbólico. Ese proceso genera un tipo de tensión particular: el cuerpo vive una incertidumbre económica real mientras la pantalla exige la representación continua de una vida exitosa, resiliente, estéticamente ordenada. El resultado es un estado de cansancio crónico, una ansiedad anticipatoria donde el sistema nervioso permanece en alerta, actualizando su identidad a cada instante para no caer en el abismo del descenso social.

Pero es en los sectores populares donde la relación con el dispositivo alcanza su forma más cruda. Allí se encuentra casi la mitad de la juventud argentina, cerca de tres millones de jóvenes para quienes la desconexión no es una elección sino un riesgo. El teléfono funciona como una prótesis laboral permanente. No hay una frontera clara entre ocio y trabajo, porque cada notificación puede ser un ingreso, un viaje, una venta, una oportunidad de subsistencia. El cerebro no recibe la notificación como dopamina social, sino como cortisol de supervivencia. La alerta es constante. El sistema nervioso permanece en un estado de hipervigilancia donde la atención no puede relajarse porque la economía misma se ha vuelto intermitente, precaria,

dependiente de la respuesta inmediata. En esos territorios el celular no es una distracción: es la interfaz mínima que conecta a los jóvenes con la posibilidad de seguir existiendo dentro de la economía.

Cuando se observan estas tres experiencias juntas aparece con claridad el verdadero problema político. Las plataformas no solo organizan el tiempo de los jóvenes; también capturan valor económico de esa atención. En Argentina, el conjunto de plataformas digitales que operan en el mercado publicitario y de datos genera ingresos cercanos a los mil setecientos millones de dólares anuales, una cifra que se concentra en unas pocas empresas globales. Solo en el segmento de jóvenes de entre trece y veinticuatro años, cuya población ronda los ocho millones y medio de personas, la renta extraída por estas plataformas supera los mil trescientos millones de dólares por año. Esa riqueza se produce en gran medida gracias al tiempo de permanencia frente a la pantalla, tiempo que en los sectores más vulnerables puede superar las once horas diarias.

La paradoja es evidente. Mientras el sistema digital monetiza la aceleración de la atención, el costo social de esa aceleración recae sobre las familias, las comunidades y el propio Estado. Ansiedad, trastornos del sueño,

agotamiento, violencia y deterioro de la salud mental generan un gasto sanitario que hoy supera los cien millones de dólares anuales en programas de contención, tratamientos psicológicos y políticas sociales vinculadas al estrés juvenil. Sin embargo, las plataformas que obtienen beneficio económico de esa dinámica no participan en la reparación de ese daño.

De allí surge la necesidad de introducir una lógica distinta, una forma de restitución que reconozca la existencia de esta externalidad sanitaria.

Una política de la oxitocina

Si una parte significativa de la economía digital se sostiene sobre la captura de la atención juvenil, una fracción de esa renta debe volver a la sociedad en forma de infraestructura de cuidado. Bajo ese principio se establece una tasa de externalidad sanitaria del treinta por ciento sobre los ingresos generados por las grandes plataformas digitales que operan en el país y que superan determinados niveles de facturación global. No se trata de un impuesto general sobre la tecnología ni de un castigo a la innovación. Es un mecanismo de redistribución destinado exclusivamente a

reparar el impacto neurobiológico que la economía de la atención produce en la población más joven.

Las estimaciones más prudentes indican que una medida de este tipo permitiría recuperar cerca de trescientos millones de dólares anuales, recursos que no ingresarían al presupuesto general del Estado sino a un fondo específico orientado a la reconstrucción del tejido social juvenil. La lógica de utilización de ese fondo es tan simple como radical: si la aceleración digital fragmenta la vida colectiva, la inversión pública debe orientarse a reconstruir los espacios donde la presencia física vuelve a organizar la experiencia humana.

El núcleo de esta política es la creación de una red territorial de refugios de manada. La palabra puede parecer extraña en el lenguaje institucional, pero describe con precisión el fenómeno que se busca recuperar. Los seres humanos no desarrollan su equilibrio emocional en aislamiento, ni tampoco en multitudes anónimas. Lo hacen en pequeños grupos de pertenencia donde la confianza circula y donde el cuerpo aprende a regularse a partir del vínculo con otros. Ese es el espacio donde aparece la oxitocina, la hormona que permite contrarrestar los circuitos de estrés y excitación permanente que la cultura digital tiende a amplificar.

Los refugios de manada son, en esencia, dispositivos territoriales de desaceleración. No grandes edificios burocráticos ni centros recreativos tradicionales, sino nodos comunitarios de baja estimulación donde los jóvenes puedan encontrarse sin la presión de la exposición permanente. Espacios con materiales acústicos, zonas de silencio, mesas de trabajo colectivo, instrumentos, herramientas y recursos que permitan transformar la energía dispersa de la hiperconectividad en experiencias compartidas de producción, juego y descanso. En algunos barrios estos nodos funcionarán en clubes, en bibliotecas populares, en centros culturales o en escuelas fuera del horario escolar. En otros casos podrán ser estructuras nuevas, especialmente en territorios donde la densidad de vulnerabilidad social exige una presencia más fuerte del Estado.

El objetivo no es organizar actividades desde arriba ni dirigir la vida de los jóvenes, sino ofrecer un continente donde la grupalidad pueda volver a existir. Porque si algo demuestran los estudios contemporáneos de neurociencia interpersonal es que el sistema nervioso humano no se regula individualmente sino en sincronía con otros. El estrés disminuye cuando el cuerpo reconoce la presencia segura de su grupo. La ansiedad se reduce cuando el individuo deja de

enfrentar solo la presión del entorno y vuelve a experimentar la protección de la manada.

Por esa razón el instrumento central de esta política no es un subsidio individual sino un estímulo a la co-presencia. En lugar de distribuir pequeñas sumas que se diluyen en el consumo cotidiano, los recursos se organizan en torno a grupos constituidos de jóvenes, manadas de entre cinco y diez integrantes que reciben un fondo anual destinado a financiar experiencias de encuentro, descanso o producción colectiva. El monto, modesto a escala individual, adquiere otra dimensión cuando se organiza grupalmente: lo suficiente para alquilar una cancha, organizar una salida, comprar herramientas compartidas, financiar un pequeño proyecto cultural o simplemente garantizar una comida en común que rompa la lógica del encierro digital.

El punto decisivo es que ese dinero no se activa en la soledad de la pantalla sino en la presencia física del grupo. La validación del encuentro, la planificación del gasto y la rendición de cuentas se realizan en el propio nodo comunitario, donde un coordinador actúa como facilitador de la dinámica grupal y garante de la transparencia del proceso. No se trata de controlar a los jóvenes sino de acompañar el funcionamiento de la manada, asegurando

que el fondo cumpla su propósito original: transformar una parte de la renta digital en materialidad compartida.

Desde el punto de vista territorial, la red se despliega siguiendo el mapa de vulnerabilidad social. En los barrios populares, donde el teléfono funciona como prótesis laboral y la hiperconectividad es una condición de supervivencia, los nodos cumplen una función casi vital: ofrecer espacios de descanso real, alimentación compartida, producción comunitaria y protección frente a la soledad urbana. En los centros urbanos de clase media, en cambio, su rol se orienta más a mitigar el burnout social, la ansiedad de rendimiento y la presión estética de la economía de la atención. En ambos casos el objetivo es el mismo: restituir el derecho al encuentro en una cultura que ha convertido la conexión permanente en norma.

Si se observa el flujo completo de la política aparece con claridad su lógica ética. Una fracción de la riqueza generada por la captura algorítmica de la atención juvenil se transforma en infraestructura de cuidado, en espacios físicos donde los jóvenes pueden volver a experimentar lo que ninguna plataforma puede ofrecer: la presencia real de otros cuerpos, la confianza lenta de la conversación, la

posibilidad de descansar del ruido permanente del mundo digital.

No se trata de combatir la tecnología ni de idealizar un pasado sin pantallas. Las redes seguirán existiendo y seguirán organizando gran parte de la vida social. Pero una sociedad responsable no puede delegar completamente la formación emocional de su juventud en algoritmos diseñados para maximizar la permanencia en pantalla. Tiene la obligación de crear contrapesos materiales, territorios donde la aceleración encuentre su límite y donde la vida colectiva vuelva a tener un lugar.

Porque al final del día la pregunta no es tecnológica sino profundamente humana. Cuando un joven apaga el teléfono, ¿hay alguien del otro lado? ¿Existe todavía un grupo que lo reciba, un espacio donde su presencia tenga valor más allá de la imagen que proyecta en una pantalla?

La política, en su forma más elemental, consiste en garantizar que esa respuesta siga siendo sí. Y en recordar que, incluso en la era de los algoritmos, los seres humanos seguimos necesitando lo mismo que necesitábamos hace miles de años: un lugar donde reunirnos, mirarnos a los ojos y saber que no estamos solos.

¿Conclusiones?

Mientras escribía este libro ocurrió algo que, en realidad, me acompaña desde siempre. Las ideas no dejaban de aparecer. Cada capítulo abría otros posibles capítulos, cada concepto llevaba a nuevas propuestas, cada diagnóstico empujaba hacia desarrollos más extensos. Fue necesario, una y otra vez, poner un freno. No por falta de material, sino por exceso. Si hubiese seguido cada una de esas líneas hasta el final, este libro se habría vuelto interminable.

En cierta forma, toda mi vida fue así. Desde que era adolescente, mi experiencia consistió en imaginar cosas y tratar de llevarlas a la práctica: proyectos materiales, ideas políticas, propuestas concretas. Pensar y hacer nunca fueron dimensiones separadas. Por eso este libro también estuvo permanentemente tensionado entre dos impulsos: el de comprender el mundo en el que vivimos y el de imaginar cómo transformarlo.

Pero un libro necesita límites. En las tres partes que lo componen —el diagnóstico, la fuga de la arquitectura del asedio y el desarrollo de una política del alivio— fue necesario condensar muchísimo. En cada una de esas secciones quedaron afuera cientos de ideas, desarrollos posibles,

discusiones que podrían haberse extendido durante páginas y páginas.

En la parte del diagnóstico, por ejemplo, el análisis económico y la historia de cómo llegamos hasta este punto fueron necesariamente acotados. La transformación del capitalismo, las mutaciones sociales de las últimas décadas, la evolución de las formas de trabajo, la financiarización global: cada uno de esos procesos podría haber sido desarrollado en profundidad durante tomos enteros. Lo mismo ocurre con la dimensión geopolítica. La reorganización del poder mundial, el conflicto entre potencias, la emergencia de nuevas regiones estratégicas y el papel que América Latina podría jugar en ese tablero son temas que exceden largamente el espacio de un ensayo como este. Aquí fue necesario concentrar conceptos, identificar los nodos principales, trazar algunas líneas de interpretación.

Algo similar ocurrió con la segunda parte del libro, la fuga de la arquitectura del asedio. Desarrollar una filosofía capaz de desnudar las normalidades de este capitalismo acelerado —y también las normalidades de una política que muchas veces quedó atrapada en formas del pasado— podría haber requerido un trabajo mucho más extenso. Pensar de nuevo categorías como libertad, democracia, subjetividad o comunidad en el contexto actual abre discusiones que

atraviesan la filosofía, la psicología, la sociología y la teoría política. Aquí también fue necesario hacer algo distinto: concentrar herramientas conceptuales que permitieran mirar la realidad con otros ojos, pero “a vuelo de pájaro”.

En cierto sentido, este libro funciona así: como una caja de herramientas. Un conjunto de conceptos que permiten comprender el mundo que habitamos, desarmar algunas de sus estructuras invisibles y empezar a imaginar respuestas.

Y esas respuestas, en varios momentos del libro, aparecen de manera deliberadamente concreta. Podríamos habernos quedado en la formulación general de una idea —la del Estado del alivio, por ejemplo— o en un desarrollo abstracto de principios económicos o filosóficos. Pero el alivio, tal como lo entiendo aquí, no puede quedar solo en el plano conceptual. El alivio actúa sobre cuerpos reales.

Actúa sobre cuerpos que tienen fibras musculares, sistemas nerviosos, respiración, cansancio. Actúa sobre subjetividades que viven bajo presión constante. Cuando hablamos de aliviar no estamos hablando de una metáfora espiritual ni de una consigna estética. Estamos hablando de reducir la presión real que el sistema ejerce sobre la vida cotidiana.

El alivio libera tiempo, reduce angustia, devuelve margen de decisión. Les da a las subjetividades algo que hoy escasea: espacio para elegir. Y en ese sentido el alivio es también una forma de soberanía. Soberanía del cuerpo, soberanía del tiempo, soberanía de la atención.

Por eso creo que el futuro de la política pasa, inevitablemente, por ahí. Ningún proyecto político que ignore esta dimensión va a poder comprender realmente lo que está en juego en este momento histórico. La política no puede seguir hablando solo de instituciones, de indicadores macroeconómicos o de estrategias electorales. Tiene que volver a pensar la vida concreta de los cuerpos que habitan la sociedad.

Mi intención con este libro fue, en el fondo, producir algo así como un pequeño chispazo. Tal vez dos o tres sinapsis. Un punto de condensación donde convergen muchos años de lecturas, de información acumulada, de práctica política, de conversaciones, de experiencias personales.

Porque todo lo que aparece en estas páginas no surge solamente de libros o teorías. Surge también de vivir. De ser padre. De escuchar a mi hijo. De atravesar alegrías y dolores, de sentir injusticias, de sufrir pérdidas, de experimentar el propio cuerpo. Hay dolores físicos, hay dolores de amor, hay

cansancios, hay momentos de entusiasmo colectivo y momentos de decepción política. Todo eso también produce conocimiento.

En algún momento, toda esa acumulación terminó organizándose alrededor de una intuición muy simple: el punto donde todo converge es el cuerpo.

El cuerpo como lugar donde impactan las transformaciones económicas, las mutaciones tecnológicas, las presiones culturales, las gestiones políticas. El cuerpo como territorio donde se experimenta el estrés, la ansiedad, el agotamiento, pero también el deseo, el amor, la esperanza y la posibilidad de comunidad.

Comprender eso fue, para mí, una especie de revelación conceptual. Porque a partir de ahí muchas cosas empezaron a ordenarse. Muchas de las crisis que atravesamos —personales, sociales, generacionales— podían entenderse como distintas formas de una misma situación.

La gran mayoría de las cosas que nos pasan, en el fondo, tienen que ver con esto: El sujeto político de nuestro tiempo es el cuerpo, y tenemos el cuerpo sitiado.

El alivio es el primer paso para salir del asedio.

Al cierre de este libro

Estos últimos meses no son mucho tiempo para escribir un libro, pero en el mundo en que vivimos puede ser una época entera. Mientras estas páginas se escribían pasaron muchas cosas. Algunas personales, otras nacionales, otras globales. Todas, de algún modo, confirmaban una de las hipótesis centrales que atraviesan este ensayo: vivimos en una época de aceleración extrema, un capitalismo acelerado que no solo organiza la economía sino también el ritmo mismo de la vida, la política y la historia.

Al cierre de este libro, por ejemplo, el mundo volvió a presenciar una escena que hasta hace poco parecía improbable: una ofensiva militar de EEUU e Israel directa en Medio Oriente que puso en jaque al gobierno de Irán, asesinando a su máximo líder, y comenzando una escalada que hoy tiene al mundo en shock. Aumento del barril del petróleo, inflación en alimentos y transporte, caída de las bolsas, reorganización de alianzas a escala global. Pero lo verdaderamente llamativo no fue solo el hecho en sí, sino el formato en el que ocurrió. Durante décadas, incluso en medio de las guerras más brutales, existía al menos una escenografía institucional. Había organismos internacionales, resoluciones, conferencias de prensa,

discusiones en parlamentos, explicaciones públicas. Podían ser excusas, ficciones diplomáticas o simples formalidades, pero al menos existía una narrativa que pretendía justificar las decisiones ante el mundo.

Hoy esa escenografía parece haberse evaporado. Las decisiones geopolíticas se anuncian y se ejecutan con una inmediatez casi empresarial, como si la política internacional hubiese adoptado la lógica de las plataformas digitales: primero se actúa, después —si es necesario— se explica. Incluso las propias instituciones nacionales, que alguna vez funcionaron como contrapesos internos, parecen quedar al margen de decisiones que se toman y se comunican en tiempo real. El mundo entra en conflicto con la misma lógica con la que se lanza una aplicación o se anuncia un cambio de algoritmo.

Ese es también uno de los signos de este tiempo. El capitalismo acelerado no solo organiza el consumo o la producción. Organiza también la velocidad con la que se toman decisiones que afectan a millones de personas.

Mientras tanto, en Argentina ocurren otras formas de aceleración. Aquí la violencia no se expresa necesariamente en bombas o misiles, sino en procesos más silenciosos pero

igual de devastadores. Cada semana cierran fábricas, comercios, talleres, pequeñas empresas que durante décadas sostuvieron la vida económica de ciudades enteras. Miles de trabajadores pierden empleos formales y pasan a formas cada vez más precarias de subsistencia: cuentapropismo, monotributo, plataformas digitales, changas intermitentes.

Cuando empecé a escribir este libro, hace apenas unos meses, consulté distintos indicadores económicos y sociales para entender el momento que atravesábamos. Hoy, al cerrarlo, muchos de esos datos ya quedaron viejos. No porque hayan mejorado, sino porque empeoraron. El endeudamiento de los hogares crece, el pluriempleo se vuelve norma, los salarios pierden poder adquisitivo y el tiempo de trabajo se extiende para poder sostener niveles mínimos de supervivencia.

Al mismo tiempo, la política parece correr en otra dimensión temporal. Mientras amplios sectores de la sociedad sienten que el suelo se mueve bajo sus pies, buena parte de las estructuras políticas (libertarios, Justicialismo, Radicales) discuten sus propias internas, sus equilibrios de poder, sus pequeñas arquitecturas de influencia. Tal vez esas discusiones tengan su lógica estratégica, su racionalidad interna, tal vez quienes las protagonizan creen que están

preparando el terreno para disputas futuras. Pero desde abajo, desde el lugar donde se experimenta el deterioro cotidiano, esas disputas muchas veces se perciben como una escena extraña, casi ajena a la realidad.

Porque cuando el presente se vuelve incierto, lo que se espera de la política es otra cosa: una forma de intervención que logre organizar esperanza colectiva.

Pero mientras este libro se cerraba, otra escena más pequeña —mucho más pequeña que los conflictos globales o las crisis nacionales— también seguía su curso. Una escena casi invisible, que sin embargo expresa en miniatura muchas de las tensiones que este ensayo intenta describir.

En uno de los capítulos conté una experiencia que llamé militancia de proximidad. Una forma de acción política situada en el lugar de trabajo, en el sindicato, en la vida cotidiana de compañeros y compañeras que atraviesan problemas muy concretos: salarios que no alcanzan, deudas que crecen, cansancio acumulado.

Esa experiencia empezó con algo simple: escuchar. Escuchar lo que los propios trabajadores estaban viviendo, incluso cuando ciertas estructuras insistían en decirles que no debían quejarse demasiado, que debían sentirse

privilegiados, que cualquier crítica podía “hacerle el juego” a enemigos externos. Frente a esa narrativa apareció algo muy básico pero muy poderoso: poner datos sobre la mesa. Encuestas, discusiones abiertas, pequeños textos que intentaban explicar que lo que cada uno sentía individualmente no era un problema personal sino parte de un proceso estructural.

De esas conversaciones surgieron pequeñas iniciativas: debates colectivos, diagnósticos compartidos, incluso acciones simbólicas que buscaban introducir un mínimo de alivio dentro de una situación laboral cada vez más exigente.

Nada de eso fue épico. Fueron microprocesos, pequeñas batallas cotidianas. Algunas ganadas, otras perdidas, muchas atravesadas por soledad o desgaste. Porque incluso en los espacios donde se supone que debería existir mayor solidaridad, las lógicas de poder, las estructuras burocráticas y los intereses internos también operan.

Al cierre de este libro, esa experiencia también atraviesa su propio momento de incertidumbre. No es una guerra mundial ni una crisis financiera. Es simplemente una asamblea, una decisión colectiva que puede sostener o desarmar una pequeña práctica de alivio dentro de un lugar

de trabajo. Pero en esa escala microscópica también se juega algo importante: la posibilidad de que los cuerpos encuentren espacios de respiración dentro de un sistema que los presiona permanentemente.

Tal vez esa sea una de las lecciones más profundas de este tiempo. La biopolítica del capitalismo acelerado se juega en todos los niveles al mismo tiempo: en la geopolítica global, en las decisiones presidenciales, en los algoritmos de las plataformas digitales, en las economías nacionales, en los sindicatos, en las oficinas, en los cuerpos individuales.

Todo está sitiado. La atención, el tiempo, el salario, la esperanza.

Y sin embargo, incluso en medio de ese asedio, aparecen pequeños gestos de resistencia: conversaciones, encuentros, proyectos colectivos, políticas de alivio. No soluciones mágicas, sino intentos de reorganizar la vida común.

Al cierre de este libro, mientras el mundo sigue acelerándose y las noticias se superponen unas sobre otras con una velocidad casi absurda, lo único que puedo afirmar con cierta tranquilidad es esto: la realidad no dejó de confirmar la intuición que dio origen a estas páginas.

Tal vez la tarea política de los próximos años consista justamente en eso. En volver a construir condiciones para que la vida pueda desacelerarse lo suficiente como para volver a ser vivida y no sobrevivida.

No sé hacia dónde vamos. Nadie lo sabe realmente.

Pero sí sé, al menos, desde esta pequeña habitación donde terminé de escribir estas páginas, que la búsqueda del alivio no es una utopía menor. Es, probablemente, una de las formas más concretas de resistencia que nos queda en este tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

I. Libros y Monografías

- Acemoglu, D., & Johnson, S. (2023). *Poder y progreso*. Madrid: Editorial Debate.
- Acharya, A. (2014). *El fin del orden mundial estadounidense*. Madrid: Alianza Editorial.
- Alarcón, C. (Ed.). (2024). *Argentina (Re)sentida*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Allison, G. (2017). *Destino: la guerra*. Barcelona: Deusto.
- Alter, A. (2017). *Irresistible*. Barcelona: Paidós.
- Bartlett, J. (2018). *The People Vs Tech*. Londres: Ebury Press.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Benkler, Y. (2006). *La riqueza de las redes*. Barcelona: Icaria.
- Benkler, Y., Faris, R., & Roberts, H. (2018). *Network Propaganda*. Oxford: Oxford University Press.
- Berardi, F. (“Bifo”) (2017). *Fenomenología del fin*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Berardi, F. (“Bifo”) (2019). *El umbral*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Berardi, F. (“Bifo”) (2020). *El tercer inconsciente*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bion, W. R. (1961). *Experiencias en grupos*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.

- Bremmer, I. (2012). *Cada nación por sí misma*. Barcelona: Península.
- Bremmer, I. (2022). *The Power of Crisis*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Brown, W. (2020). En las ruinas del neoliberalismo: El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente. Tinta Limón.
- Brynjolfsson, E., & McAfee, A. (2022). *La segunda era de las máquinas*. Stanford Digital Economy Lab.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Calmels, D. (2001). *Cuerpo y saber*. Buenos Aires: Noveduc.
- Cantamutto, F., Schorr, M., & Wainer, A. (2024). Con exportar más no alcanza (aunque neoliberales y neodesarrollistas insistan con eso). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Carr, N. (2020). *Superficiales*. Madrid: Editorial Taurus.
- Castells, M. (1996). *La sociedad red*. Madrid: Alianza Editorial.
- Chadwick, A. (2017). *The Hybrid Media System*. Oxford: Oxford University Press.
- Crary, J. (2015). *24/7. El capitalismo al asalto del sueño*. Barcelona: Ariel.
- Crawford, K. (2021). *Atlas de la Inteligencia Artificial*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Da Empoli, G. (2020). *Los ingenieros del caos*. Barcelona: Editorial Oberon.
- Dardot, P. & Laval, C. (2013). *La nueva razón del mundo*. Barcelona: Gedisa.
- Dunbar, R. (2010). *¿Cuántos amigos puede tener una persona?* Barcelona: Debate.

- Ehrenreich, B. (2011). *Sonríe o muere*. Barcelona: Debate.
- Erikson, E. H. (1968). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Eyal, N. (2014). *Hooked*. Nueva York: Portfolio.
- Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2006/2007). *Seguridad, territorio, población y Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: FCE.
- Fraser, N. (2008). *Escalas de justicia*. Barcelona: Herder.
- Freire, P. (1996/2002). *Pedagogía de la autonomía y Pedagogía de la esperanza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fuchs, C. (2020). *Communication and Capitalism*. Londres: University of Westminster Press.
- Gilligan, C. (2013). *La ética del cuidado*. Barcelona: Fundación Víctor Grifols i Lucas.
- Gramsci, A. (1975). Cuadernos de la cárcel (V. Gerratana, Ed.). Ediciones Era. (Original publicado entre 1929 y 1935).
- Gutiérrez-Rubí, A. (2019). *Gestionar las emociones políticas*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Haidt, J. (2024). *La generación ansiosa*. Barcelona: Deusto.
- Han, B.-C. (2012-2022). *La sociedad del cansancio, La sociedad de la transparencia, Psicopolítica, Infocracia*. Herder / Taurus.
- Heredia, M. (2019). *¿El 99% contra el 1%? El lugar de los ricos en las sociedades contemporáneas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Hochschild, A. R. (2012). *La mercantilización de la vida íntima*. Buenos Aires: Katz.

- Jenkins, H. (2008). *Convergence Culture: La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Paidós.
- Johnson, S. (2006). *Everything Bad Is Good for You: How Today's Popular Culture Is Actually Making Us Smarter*. Riverhead Books.
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). El Seminario de Jacques Lacan, Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (J.-A. Miller, Ed.; 1.ª ed., 3.ª reimpr.). Paidós.
- Lazzarato, M. (2012). *La fábrica del hombre endeudado*. Amorrortu.
- Mahbubani, K. (2008/2020). *El nuevo hemisferio asiático / "Has China Won? The Chinese Challenge to the American Primacy"*
- Manovich, L. (2013). *El software toma el mando*. Editorial UOC.
- McLuhan, M. (1964). *Comprender los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- Merino, G. & Morgenfeld, L. (2019/2023). *Estados Unidos contra el mundo*. Buenos Aires: Batalla de Ideas / CLACSO.
- Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Barcelona: Península.
- Milanovic, B. (2016). *Global Inequality*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mishra, P. (2012/2017). *From the Ruins of Empire / La edad de la ira*.
- Mosco, V. (2014). *To the Cloud*. Boulder: Paradigm.
- Moscovici, S. (1976). *Psicología de las minorías activas*. Madrid: Morata.

- Mullainathan, S., & Shafir, E. (2013). *Scarcity*. Nueva York: Times Books.
- Pariser, E. (2011). *The Filter Bubble*. Nueva York: Penguin Books.
- Pettis, M., & Klein, M. C. (2020). *Trade Wars Are Class Wars*. Yale University Press.
- Piketty, T. (2014). *Capital in the Twenty-First Century*. Cambridge: Harvard University Press.
- Piketty, T. (2015). *La economía de las desigualdades*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Putnam, R. (2000). *Bowling Alone*. Nueva York: Simon & Schuster.
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rosa, H. (2013). *Aceleración social*. Buenos Aires: Katz.
- Sapolsky, R. M. (2017). *Compórtate: La biología de los humanos en nuestro mejor y peor momento*. Madrid: Capitán Swing.
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Semán, P. (Coord.) (2023). *Está entre nosotros*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sigman, M., & Bilinkis, S. (2023). *Artificial*. Buenos Aires: Editorial Debate.
- Spinoza, B. (2005). *Ética*. Buenos Aires: Colihue.
- Srnicek, N. (2017). *Capitalismo de plataformas*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Buenos Aires: Siglo XXI.

- Stiglitz, J. E. (2018). El malestar en la globalización: Revisado y ampliado. Taurus.
- Tokatlian, J. G. (2024). Consejos no solicitados sobre política internacional. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Turkle, S. (2011/2015). *Alone Together / En defensa de la conversación*.
- Twenge, J. M. (2017). *iGen*. Nueva York: Atria Books.
- Ulloa, F. (1995). *Novela clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Varoufakis, Y. (2021/2023). *The Global Minotaur / Technofeudalism*.
- Volkow, N. D., Baler, R. D., & Yuste, R. (2020). *Neurobiological and Ethical Dimensions of Problematic Use of Social Media*. Nature Reviews Neuroscience.
- Walt, S. M. (2018). *The Hell of Good Intentions*. Nueva York: FSG.
- Williams, J. (2018). *Stand Out of Our Light*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zizek, S. (2020). *Pandemia*. Barcelona: Anagrama.
- Zuboff, S. (2019). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Barcelona: Paidós.

II. Estudios Neurocientíficos y Médicos

- Dergaa, I., et al. (2024). AI Chatbot-Induced Cognitive Atrophy (AICICA). *Journal of Educational Computing Research*.
- Guidi, J., et al. (2021). Allostatic Load and Its Impact on Health. *Psychotherapy and Psychosomatics*.

- Hayles, N. K. (2007). Hyper and Deep Attention: The Generational Divide in Cognitive Modes. *Profession*, 187–199.
- Loh, K. K., & Kanai, R. (2014). Higher media multitasking activity and gray-matter density. *PLOS ONE*.
- Mani, A., Mullainathan, S., & Shafir, E. (2013). Poverty Impedes Cognitive Function. *Science*, 341(6149).
- McEwen, B. S. (2017). Neurobiological and Systemic Effects of Chronic Stress. *Chronic Stress Journal*.
- Porges, S. W. (2017). *La teoría polivagal*. Madrid: Editorial Sanz y Torres.
- Sapolsky, R. M. (2017). *Compórtate: La biología de los humanos*. Madrid: Capitán Swing.

III. Papers Académicos

- Bandura, A. (2001). Teoría social cognitiva de la comunicación de masas. *Media Psychology*, 3(3).
- Bustamante-Cruz, M. I., et al. (2024). Ansiedad y depresión en adolescentes: el impacto de las redes sociales según la evidencia científica. *Revista Internacional de Estudios Multidisciplinar*, 1(1).
- Festinger, L. (1954). Una teoría de los procesos de comparación social. *Human Relations*, 7(2).
- Odgers, C. L., & Jensen, M. R. (2020). Salud mental adolescente en la era digital. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 61(3).

IV. Informes Institucionales, Revistas y Web

- Argentinos por la Educación (2023). *“ Trayectorias escolares: ¿Cuántos estudiantes abandonan la secundaria en Argentina?”*
- BCRA (2025). *Informe de Inclusión Financiera.*
- CIPPEC (2024). *Mapa de la Educación Secundaria.*
- Dennett, D. (2023, 4 de junio). Can we trust AI? Entrevista por Machine Learning Street Talk [Archivo de Vídeo]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=axJtywd9Tbo>
- Eurasia Group (2026). *Top Risks Report.*
- FMI (2024). *Gen-AI: Artificial Intelligence and the Future of Work.*
- Fundar (2024). *La caída del salario real en perspectiva histórica.*
- Harari, Y. N. (2023, 23 de mayo). AI and the Future of Humanity [Video]. YouTube. [https://www.youtube.com/watch?v=\[insertar_ID_del_video\]](https://www.youtube.com/watch?v=[insertar_ID_del_video])
- Harris, T. (2016). "How technology hijacks people's minds" (Center for Humane Technology).
- INDEC (2025). Índices de salarios y canasta básica.
- Instituto de Economía UADE (2025). *Índice de Acceso a la Vivienda.*
- Juan Felipe Salguero, Café Kyoto. (14 de enero de 2026). ¿Qué le PASA a nuestra GENERACIÓN? | CÓMO (NO) SER FELIZ [Archivo de Vídeo]. YouTube. <http://www.youtube.com/watch?v=TGHJl3Jq91k>
- Kantar IBOPE Media. (2025). Media Trends Argentina: El ecosistema de atención en la era digital. Buenos Aires.
- Magnani, E. (22 de enero de 2026). IA Generativa y dumping cognitivo | Columna de Esteban Magnani [Archivo de Vídeo].

YouTube. Radio Gráfica FM 89.3.

<http://www.youtube.com/watch?v=o2qqTjGFYk>

- Mirador de la Actualidad del Trabajo y la Economía (MATE). (3 de marzo de 2026). Informe de Coyuntura: La transferencia de ingresos y la caída del salario real. Rosario: Universidad Nacional de Rosario. <https://mateconomia.com.ar/infomate/2026/febrero-2026/>
 - OCDE (2023). *Employment Outlook: AI and the Labour Market*.
 - OpenAI & UPenn (2023). *GPTs are GPTs: Labor Market Impact*.
 - Saferstein, E. (2021). "¿Cómo se lee a la derecha?" (UNSAM/CONICET).
 - Scentia. (2025). Radiografía del consumo en Argentina: Informe anual 2024 y perspectivas 2025. Buenos Aires.
 - Tenenbaum, T. (16 de junio de 2024). Políticas del resentimiento. elDiarioAR. <https://www.eldiarioar.com/opinion/politicas-resentimiento-129-11452256.html>
 - We Are Social & Meltwater. (2024). Digital 2024: Argentina. Global Digital Reports. <https://datareportal.com/reports/digital-2024-argentina>
-